

MARIO ESCOBAR EN EL NOMBRE DEL ESPÍRITU



En el nombre del Espíritu

Mario Escobar

Copyright © 2021 Mario Escobar

Todos los derechos reservados.

ISBN:

DEDICATORIA

A todas las mujeres que han luchado por escapar de sus acosadores.

A los cientos de miles de personas que cayeron en las crueles manos de la droga.

CONTENIDO

En el nombre del Espíritu

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PRIMERA PARTE: MUJER

1. Encargo
2. Urgencia
3. Droga
4. Cárcel
5. Jefe
6. Misa
7. Ponferrada
8. Un hombre perfecto
9. Sencillo
10. El arco
11. Miranda
12. Barco
13. Un millón
14. Una cena romántica

SEGUNDA PARTE: SOSPECHA

15. Soledad
16. Pueblo
17. Noche larga
18. Madre
19. Ribadeo
20. Pescadores
21. Sueños rotos
22. Lucha
23. El hijo
24. Conciencia
25. Miedo

TERCERA PARTE: VISTO PARA SENTENCIA

26. Ruina
27. Ayuda
28. Separación
29. Frío
30. Agua
31. Amor
32. Vidas paralelas
33. Traición
34. Sospecha
35. Terror
36. Asturias
37. Jacinta
38. Medias verdades

[39. Último acto](#)

[40. Avaricia](#)

[Epílogo](#)

AGRADECIMIENTOS

A los que no se suman al coro de acusadores.

A los que piensan por sí mismos

PRIMERA PARTE: MUJER

1. Encargo

A veces tenía la sensación de que su vida se encontraba llena de contradicciones. Aquella mañana había asistido a la última concentración del 8 de marzo para celebrar y reivindicar la igualdad entre hombres y mujeres, mejor dicho, la equidad, ya que no necesitaba para nada ser igual que un hombre. Había ido a la última misa del día en la catedral. A veces pensaba que acudía a la iglesia porque era lo que le había enseñado su madre, aunque su abuela Librada siempre fue contraria a cualquier tipo de religión, pero en el fondo necesitaba algo de sosiego y la paz que experimentaba en un templo no la sentía en ninguna otra parte. Aquel desasosiego que siempre la invadía, esa necesidad de reposar el alma parecía algo totalmente ajeno a su generación. Tal vez la iglesia había dejado de cumplir la labor para la que fue concebida, un sitio de amor, comprensión y comunidad, para convertirse en un nido de víboras criticonas donde solo se desearía aparentar.

Algunas vecinas de banco, a las que conocía perfectamente, la miraban con cierto recelo desde que había destapado los casos de pederastia del obispado de Oviedo. Muchos feligreses desconfiaban del nuevo obispo, aunque debía de admitir que su actitud era totalmente diferente.

Juan Bueno era un hombre joven, apenas pasaba de los cuarenta, de origen canario, siempre con una sonrisa en los labios y unos ojos luminosos que parecían transmitir la paz que ella anhelaba. Sobre todo en un día como aquel.

El obispo subió al púlpito y se dirigió a los fieles.

—Queridos hermanos, el mundo parece estar suspendido por un fino hilo, siempre a punto de destruirse y dejar de existir. Nos ha sacudido una pandemia, pero tal vez la más terrible de las plagas es la falta de amor y empatía. Mientras los políticos juegan al cruel juego de las sillas, más preocupados de sus puestos que de los ciudadanos, decenas de miles de personas se suman a las que ya se han denominado “las colas del hambre”. ¿Hasta cuándo? No me gusta hablar de política, creo que la Iglesia ya ha cometido suficientes desmanes a lo largo de la historia a causa de posicionarse políticamente. Más bien defendiendo el Reino de Dios. Denuncio la pasividad de los que deberían ser los servidores públicos y terminan sirviéndose del pueblo. ¿Hasta cuándo clamará la voz de los débiles? Mientras, los únicos beneficiados de este caos son los extremistas, los violentos y los agoreros de los malos tiempos que se avecinan.

La voz del obispo atronaba en la amplísima capilla, sin apenas paredes donde retumbar, para terminar muriendo en las conciencias apagadas de los feligreses, deseosos de regresar a sus corrientes y seguras vidas cotidianas.

—¿Por qué nos afanamos tanto? ¿Por qué agotamos nuestras vidas en conseguir más cosas? Como dice Eclesiastés, la vida es como correr en pos del viento. Se escapa de nuestros dedos, sin que nuestros ansiosos dedos puedan detenerla.

Algunos se movían inquietos en los bancos, muchos feligreses habían apodado al obispo el “cura rojo”, aunque el religioso criticaba a derecha e izquierda por igual.

—Estamos preocupados por agrandar nuestros graneros y se nos olvida que esta noche Dios viene a llevarse nuestra alma. ¿De qué vale ganar el mundo entero y perder nuestra alma?

Al terminar la homilía la mayoría de los feligreses se marchó de inmediato para evitar saludar al obispo, pero Priscila permaneció en su banco, con la cabeza gacha y una triste expresión de angustia.

En cuanto Juan Bueno despachó a las últimas beatas se sentó con la casulla aún puesta al lado

de la joven.

—Querida Priscila. ¿Cómo estás hoy?

—Mal, padre. Mi abuela está ingresada, no sé si logrará salir de esta. El cáncer parece muy avanzado.

—¿Tiene dolores? —preguntó el obispo, mientras sus ojos negros brillaban detrás de las gafas redondas de color plateado.

Priscila tragó saliva para contener las lágrimas. Librada llevaba tres días ingresada. La había hallado en el suelo de la habitación, se había pasado toda la noche sin poder moverse, demasiado débil para llamar a emergencias o intentar incorporarse.

—Le estoy rogando a la Virgen de Covadonga.

—Es inútil, padre. Mi abuela ya ha vivido todo lo que tenía que vivir, pero me rompe el corazón verla sufrir. Odia estar encerrada en un hospital, no quiere morir allí.

El obispo se frotó la frente, como si intentara ordenar sus ideas.

—Puedo pedir que la trasladen a la Casa de María, es una residencia para enfermos terminales.

Priscila frunció el ceño.

—¡Únicamente hay algo que odie más mi abuela que a las monjas, una residencia de ancianos!

—Es un lugar especial, cerca del mar, ni notará que está en una residencia. Las hermanas son todas encantadoras. Si quiere, mañana mismo podemos pedir el traslado.

—Gracias, se lo diré.

El obispo apoyó la mano en el hombro de la joven, ella respiró hondo y estaba a punto de ponerse en pie cuando el hombre le comentó.

—Te pedí que vinieras por algo, por un asunto que me tiene preocupado.

Ella giró la cara y frunció el ceño. No se esperaba que precisamente el obispo de Oviedo le fuera a proponer un caso. Lo cierto es que no le faltaba el trabajo, la resolución del último crimen y el caso de los mineros sindicalistas habían logrado que se hiciera aún más famosa.

—Usted dirá.

—No me hables de usted, no soy tan viejo.

El obispo sonrió, su barba cerrada parecía hincharse como si fuera una esponja empapada en agua.

—Tengo varios casos entre manos, pero si necesita algo le daré prioridad absoluta.

—No es para mí, es sobre la hija de una feligresa. Se llama Jacinta. ¿La conoces?

A pesar de que conocía a la mayoría de vista, no sabía sus nombres.

—Jacinta Bosque.

—No caigo.

—Es una mujer que se sienta en la última fila, tiene el pelo blanco y viste casi siempre de negro, es viuda.

—Ya sé quién es —contestó Priscila.

—Bueno, su hija estudió en Santiago de Compostela, hizo Derecho y después se fue a vivir a Ponferrada, encontró un puesto en el ayuntamiento de asesora. Desapareció hace una semana. La policía la ha estado buscando, pero no hay ni rastro de ella.

Priscila había escuchado algo en la televisión, pero con la situación de su abuela no le había prestado demasiada atención.

—¿Cómo se llama?

—La joven es Alexandra Bosque.

—Haré lo que pueda, aunque no puedo alejarme mucho de Oviedo, al menos mientras mi abuela se encuentre así.

—Te paso el teléfono de la madre y hablas con ella. Después haz lo que puedas.

—Sí, padre.

—Llámame Juan. Aquí en Oviedo la gente es un poco estirada, pero en mi Tenerife natal a los curas se les trata de forma más cordial. Estoy pidiendo a Dios que me dé fuerzas para transformar la diócesis.

—Ten en cuenta que en Covadonga se comenzó la Reconquista, te encuentras en el corazón mismo de la España cristiana.

—Precisamente tengo que ir a Covadonga mañana para officiar una misa. Odio esas ceremonias solemnes, prefiero estar con la gente. Llámame si tu abuela se anima a ir a la residencia.

Priscila salió del templo y sintió frío, a pesar de que estaba a las puertas de la primavera. Las nubes cubrían el cielo negro de la noche, dando cierto aspecto fantasmagórico a la plaza. En ese momento sonó el teléfono. Le dio un vuelco el corazón. Desde que su abuela estaba en el hospital se temía lo peor. Era su madre que, desde que la abuela había empeorado, no paraba de llamarla, añadiendo más tensión a sus pobres nervios. Decidió no llamarla, se dirigió hacia su coche y después enfiló camino del hospital. Mientras su cabeza no dejaba de rememorar su niñez cuando su abuela parecía la mujer más fuerte y sabia del mundo.

2. Urgencia

El hospital se encontraba adormecido cuando subió por las escaleras y se dirigió a la habitación de su abuela. Afortunadamente la cama de al lado estaba vacía, no quería que nadie perturbara su paz, ahora que parecía quedarle tan poco tiempo de vida. Se acercó a la cama casi a oscuras, la única luz que iluminaba el rostro dolorido de su abuela era la que penetraba por los sucios cristales del ventanal. A sus pies, la ciudad de Oviedo intentaba sobrellevar su adusta y trivial vida llenando las terrazas de los bares o las tiendas de moda.

Priscila se aproximó a la anciana y le puso la mano en la frente. Esta reaccionó de forma violenta.

—¡Joder, que todavía no me he muerto! —gritó la anciana rompiendo la calma y el silencio del lugar.

—Soy yo, abuela.

—Perdona hija, creía que era tu madre. Siempre está por aquí dando el coñazo. Ya sabes cómo es, siempre quiere ser la protagonista. Ya le he dicho, menos dramas bonita, que la que se está muriendo soy yo.

—No hables así.

—Es verdad, cariño. La muerte es el último acto de una función que siempre se hace corta. Pues algunos están a punto de robarte tu última frase o peor aún, obligarte a que pongan en tu epitafio: “Se cagó en todos sus muertos para que la dejaran descansar en paz”.

—Te veo mejor que esta mañana.

La anciana intentó incorporarse un poco, pero sin éxito.

—No sé manejar estos potros de tortura. Eso que son nuevos, y con ese mando lleno de botones tienes que haber hecho una ingeniería para entenderlo.

Priscila incorporó un poco a su abuela.

—¿Quieres que te ponga un poco la tele?

—No por Dios, debían prohibirla como en Corea del Norte.

—En Corea del Norte hay televisión, abuela.

—Me refiero a eso de tener tantos canales, para al final no decir nada o, mucho peor, para embrollarlo todo. En una siempre hablan a favor del gobierno, en las otras en contra, todo es siempre la misma vaina.

Priscila se sentó en la butaca, no se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que lo hizo. Se quitó los zapatos de tacón y cerró los ojos. Le encantaba oír gruñir a su abuela. Tenía la sensación de que todo estaba bien cuando la escuchaba refunfuñar y despotricar contras los políticos.

—¿Tú has visto a la “doña Rogelia” que gobierna en Madrid? Por Dios, parece que habla un ventríloco o que es la niña del exorcista. Y yo que pensé que después del “bigotes” no podían caer más bajo en la derecha.

—Bueno, ya sabes cómo es la política.

—Hija mía, el único hito que ha conseguido en la vida la presidenta, además de ser la única a la que aún no han pillado con las manos en la caja, ha sido gestionar la cuenta de twitter del perro de la condesa que la precedió justo antes de la cleptómana y el del ático. Por Dios, si se va a casar con su peluquero.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Priscila sin poder dejar de esbozar una sonrisa.

Librada tomó un vaso de agua con dificultad y bebió con avidez, la medicación le secaba la boca y el cuerpo entero.

—De bueno tiene que siempre puedes contar con él para que te arregle el pelo, pero ahora entiendo las conversaciones de peluquera revenida que tiene.

—¡Que el “coletas” deje el gobierno para enfrentarse a ella no te sorprende! Será que necesita otra niñera que se la pague ahora la Comunidad de Madrid.

Librada se rio a gusto ante el comentario de su nieta, que sabía de qué pie cojeaba.

—La cagada ha sido de tus amigos de naranja, la jefa es muy mona, pero no tiene ni idea de dónde está metida. Los azules son como la Camorra en Italia, una banda organizada.

—No quiero hablar más de política. Estoy agotada —comentó Priscila buscando algún analgésico en el bolso.

La abuela la observó con cierta ternura. Siempre la cuidaba, estaba atenta a sus chorradas y disfrutaba en su compañía.

—Gracias por estar siempre al lado de esta vieja.

Priscila sacó una botella de agua y tomó la pastilla.

—Quería comentarte algo, pero no te cabrees.

—Tranquila, las drogas que me meten aquí me tienen relajada.

—El obispo me ha ofrecido que te trasladen a una casa de reposo cerca del mar, al lado de Gijón.

La anciana puso los ojos en blanco.

—¿No me irás a meter en un convento? La última vez casi me venden como esclava sexual.

—No seas burra, abuela.

—No te fíes de las monjas, ya sabes cómo se las gastan.

—Hay monjas buenas y malas —comentó Priscila.

—Eso no me convence, es como decir que hay pilotos buenos y malos, ¿qué quieres que te diga?, los pilotos malos estrellan aviones.

Las dos se echaron a reír, pero, de repente, el rostro de Librada se transformó.

—¿Estás bien? —preguntó Priscila poniéndose en pie.

—El maldito cáncer. Siempre temí morir así, con el cuerpo hecho una piltrafa. ¡Mierda!

Priscila le indicó el interruptor que le aumentaba la morfina.

—Esta mierda me deja dormida. Nunca me ha gustado la droga.

—Pero es necesaria en estos casos.

—Eso me ha recordado algo, tengo que pedirte un favor.

—Cada vez que me pides algo me meto en un lío —bromeó la nieta.

—Tu primo Alfonso está en la cárcel, pero eso ya lo sabes. El hermano de tu abuelo era un hombre trabajador, pero algo borrachín; tu tía era una santa, aunque murió demasiado joven por tanto sufrimiento. Tres de sus hijos cayeron en las drogas, dos murieron de sobredosis y el tercero lleva casi veinte años en la cárcel.

—¿Tanto tiempo?

—Le acusaron de introducir un gran alijo y de matar a un policía de aduanas. Estaba en negocios con ese tal Miguel Ronda Marruecos.

Priscila frunció el ceño.

—Aquí también hemos tenido nuestros narcos, por desgracia. Sobre todo, cuando el estado presionó a los gallegos. Nuestra costa no es tan escarpada y sinuosa, pero en la zona de Ribadeo

se movió mucha droga. En Gijón y Avilés se contaron por decenas de miles los jóvenes que cayeron en la droga. Tu primo Alfonso se lió con esa mala gente y terminó en la cárcel. Le operaron hace una semana de la vesícula, yo le visitaba antes, pero ya no puedo. ¿Podrías ir a verlo?

La mujer no supo qué contestar. Estaba desbordada de trabajo, pero por otro lado no le podía negar nada a su abuela.

—Lo haré con una condición.

—En lo negocianta eres como la bruja de tu madre.

—Por favor, llevaos bien el tiempo que estéis juntas.

—¿Qué condición?

—Pedirás el traslado a la casa de reposo. El obispo me ha prometido una habitación con vistas al mar, está cerca de Gijón y podré verte todos los días.

—No me gustan las monjas, pero menos los hospitales. Haz los papeles y me marcho de aquí. La gente es muy amable, menos mi enfermera, que es una siesa, pero solo este olor me revuelve las tripas.

Priscila se marchó del hospital más tranquila. Compró un poco de sushi en un restaurante y se dirigió a su apartamento. Por las noches siempre se sentía un poco sola, había decidido separarse de su novio definitivamente, aunque eso hubiera secado el pozo de su sexualidad y convertido su vida amorosa en un desierto. Lo único que le quedaba, cuando tenía tiempo, que era casi nunca, era un baño relajante, una copa de vino y dejarse llevar por su imaginación, que por cierto estaba un poco oxidada.

Ante de cenar se preparó el baño, encendió unas velas como en las películas, una copa de vino y se metió en el agua caliente. Mientras intentaba relajar el cuerpo y el alma, le vino a la mente el obispo. Intentó borrar esa imagen de la mente y lo consiguió a duras penas, tuvo que conformarse al final con los patéticos tíos de los anuncios de colonia mientras el éxtasis le hacía olvidarse de todo por un instante.

3. Droga

Ahora dicen que Émile Zola era un ególatra capaz de destruir con sus palabras a cualquiera que no se amoldara a su forma de pensar. Puede que sea cierto, es difícil determinar cuándo los héroes se convierten en villanos y si los asesinos algunas veces son padres de la patria, cuando en lugar de matar a un hombre asesinan a miles. Aun así, Priscila siempre había admirado el artículo titulado “¡Yo acuso!”, que intentaba exonerar al capitán Alfred Dreyfus, acusado tan solo por ser judío.

Aquella mañana, antes de salir hacia el hospital para acompañar a la ambulancia que iba a trasladar a la abuela, Priscila miró las últimas noticias sobre la desaparición de Alexandra y después los viejos artículos sobre el narco asturiano Miguel Ronda Marruecos.

Alexandra era una joven guapa de pelo pelirrojo, ojos verdes, pecas y frente amplia. Había sido la primera de su promoción en la Universidad de Santiago pero, de alguna manera, se había conformado con un puesto en Ponferrada de asesora del político de turno. Por lo que sabía de Jacinta era la viuda de un Guardia Civil asesinado veinte años antes y que le había dejado arruinada la vida, dos hijos y la sensación de que su única tarea en el mundo era ser madre.

Priscila marcó el teléfono y esperó unos momentos.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Priscila, suelo verla en la catedral algunas veces, el obispo me pidió que la llamase.

Se hizo un largo e incómodo silencio, después oyó un llanto suave y pacífico, como el de alguien que ha derramado demasiadas lágrimas en la vida y le avergüenza causar pena.

—Perdone, estoy desesperada. He llamado incluso a algunos viejos amigos de mi marido, pero no hay rastro de mi Alexandra. Lleva ya más de una semana desaparecida. No se llevó nada. El coche se encuentra en el aparcamiento de su edificio; la cartera y el teléfono en su casa; las maletas intactas. No ha habido movimientos en el banco y no se ha puesto en contacto conmigo. Solemos hablar todos los días, pero aquel día no llamó. Era lo primero que hacía al levantarse. Ya no sé a quién acudir.

Los sollozos regresaron. Priscila intentó interrumpir aquel torrente que parecía arrastrarlo todo, hasta la esperanza.

—Vamos a encontrar a su hija.

—La Guardia Civil me ha dicho que, al pasar tantos días, la esperanza de dar con ella viva es muy escasa. Es lo único que me quedaba, mi hijo, el pobre, apenas siente ni padece, una sobredosis lo dejó paralizado y sin habla. Dicen que las desgracias nunca vienen solas, yo solo he conocido la pena y el dolor.

—Pasaré por su casa para que me dé las llaves del apartamento de su hija, Tiene una copia, ¿verdad?

—Sí, también del coche. El teléfono lo examinó la policía y después me lo devolvió.

—También lo necesitaré.

—Pues venga cuando quiera, únicamente salgo por las mañanas para hacer la compra y por la tarde voy a misa.

—¿Le importa que nos veamos en la catedral esta noche?

—Me parece muy bien. Allí estaré con todo. Pero yo no le puedo pagar.

—No se preocupe por eso, mujer. Dios proveerá.

En cuanto colgó el teléfono, Priscila tomó el último sorbo de café, quería ahogar las lágrimas que se le habían quedado en la garganta. Después se dirigió al hospital.

Cuando llegó ya estaban allí su madre y su padrastro. La cara de Laura no dejaba lugar a dudas, tampoco los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Se puede saber a quién se le ha ocurrido la genial idea?

—¿Qué genial idea?

—No te hagas la tonta. Ya lo sabes, llevarse a tu abuela al lado de Gijón. No puedo ir todos los días hasta la costa.

—Son treinta kilómetros, apenas media hora —contestó la hija.

—Nosotros tenemos una vida, no como tú.

El padrastro sujetó del brazo a la mujer. Entonces se escuchó la voz de Librada por detrás.

—¡Si llego a saber que esto te jodía tanto, me hubiera decidido antes! ¡No hace falta que me vengas a ver! Siempre te has avergonzado de mí, el que me muera debía aliviarte, pero como tienes mala conciencia quieres lavarla con estas visitas insoportables.

—¡Abuela!

—Pero si es verdad, tu madre es una bruja. ¿Qué digo? Pobre brujas, ellas no eran así.

—Eres capaz de sacarme de mis casillas, pero soy tu hija y me opongo al traslado.

—¿Que te opones? ¿Quién te has creído?

—No estás capacitada para tomar esa decisión, te declararé inhábil.

La abuela se incorporó de la cama y después se sentó.

—Ahora mismo me visto y me largo de aquí. No vengas a verme a la casa esa de reposo. No quiero volver a verte. ¿Lo has entendido?

Priscila las miraba con una expresión horrorizada. Antes del empeoramiento de su abuela parecía que las cosas marchaban mejor entre ellas, pero el estrés había hecho saltar la tensa calma por los aires.

La enfermera vino al escuchar los gritos.

—Por favor, no pueden gritar en el hospital.

—Lo siento —dijo Priscila azorada.

La enfermera cerró la puerta y Priscila ayudó a la abuela a vestirse. Después la subió en la silla de ruedas.

—Quiero ir contigo. No me hace falta la ambulancia.

—¿Estás segura?

La abuela frunció el ceño.

Salieron al pasillo mientras Laura no dejaba de refunfuñar. Después bajaron al aparcamiento y llevaron la silla hasta el coche, a la abuela le costó mucho entrar, pero al final lo consiguieron.

—¡Qué sensación de libertad! ¡Qué ganas tenía de salir de ese matadero!

Los primeros minutos estuvieron en silencio pero, en cuanto salieron de Oviedo, la anciana comenzó a hablar.

—Puede que sea la última vez que veo la ciudad, ya regresaré en una caja de madera.

—Abuela, no seas bruta.

—Es cierto, hace mucho tiempo que no me engaño. Siempre he amado la ciudad, aunque me queje de sus gentes y en ocasiones me hubiera gustado incendiarla como hizo Nerón con Roma, pero sin tocar el arpa.

—¿La amas más que a Granada?

—Dicen que en ocasiones se quiere más a la madrastra que a la madre, pues eso es lo que me

pasa a mí. Soy asturiana, aunque las tetas que me amamantaron fueron granadinas.

Salieron a la autopista, pero la abuela le pidió que viajaran por la nacional, quería ver todos aquellos prados verdes por última vez.

—¡Cuánta vida, Dios mío! El único momento en el que pienso en Dios es cuando veo estos campos, y eso que soy atea.

—Eres una atea muy rara, discutes con Dios, dices que Cristo era un revolucionario.

La abuela sonrió, después se giró hacia su nieta. Era tan hermosa, buena y cariñosa que a veces se preguntaba si no le habían dado el cambiazo a su hija en el hospital cuando nació.

—Dios y yo tenemos una relación difícil. No nos ponemos de acuerdo en casi nada.

—Algo es algo.

—No te preocupes por mi alma, Él verá lo que hace. Si quiere seguir aburriéndose rodeado de angelitos pelotas y santurrones, en lugar de discutir conmigo o jugar una buena partida de ajedrez, es su problema.

Las dos se echaron a reír.

—¿Has ido a ver a tu primo?

—No, me lo dijiste ayer.

—Está muy solo el pobre.

—Iré, no te preocupes. Antes tengo que resolver lo de la chica desaparecida en Ponferrada.

—La tal Alexandra.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo he contado? Tengo la cabeza medio loca.

—Sí, anoche, además, conozco a la madre, Jacinta, la viuda del Guarda Civil. Pobre mujer, su marido no era un santo, pero reventarlo a tiros fue una crueldad.

—Lo fue.

—La niña esa trabajaba en el ayuntamiento.

—Sí, mañana quiero ir a Ponferrada, después de pasarme a ver al primo.

—Me encantaría ir contigo, ya sabes que hacemos un gran equipo, pero me conformo con buscar datos en la tablet. Cuando no me duele esta mierda, puedo hacer cosas. No me voy a pasar el día contemplando el mar. Espero que esas monjas no se pasen de listas y quieran convertirme.

Continuaron camino a la casa de reposo. Tenían la sensación de que era uno de los últimos viajes de su vida juntas, pero prefirieron no decir nada, conformarse con aquellas migajas que le robaban a la vida, aferrarse a los últimos instantes, a los pequeños destellos que alumbran el horizonte justo antes de que el sol se ponga por completo.

4. Cárcel

Las cárceles siempre son tristes, el reflejo de un fracaso social y personal que parece tirar por tierra las teorías de que el hombre es bueno por naturaleza. Thomas Hobbes ya lo dijo en su famoso libro *Leviatán* y que Priscila había tenido que leer en la carrera, “el hombre es un lobo para el hombre”. Hasta que el Estado y las leyes lograron frenar la violencia, era la guerra de todos contra todos. Tal vez, dentro de los muros de una prisión es donde esa frase toma todo el sentido.

Priscila pasó los controles, por otro lado, nada espectaculares, no era la primera vez que entraba en una cárcel, aunque aquella parecía más una gigantesca fábrica que un centro penitenciario. El antiguo correccional de la ciudad de Oviedo era una elegante construcción de finales del siglo XIX.

Tras esperar unos minutos en una mesa metálica anclada al suelo, el funcionario llegó a la sala con un hombre pálido, muy envejecido, aunque debía rondar los cincuenta años. Debía haber sido guapo de joven, aun le brillaban los ojos verdes y los rasgos no se habían desdibujado del todo a pesar de la extrema delgadez.

—Mi prima Priscila, ¡Dios mío!, la última vez que te vi eras una canija. Increíble, cómo pasa el tiempo.

La mujer dudó entre darle la mano o un beso, pero como eran familia optó por lo último.

—No sabía nada de ti, al parecer con mi abuela sí has mantenido el contacto.

—Ya no me quedan muchos parientes en este mundo. Hasta yo mismo estoy sorprendido de haber durado tanto. Eso demuestra que mi viejo no tenía razón. Aunque mi madre comentaba que bicho malo nunca muere.

—No creo que tu madre pensara que eras malo. Las madres jamás piensan ese tipo de cosas, siempre somos sus niños pequeños.

—Librada es como mi abuela o mi madre. No voy a justificarme a estas alturas, pero el ambiente en casa no era muy bueno. No culpo a los viejos, ellos hicieron lo que pudieron, tantos hijos, el día entero trabajando... Mi padre bebía demasiado y hacía barbaridades, como las que he hecho yo. En los últimos años estuvo más sosegado, incluso venía a visitarme. ¿Sabes cómo me llamaban en casa?

Priscila se encogió de hombros.

—El obrero, porque me marchaba a las nueve de la mañana y no aparecía hasta las nueve de la noche. Me crié en las calles de Gijón justo cuando la droga estaba haciendo estragos. Me gusta pensar que, en otro tiempo y otra vida, hubiera podido hacer otras cosas. Me atraía aquel mundo en el que pasabas de ser un donnadie a un camello y después te creías un verdadero narco. Llegas de la noche a la mañana, en una especie de tren bala sin paradas. Luego ya no hay marcha atrás.

Priscila había escuchado historias parecidas muchas veces, pero no de boca de un verdadero delincuente, que encima era pariente suyo y en aquel escenario que estremecía y excitaba al mismo tiempo.

—¿Cuántos años te quedan?

—Cuatro más, después saldré. Me han ido sumando varias causas y condenas, algunos comentan que soy el más viejo del lugar. Llevo unos años estudiando Derecho y he podido leer todos los expedientes, casi se me acusa de ser el toro que mató a Manolete. Ya me entiendes.

Antiguamente era muy normal meter varias causas a un mismo sospechoso y así solucionar un montón de casos de un plumazo. Aunque la condena que más me duele es la del asesinato, yo no maté a ese poli, era un cabrón al que teníamos comprado. Por el puerto de Avilés y la ría de Ribadeo metíamos mucha mierda, sobre todo coca.

Priscila sacó su pequeño cuaderno de notas.

—Si tú no mataste al policía de aduanas. ¿Quién fue?

—El mayor prófugo de la justicia asturiana.

—¿Te refieres a Miguel Ronda Marruecos?

—El mismo. Él era mi patrón en aquel entonces. Era un funcionario de prisiones, en la cárcel fue donde lo conocí. Comenzó a trabajar con Sito Miñanco.

—¿El narco gallego? Sito Miñanco era de Pontevedra, metía tabaco y después droga por Cambados.

Alfonso sonrió.

—Veo que estás bien informada.

—¿Tienes pruebas de todo lo que dices?

Se quedó un momento pensativo.

—¿Para qué me serviría?

—Acortar pena, ser un testigo protegido y comenzar una nueva vida.

—Querida prima, esas cosas pasan en las películas, pero no en la realidad.

—Yo podría ayudarte.

—Es verdad, la famosa detective de Asturias. Hasta ahora te has metido con curas, monjas, algún sindicalista de medio pelo o un político corrupto. Estas son palabras mayores. Esta gente te pega dos tiros por menos de nada. Hay colombianos y venezolanos de por medio, por no hablar de la gente de Sito y la de Miguel Ronda.

—No te preocupes por mí. ¿Cómo podemos descubrirlos?

—La base de operaciones sigue estando en Ribadeo y Figueras. Antes de terminar aquí enterré una caja de hierro con pruebas, quería cubrirme las espaldas, pero no quise utilizarla. El cartel de Miguel Ronda me prometió que comprarían a un juez y me sacarían pronto, pero era todo mentira.

—¿Qué hay en la caja?

—Fotos, informes, una pistola.

—¿Con la que se cometió el crimen?

—Sí, pero la cajita está enterrada en un sitio jodido. Donde antes tenía su base principal el capo. Era el pazo de Guimarán, en Ribadeo, al lado del puerto marítimo.

La mujer se quedó un rato pensativa.

—¿Si informamos a la policía?

—Me cortarán el cuello. Todavía Miguel tiene contactos aquí, también hay gente comprada en la policía. Tendrías que negociar directamente con narcóticos, aunque no sé si la caja seguirá en el mismo sitio. Antes habría que desenterrarla.

—¿Dónde está Miguel Ronda Marruecos?

—No creo que ande muy lejos del pazo. Allí tiene a su familia. Era un tipo alto y rubio, con una coleta. Su aspecto llamaba mucho la atención, por lo que imagino que la habrá cambiado.

—No conozco mucha gente en Galicia.

—Había un inspector, Cañete, creo que se llamaba. Ese le tenía muchas ganas a mi jefe, si sigue vivo no dudará en ayudarte.

Priscila guardó el bloc, aún debía ir a ver a su abuela y por la tarde acudir a la catedral para

recoger las cosas de Alexandra.

—Dame unos días para encontrar a Cañete y explorar el terreno. Pronto volveré a verte. Mientras no digas ni hagas nada.

—No te preocupes. Las cosas aquí no son fáciles, ni siquiera para un veterano como yo.

Se pusieron en pie y se despidieron. Priscila parecía menos intimidada. Al ver su rostro de nuevo tan cerca logró sacar el parecido con su tío, un hombre guapo, pero triste y gruñón con el que apenas había hablado.

—Dale muchos besos a la abuela y gracias por venir. Olvídate de todo lo que hemos hablado, no quiero que te metas en problemas por mi causa. Al fin y al cabo, estoy aquí por mi mala cabeza. Puede que sea inocente de ese crimen, que otros merezcan más que yo estar entre rejas, pero eso no me convierte en un santo.

Priscila le puso la mano en el hombro.

—¿Quién hay inocente? Nadie, todos tenemos muertos en los armarios y los que no los tienen desearían tenerlos pero no se han atrevido a vivir.

La mujer salió de la sala sin mirar atrás. Tenía la misma sensación que cuando aceptó el caso de los mineros y o el del antiguo colegio de su abuela: una mezcla de entusiasmo y frenesí. Aquellos casos la mantenían viva, expectante y apasionada. Le ayudaban a olvidar lo poco que le quedaba a la abuela, su mala relación con su madre, su fracasada vida sentimental. Era una buena detective, había nacido para buscar y destapar lodazales, metiéndose en las cloacas hasta la cintura con sus zapatos de tacón y convertir el mundo en un lugar, si no mejor, un poco menos malo.

5. Jefe

—¿Te mando a ver a tu primo y me traes un caso de narcotráfico de los años noventa? Luego me dirás que la culpa es mía, que te meto en problemas.

Priscila sonrió mientras las dos contemplaban el mar en el horizonte. La casa de reposo era un caserío que daba a un acantilado, desde el jardín podían contemplarse unos atardeceres increíbles.

—Este sitio es tal y como me prometió el obispo.

—Está mal que lo diga, pero tienes razón. Además, como la mayoría está peor que yo, no tengo que aguantar a viejos moribundos quejándose todo el rato.

—¡Qué burra eres abuela!

—¿Burra? No hija, soy vieja y sé lo pesados que nos ponemos a cierta edad. La gente mayor son niños cubiertos de arrugas, berrean como los chiquillos que fueron.

—Tengo que ir esta tarde a la catedral.

—Te va a salir una aureola de santa.

—Es por la chica desaparecida en Ponferrada.

—Casi se me olvida. He encontrado en internet algo que puede verte bien. La chica esta...

—Alexandra.

—Eso, Alexandra. Tenía un novio de toda la vida en Oviedo, al parecer se distanciaron un poco cuando estudió en Santiago, pero tenían planeado que él iría a vivir con ella a Ponferrada. Tras unos meses en la ciudad ella lo dejó sin darle explicaciones. Una semana antes de su desaparición le llamó, al parecer estaba muy asustada, le comentó que alguien la acosaba. El novio se fue el fin de semana y la chica desapareció unos días más tarde.

—Podría estar mintiendo. Ella le desprecia y él en venganza la secuestra y la mata. Esas cosas pasan demasiado a menudo, por desgracia.

Librada se frotó la barbilla con la servilleta de papel, estaba terminando de saborear su leche con miel y galletas.

—¿Sabes qué es lo mejor de que te quede poco tiempo?

Priscila no quiso responder a esa pregunta, odiaba que hablara de ese tema.

—Que una ya no tiene que hacer dieta. Me pasé toda la infancia muerta de hambre, jamás me sentía saciada, además en mi época la leche, el azúcar y las galletas eran un lujo. Durante mi vida marital tenía que dar todo a mi desagradaída hija, pero cuando fue mayor comencé a comer y tenía que hacer dietas para no ponerme como una vaca. Ahora ya no me importa, como mucho me tendrán que ensanchar un poco el ataúd.

A su nieta no le gustaba aquel humor macabro, pero era la forma que tenía Librada de despedirse.

—¿Has descubierto algo más?

—Sí, querida nieta. El jefe de la chiquilla era un capullo. Un cincuentón amargado que termina de descubrir que ya le queda muy poca vida y está obsesionado con meter su micropene en algún sitio.

Las dos se echaron a reír.

—Este tipo, el actual alcalde era uno de los concejales de confianza de Ismael Álvarez. ¿Te suena?

—Vagamente.

—El tal Álvarez era procurador en las Cortes de Castilla y León, alcalde de la ciudad y acosador de Nevenka Fernández, una pobre chica recién salida de la universidad. El tal Ismael y su partido azul, ya sabes, el de los sobres, la fichó para que fuera concejala de Hacienda. El alcalde se quedó viudo y acosó a la joven concejala. La pobre casi se suicida, fue el primer acoso que se llevaba a juicio y salía en los medios de comunicación. Pues bueno, la mano derecha de esta pieza de caza mayor ahora es el alcalde y parece que tiene la mano tan larga como su antecesor.

—Válgame Dios —dijo Priscila mientras tomaba nota.

—Ponferrada es como Oviedo en lo malo, pero a lo grande. Miles de vecinos defendieron al acosador en su momento y la pobre Nevenka tuvo que irse hasta del país, a pesar de ganar el juicio. Esos vecinos de Ponferrada deben ser el eslabón perdido del hombre de Neandertal. El caso es que el alcalde es otro sospechoso, parece que la historia se repite.

—¿Cómo se llama el energúmeno? —preguntó Priscila.

—Sandro Segura Cuadrado, está casado, cuatro hijos, misa diaria y miembro de los Legionarios de Cristo. En su tiempo libre, acosador, ya ha recibido tres denuncias, pero le protegen los jueces y los fiscales de la ciudad, tan zarrapastrosos como él.

Priscila tomó un poco de su café, estaba tomando mucho últimamente, pero necesitaba mantenerse despierta y activa.

—Ya tengo por donde empezar. Debo dejarte, en una hora es la misa y he quedado con Jacinta.

—Ten cuidado con el obispo, ya sabes cómo está la Iglesia.

—Juan Bueno es una excelente persona.

La abuela puso los ojos en blanco.

—Todos son buenos hasta que se remangan los hábitos.

La nieta le dio un beso.

—¿Te meto dentro, parece que se está levantando frío?

—No rica, que me quedan muy pocas puestas de sol. No creo que muera de una pulmonía. Ve con Dios, yo me quedo aquí, ahora que me has contado lo de Sito Miñanco y el tal Miguel Ronda, veré qué encuentro en la red.

—Está bien.

Priscila besó a la mujer y se giró para marcharse.

—Dile a tu madre que no se le ocurra venir, aquí tengo mucha paz y no quiero que ella la perturbe.

—Necesita verte, despedirse, cerrar una etapa.

—Que vaya a un psicólogo o mejor a un psiquiatra.

Priscila se marchó esbozando una sonrisa, como siempre que hablaba con su abuela. Después tomó el coche y pensó en lo que había hablado con ella. Ya tenía dos sospechosos, aunque la vida de las personas solía ser más compleja de lo que parecía a simple vista. No era bueno ni seguro adelantar acontecimientos, aunque siempre había que comenzar por algún lado. Al día siguiente viajaría a Ponferrada e intentaría hablar con todos los compañeros y amigos de la chica, después con la policía y la prensa. Le interesaban cualquier tipo de rumores y las ciudades pequeñas eran un hervidero de chismes.

6. Misa

La catedral estaba más tranquila de lo habitual. Apenas una treintena de personas ocupaban los bancos desperdigados y el obispo oficiaba con ayuda de sus acólitos con la misma naturalidad que siempre.

Priscila llegó tardé y se sentó hacia la mitad de los bancos. No tenía a nadie al lado, pero podía distinguir perfectamente a Jacinta de espaldas, sentada en primera fila. Cuando el obispo llamó a la comunión casi todos los feligreses se levantaron, Priscila hizo examen de conciencia y decidió ir a tomar la comunión. Llevaba sin hacerlo casi un año. Cuando llegó hasta el altar, el obispo la miró con satisfacción.

—Cuerpo de Cristo.

Priscila lo tomó en la mano y después se lo metió en la boca. Sintió el sabor insípido de la hostia, cómo se deshacía casi al contacto con la lengua y cómo se doblaba antes de ingerirla por completo. Después miró a la mujer mientras regresaba a su banco, ella no la reconoció. Unos segundos más tarde, su mente se concentró en el acto que había realizado, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Experimentó una agradable paz, un sosiego que muy pocas veces lograba alcanzar.

Escuchó la bendición final sin abrir los ojos, se sentía transportada a otro lugar. Apenas se dio cuenta de que los feligreses abandonaban el lugar y que el obispo se acercaba con Jacinta.

—Priscila, perdona que te interrumpa —comentó el obispo.

—No, padre, quiero decir Juan.

—Esta es Jacinta, creo que ya habéis hablado por teléfono.

—Sí, quedamos aquí para que me diera unas cosas.

—Ya le comenté a la muchacha que no tengo dinero, además ha pasado algo increíble, un milagro.

Los dos se miraron extrañados.

—¿Qué milagro Jacinta? No me había dicho nada.

—Lo lamento excelencia.

—Llámeme Juan.

—Padre —dijo la mujer sin poder apearse del tratamiento—, mi hija mandó un mensaje de texto ayer. Me pedía perdón por no haberse comunicado antes, al parecer se fue a Madeira, es una isla de Portugal. Me ha prometido que volverá pronto, tenía problemas en el trabajo, está meditando en volver o no volver a Oviedo. Ya está todo resuelto.

—¿Por qué no la llamó por teléfono?

Jacinta miró a la joven.

—Bueno, se dejó el teléfono, de hecho, lo tengo aquí.

—Pero estará en un hotel, ¿le comentó dónde se alojaba? —preguntó el obispo.

—No, el mensaje era escueto.

—¿Le importa que lo vea?

—No, claro —contestó la señora mientras buscaba el teléfono en su bolso. Tras un rato logró encontrarlo y se lo pasó a Priscila.

“Mamá, siento no haberme puesto en contacto antes. Estoy en Madeira intentando aclarar mis ideas, espero regresar pronto. Besos. Alex”.

—¿Le recordó a cómo habla su hija? —preguntó Priscila.

—Sí, claro. Le llamamos Alex, siempre es tan cariñosa.

—¿La llama mamá normalmente?

—No lo sé, creo que “Ma”.

Priscila miró el número del que se había enviado el mensaje, pero era desconocido.

—No quiero desanimarla, pero no estoy tan segura de que ese mensaje lo haya enviado su hija. Necesitaría su teléfono y el de ella, tengo una amiga que analiza estas cosas.

La anciana parecía confusa, como si no entendiera nada de lo que le estaba comentando Priscila.

—Lo que quiere decir nuestra amiga es que va a localizar de dónde salió el mensaje.

La mujer le entregó los dos móviles y después las llaves. Lo hacía como una autómatas.

—Entonces, entonces, ¿no está bien?

—No lo sabemos, Jacinta. Por eso tenemos que asegurarnos primero.

La anciana miró al obispo, pero apenas reaccionó. Entre los dos la sentaron en un banco, la pobre comenzó a llorar mientras Priscila le acariciaba la cara.

—No se preocupe, la encontraré. ¿Recuerda que se lo prometí?

—Es mi niña —dijo con la voz entrecortada.

—¿De qué hablaron la última vez? ¿Cómo se encontraba? Me he enterado de que pensaba regresar a Oviedo, tenía problemas con su jefe.

—¿Quién le ha dicho eso? Es mentira, estaba contenta. La valoraban mucho, la valoran quiero decir. Además de guapa es lista, no como yo.

—¿Qué le sucedió con su novio?

—Eso sí fue una pena, Santiago es muy buen chico, trabajador y serio, pero ella tenía otro novio. Cortó, como dicen ahora con el de toda la vida. Parecía estar muy enamorada. Al principio me enfadé, pero si era para su felicidad, ¿qué no va a hacer una madre por una hija? Estaba deseando tener nietos, ahora, ahora... —comenzó a llorar mientras sus palabras se ahogaban en la garganta.

—No se preocupe —insistió el obispo.

—¿Qué más le sucedía? ¿De qué hablaban? ¿Se llevaba bien con su jefe?

—El alcalde era un buen hombre, casado y cristiano, jamás me ha comentado nada de él, la verdad.

Priscila parecía un poco incrédula.

—Vaya a Ponferrada y encuéntrela, aunque puede que ese mensaje sea suyo y regrese pronto. ¿No?

El obispo afirmó con la cabeza, después la anciana se puso en pie y se aferró a su bolso y salió con pasos cortos, avanzando lentamente.

—Lo siento tanto por ella —comentó el obispo.

—Yo también. Mi trabajo está rodeado de dolor.

—El mío también —añadió el obispo.

—Será mejor que me marche.

—¿Quieres tomar un vino?, podemos hablar un poco más del caso.

Priscila dudó, no quería pasar mucho tiempo a solas con el obispo.

—Bueno, pero poco tiempo, tengo que llevar los teléfonos a una amiga que me ayuda con estas cosas. Mañana muy temprano me marcho para Ponferrada.

Los dos salieron del edificio y el obispo cerró la puerta, caminaron por la plaza y a los diez

minutos entraron en un bar medio vacío. Era un día de diario y a aquellas horas la mayoría de la gente se había recogido en sus casas.

La pareja se sentó en una mesa y pidieron una copa de vino y una cerveza.

—Yo soy más de rubia, en Canarias nos gusta más la cerveza.

—A mí no me gusta tanto el sabor, prefiero el tinto. Ni siquiera me gusta mucho la sidra. Soy una mala asturiana. ¿Qué tal se siente en nuestra tierra?

—Los asturianos son cariñosos, pero un poco tristes, y cercanos, pero no cálidos. Echo de menos las islas, la luz, el clima, aunque esto es precioso.

—¿Por qué se metió a sacerdote?

El hombre se quedó un rato pensativo.

—No se lo va a creer. Estudié Filosofía en la universidad. Mis padres eran católicos, pero poco creyentes, apenas fui de niño a la iglesia y de adolescente lo dejé por completo. A los dieciocho ya me declaraba ateo. A las veinticinco ya era profesor en un instituto, aunque lo que deseaba realmente era enseñar en la Universidad de la Laguna. A los treinta ya enseñaba allí. Era uno de los mayores defensores del ateísmo, daba charlas y hacía debates contra Dios. Ahora lo pienso y me parece una locura.

—No me lo imaginaba. Entonces, ¿se cayó del caballo como san Pablo?

—Algo parecido. Lo había conseguido todo en poco tiempo, tenía una mente brillante y un futuro prometedor, mi ambición no tenía límites. En un debate me enfrenté a Anselmo Fermoselle, un monje franciscano que participaba en debates. Nunca antes había hablado con él. Había sido un niño prodigio, arzobispo a los treinta años y cardenal con cuarenta, muchos le veían como el nuevo Papa, pero dejó la Curia y se metió en un convento como monje. Aquel hombre tenía algo especial. Brillaba con luz propia, su forma de hablar, su inteligencia inocente. Mientras los dos discutíamos en La Laguna, frente a mis alumnos me derrumbé. Me eché a llorar, aquel Jesús que me presentaba, nunca me habían hablado de él de esa forma.

El obispo dio un trago a la cerveza para evitar emocionarse.

—Tiene que contarme más sobre ese día.

El hombre miró el reloj.

—Creo que ya llega tarde.

Priscila sonrió al hombre, ya no le importaba los casos, tampoco ver a su amiga la informática.

—Puedo...

—Insisto, tenemos que ayudar a Jacinta, ya tendremos tiempo de hablar en otro momento.

Priscila se puso en pie.

—Yo pago, me quedaré un rato más, el palacio episcopal es muy solitario.

La mujer salió del bar y se dirigió a su coche. Juan Bueno tenía demasiadas caras, como una gema rara y valiosa, apenas había logrado descubrir un par de ellas, pero parecía impaciente por saber más sobre aquel hombre.

Se montó en el coche, sabía de lo que hablaba el obispo. De aquella sensación de desasosiego, de insatisfacción que siempre la acompañaba. Nada parecía saciarla, tampoco satisfacerla durante mucho tiempo. Encendió el motor y circuló por las solitarias calles de Oviedo. Miró las iglesias, las avenidas y los parques, se sentía flotar, como si hubiera bebido demasiado, aunque apenas había probado su copa de vino. Notó paz y gozo, un sentimiento más allá de la alegría, siempre tan pasajera y caprichosa, entonces pensó que estaba haciendo lo correcto, ayudando a los demás, resolviendo entuertos, como decía el bueno de Don Quijote y que, en cierto sentido, su Sancho era su abuela Librada.

7. Ponferrada

La ciudad era un vestigio del pasado. No tenía la elegancia de Oviedo, pero tampoco la solera de Toledo o Ávila, parecía como si se hubiera quedado anclada en los años cincuenta del siglo pasado. Su hermoso castillo templario, conservado de forma casi milagrosa, parecía el único testigo de un pasado glorioso, cuando los legendarios leoneses parecían dispuestos a comerse el mundo. A Priscila no le gustaba cruzar las montañas y salir de Asturias, se sentía medio desnuda sin todas aquellas montañas portentosas, aquellos bosques que parecían interminables y el mar calmado del verano o bravo y rugiente del invierno. A los pies del Bierzo, la comarca dudaba si era gallega, leonesa o asturiana. Hubiera podido ser la unión de las tres culturas, pero en el fondo no representaba a ninguna. Los duros mineros que la habían forjado desaparecieron hace tiempo, dejando una ciudad improductiva y adormecida por el paso tedioso del tiempo.

Mientras Priscila se dirigía al apartamento de Alexandra se preguntaba qué había visto la chica en aquel lugar. Había estudiado en la mítica Santiago de Compostela y procedía de Oviedo. Paró frente a la urbanización de ladrillos rojos donde los pequeños burgueses sueñan con ser ricos y pasó el primer portón sin que el adormilado portero le dijera nada. Subió hasta la última planta y, tras recorrer un pasillo algo oscuro y atravesar varias puertas antiincendios, logró llegar al apartamento.

Se sintió una intrusa al abrir la puerta. Encendió la luz y el pasillo se iluminó con unos halógenos fríos, caminó hasta el minúsculo salón comedor. Nada a destacar. Una televisión plana demasiado grande, un altavoz para iPhone, un sillón gris sin gracia, una mesa pequeña redonda con cuatro sillas, dos cuadros del chino y unas plantas muertas. Se dirigió al dormitorio pequeño y soso, con una cama enorme que ocupaba casi todo el espacio; un armario empotrado pequeño, con demasiada ropa, una maleta y una docena de zapatos. En el baño encontró algunas lociones, maquillaje, crema de manos y el resto de los geles habituales.

Estuvo un buen rato mirando entre la ropa, registrando los bolsillos de los abrigos, los pantalones y las camisetas. Miró incluso en los zapatos, los bolsos vacíos y la maleta. Encontró varias etiquetas de ropa, recibos de comida rápida y una caja de cerillas de lo que parecía un pub.

En un cajón de la única mesilla encontró un pequeño cuaderno rosa, de esos que tienen un bolígrafo metido en el lateral y lo ojeó.

—¡Dios mío, es un diario!

Aquel parecía un verdadero golpe de suerte. ¿Quién tenía uno diario de papel en pleno siglo XXI?

Comenzó a leerlo y terminó tumbándose en la cama y quitándose los zapatos.

—Querido diario, preséntame a Alexandra, ojalá descubramos qué ha pasado con ella entre tus páginas.

Apenas había comenzado la primera página cuando sonó el timbre.

Se levantó, caminó descalza hasta la puerta y observó por la mirilla. Un hombre latino de mediana edad, barriga prominente, con un uniforme gris estaba al otro lado.

—Buenas noches, perdone que la moleste. Una vecina, Doña Sara, ha escuchado ruido y me ha pedido que venga a ver. La inquilina lleva una semana desaparecida.

—Soy una amiga de la familia, la madre de Alexandra me envió para que recogiera sus cosas —se inventó. La mayoría de la gente no reacciona bien si descubría que era una detective.

—Entiendo, pues perdone la molestia. Se escucha tanto sobre los ocupas, que nunca se sabe.

—¿Conocía a mi amiga?

—De vista, son casi ciento cincuenta pisos, entra y sale mucha gente, su amiga no llevaba demasiado en la finca.

El hombre parecía deseoso de marcharse.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Lo comenté con la policía. La última vez que recuerdo fue un par de días antes de que desapareciera. Por las tardes iba a un gimnasio próximo, me saludó y se marchó, cuando regresó no la vi. A veces trabajo de día y otras de noche.

—¿Recibía muchas visitas?

—No lo sé. La vi una vez con su madre, una mujer mayor, un par de veces con hombres. Nunca con amigas.

El conserje hizo amago de irse.

—¿El coche sigue en el garaje?

—Sí, la plaza 22.

—Gracias.

El conserje se dirigió a la puerta metálica y salió, Priscila estaba a punto de cerrar cuando una vecina la chistó.

—Perdone, ¿es amiga de Alexandra?

—Sí, soy de Oviedo.

Una mujer de poco más de cuarenta, vestida con un chándal gris con ribetes rosas y zapatillas de estar en casa salió al pasillo. Un pequeño chuchó comenzó a ladrar a su espalda.

—¡Felipe, cállate! Le puse el nombre de mi ex, un verdadero capullo.

—Entiendo.

—¿Saben algo de la pobre...?

—No, ¿se conocían?

La mujer miró a un lado y al otro antes de contestar.

—Mejor hablamos dentro, esto está lleno de cotillas.

La mujer empujó a Priscila al interior, después la miró de arriba a abajo y le dijo:

—Qué mona eres, como la pobre Alexandra. Un ángel, de cara me refiero, pero algo putón.

—¿Cómo dice? —le preguntó sorprendida.

—Perdona el comentario machista. A todos se nos pega, que si se tratara de un hombre sería un donjuán. Alexandra solo tenía amigos, de esos con derecho a roce. Ya me entiendes. Estas paredes son finas como papel de fumar y se escucha todo. Sus gemidos me anunciaban los días de la semana, solía hacerlo los jueves, los sábados y domingos y algunos martes. Qué pereza un jueves. Lo cierto es que venían chicos del gimnasio, un señor trajeado mayor, un chico joven que no era del barrio. No pienses que cotilleo, pero una tiene que estar en guardia, hay tantos violadores.

Priscila sacó la libreta.

—¿Tomas notas? Pensé que eras una amiga.

—Soy detective.

—Mira, tan mona y detective, como las de las series. Me encanta *Mentes Criminales*, afortunadamente aquí no hay tanto asesino en serie.

—No se crea.

—¡Por Dios, no me diga eso que luego no duermo! Vivo sola, estoy jubilada.

—¿Jubilada?

—Bueno es por discapacidad, una historia muy larga.

Priscila se sentó en una silla y la mujer le imitó.

—La noche antes de su desaparición escuché ruidos muy tarde, serían las tres o las cuatro de la mañana.

—¿Se lo comentó a la policía?

—Sí, pero no me hicieron caso. El apartamento estaba ordenado, no había signos de violencia, tampoco de robo.

—Entiendo.

—Pero sé lo que escuché. Voces, golpes, un grito. Había alguien con ella.

—¿Miró por la mirilla?

—Sí, pero la luz estaba apagada. Alguien salió, no sé nada más. Lo juro.

—¿Si escuchara la voz de nuevo la reconocería?

—Hablaba bajo y no la recuerdo bien. La única palabra que logré distinguir fue Madeira.

—¿Madeira? ¿Está segura?

—Sí, me extrañó. Creo que es una isla. Una prima fue allí de viaje de novios.

—Gracias. Tengo que...

—Claro, tomar huellas y esas cosas. La policía no hizo nada, son unos incompetentes.

—Si necesito más información ya la llamaré.

—Ok, inspectora.

—No soy inspectora, soy detective —dijo mientras cerraba la puerta.

Madeira, repitió en su mente, el mismo nombre que en el mensaje de texto. Escribió a su amiga la informática, la noche anterior le había dado los móviles.

“Has descubierto algo?”

“Sí, al parecer el mensaje se mandó desde Madeira”.

“No jodas”.

“Salió de un ordenador en el Hotel Pessoa, que se encuentra en Funchal, la capital. He llamado y hay una persona inscrita con el nombre de Alexandra”.

Me quedé petrificada. Parecía que Alexandra estaba viva y en una isla en mitad del océano Atlántico a más de mil kilómetros de distancia.

8. Un hombre perfecto

Aquella mañana aún le faltaba mucha gente por ver e interrogar. A pesar de que albergara algunas dudas sobre la presunta desaparición de la chica, seguía pensando que la forma en la que se había marchado, si es que lo había hecho realmente, era cuanto menos extraña. Se dirigió al ayuntamiento de Ponferrada, en la recepción pidió ver a algunos de los compañeros y al jefe de la chica, Sandro Segura.

—¿Quién ha dicho qué era?

—Soy la detective que ha contratado la madre de Alexandra, Jacinta Bosque.

La recepcionista se lo pensó antes de marcar la extensión.

—No estoy segura de que alguien pueda recibirla, estamos en horario laboral y a las tres se van todos. Mis compañeros deberían hablar con usted fuera del horario laboral.

Priscila frunció el ceño. No le gustaba para nada la actitud de aquella mujer de pelo rizado, gafas de concha con un cordón atado al cuello y nariz prominente. Tenía cara de bruja.

—Mire señora, una mujer está desaparecida y cada hora que pasa es...

—Alexandra era una trepa, intentó ligar con todo el mundo y también con el alcalde. Imagino que al verse descubierta decidió poner pies en polvorosa.

Justo en ese momento apareció por la puerta un hombre vestido de traje, el corte era impecable, sin duda hecho a medida, el pelo rubio, pero algo blanco por las sienes, el rostro de rasgos suaves y los ojos azules.

—Charo, yo me llevo a la señorita.

—Lo que diga señor Ramírez.

Priscila siguió al hombre por los adustos y anticuados salones del ayuntamiento, entraron en un anticuado despacho con muebles castellanos.

—Siéntese, por favor. Lamento el comportamiento de Charo. Por alguna extraña razón Alexandra no caía bien a las mujeres, a pesar de que siempre era encantadora. Me imagino que era por envidia. Una mujer guapa, inteligente y que se sabía mover en cualquier ambiente.

Priscila frunció el ceño.

—¿Por qué habla de ella en pasado?

El atractivo individuo sonrió, sus dientes perfectos y blancos parecían sacados de un anuncio de Colgate.

—Bueno, lleva más de una semana desaparecida. Imagino que se escapó con algún amigo.

—Eso no encaja con la descripción que termina de hacer.

El hombre tomó el teléfono.

—María tráeme un café, por favor. ¿Usted desea algo?

—Otro, corto de café y bastante leche.

El hombre colgó el teléfono y echó el cuerpo hacia delante.

—Alexandra es una mujer encantadora, arrebatadora, pero algo inestable, ya me entiende.

—Pues no le entiendo. Ni siquiera sé quién es usted.

—Tiene razón. Disculpe, llegaba de una reunión con la cabeza embotada. Soy Sandro Segura, el alcalde de Ponferrada.

La mujer se quedó de piedra, se había imaginado a un hombre mayor, poco atractivo, con aspecto de sátiro, un acosador de libro.

—No lo sabía.

—No tenía por qué saberlo.

Una mujer entró con los cafés y unas pastas danesas.

—Gracias.

El hombre tomó la taza y le añadió un poco de azúcar.

—Gracias por recibirme. Necesitaría hablar con todos sus compañeros, me refiero a los más cercanos.

—No hay ningún problema.

—¿Conocía personalmente a la joven?

—Ahora es usted la que habla en pasado.

—Tiene razón. ¿Conoce a Alexandra en profundidad?

El hombre tomó un sorbo del café ardiente.

—Me la presentó Juan Pérez, uno de nuestros asesores. Un chico joven, de la edad de Alexandra. De hecho se conocieron en la Universidad de Santiago de Compostela.

No hemos trabajado directamente, ella estaba ayudando en una concejalía. Hemos coincidido en algunos actos, cruzado unas pocas palabras y poco más. Imagino que Juan Pérez le podrá dar más información. Los compañeros más próximos son el concejal y dos secretarías. Tienen la oficina una planta más arriba, no tiene pérdida. El caso lo está investigando Marcos Rubio, un inspector de la Policía Nacional, las desapariciones suele llevarlas la policía municipal, pero pedí a la comisaría de la Nacional que se hiciera cargo. Nuestros hombres no saben mucho más que poner multas, perseguir la venta ambulante y el hurto menor.

—Entiendo.

—Ha sido un placer, señorita Priscila, pero el deber me llama.

Antes de salir del despacho la mujer se volvió y preguntó:

—¿Estaba aquí cuando se destapó el caso de Nevenka Fernández?

El hombre frunció el ceño, aquel seguía siendo un tema incómodo en la ciudad.

—Estaba comenzando en política en aquella época, Nevenka y yo éramos casi de la misma edad. Fue horrible lo que sucedió a aquella mujer.

—Pero usted también se puso a favor del alcalde. Todos ustedes callaron y miraron para otro lado.

El hombre le aguantó la mirada.

—A toro pasado es muy fácil juzgar, era otro país, las cosas han cambiado y hemos aprendido de nuestros errores.

—Eso espero —comentó Priscila mientras abandonaba el despacho, se dirigió por las escaleras a la planta de arriba. Era la concejalía de festejos que, aunque cuesta creerlo, en algunas ciudades pequeñas y pueblos, solía tener los presupuestos más altos. Hacía tiempo que en España se había comprendido que el “pan y circo” de la época romana funcionaba. De ahí el clientelismo y la corrupción galopante que venía del siglo XIX y que apenas había cambiado en muchas provincias.

—¿Qué desea? —preguntó una de las secretarías. Parecía muy agradable, tenía el pelo rizado, los ojos grandes negros y vestía más informal que el resto de sus compañeros.

—Soy..., bueno, estoy investigando la desaparición de Alexandra.

La mujer miró a un lado y al otro, después tomó el abrigo y le dijo:

—Será mejor que hablemos en otro sitio.

—Pero quería ver a Juan Pérez y...

—Ya lo verá, hágame caso.

Salieron del edificio a toda prisa, cruzaron la plaza y se perdieron en una de las callejuelas.

—Los cafés y los bares de la plaza son el lugar habitual de reunión de la gente del ayuntamiento, será mejor que no nos vean juntas —dijo la mujer ante la cara de estupefacción de la joven.

Llegaron a un pequeño paraje cercano, entraron por la callejuela y llegaron hasta una puerta, después a un patio amplio repleto de plantas y árboles. Era una cantina con mesas redondas y una dueña de origen venezolano.

—¿Qué os pongo, Casandra? —preguntó la mujer mulata de excepcional belleza.

La mujer miró la hora.

—Es un poco pronto, pero quiero un vermut blanco.

—Yo una tónica —contestó Priscila.

—Esas momias jamás vendrían a un sitio como este —dijo mientras encendía un cigarrillo—. ¿Te molesta? Ahora la gente es más sensible que el pellejo de una mierda.

—No, fuma.

—Ya sabes mi nombre. No era amiga de Alexandra, no te voy a mentir. Somos mujeres muy distintas, ella más pija, siempre perfecta y con deseo de gustar. Llegó al ayuntamiento como un vendaval y a algunos nos recordó lo que le había pasado a ...

—Nevenka.

—Exacto. Mi jefe es un troglodita. Son gente de campo, bruta y ruda. Sus padres eran campesinos, tenían tierras y huertas cerca de la ciudad y con la venta de tierras se hicieron ricos. Muchos políticos de aquí tienen una historia parecida, aunque en el fondo los amos siguen siendo los de siempre, los terratenientes.

La venezolana sirvió las bebidas y se apoyó en la mesa.

—Querida, ya te he dicho muchas veces que en mi país las cosas surgieron de forma parecida. Los caciques estaban gobernando y mangoneando desde la independencia. Durante el mandato del presidente Carlos Andrés Pérez, se repartió un poco de riqueza para que la gente se contentara, pero cuando llegó Hugo Chávez, con su labia, se llevó el gato al agua.

—Olivia, ya te he dicho que esto no es Venezuela, estamos en Europa.

—No te jode, en Europa estuvo Hitler y Stalin, Franco y Mussolini. Esos de Podemos con el tiempo la liarán, son los mismos.

—Aquí tiene más peligro Vox —contestó Casandra—. Los azulitos ya comen de su mano o se dedican a imitarlos.

Priscila estaba un poco aturdida, tenía ganas de irse de allí, no estaba en Ponferrada para hablar de política.

—Creo que te has equivocado de persona.

—Lo siento...

—Priscila.

—Eso, Priscila. No te he traído hasta aquí para hablar de política. Soy de Ponferrada de toda la vida, pero me duele ver cómo esta gente manipula y sigue corrompiendo todo. Lo que te quiero decir, es que puede que estés imaginando un acoso, una agresión sexual, pero creo que Alexandra ha desaparecido por algo más gordo. No sé si ha sido de forma voluntaria o no, pero en este ayuntamiento se cuecen muchas cosas. Ya me entiendes. Mi sección es la de promoción, trato con las imprentas y no sé nada del dinero, pero igual que entra sale y no siempre para bien de la comunidad.

Aquel comentario la dejó petrificada. Casandra tenía razón, todos habían supuesto demasiado pronto que lo que le había sucedido a la hija de Jacinta tenía que ver con el acoso o la violación; tenía que replantearse todo y no descartar ninguna opción.

9. Sencillo

Antes de marcharse de Ponferrada tenía que hacer una visita a la comisaría de la Policía Nacional y al gimnasio que frecuentaba Alexandra. Incluso había manejado la posibilidad de tomar un vuelo hasta Madeira. Si Alexandra era realmente la persona que se alojaba en el Hotel Pessoa, el caso estaría resuelto.

Aparcó enfrente del edificio. En contra de lo que imaginaba la construcción era moderna, junto a un parque tranquilo, aunque de arquitectura funcional y simplona. En la entrada, tras pasar el control, pidió al policía que se encontraba en la recepción que quería ver al inspector Cañete.

—Está muy ocupado, pero lo intentaré.

El hombre llamó al teléfono de su mesa varias veces pero sin conseguir hablar con él.

—A lo mejor no ha venido hoy a la oficina. Pasa muy poco tiempo por aquí, únicamente cuando tiene que hacer el papeleo. Ya me entiende.

—Su teléfono móvil, no podía dármelo. ¿Verdad?

—Me temo que no. Lo siento mucho, señorita.

—¿No trabaja con alguien?

—Con Bocanegra, Benito Bocanegra. Espere.

—¿Bocanegra? Tengo aquí a una investigadora que pregunta por el caso de la desaparecida del ayuntamiento. Ok, se lo digo.

El hombre colgó el teléfono y le sonrió.

—Es su día de suerte, el “Bocas” está de buen humor. Tercera planta, despacho 22.

Le dio una identificación y Priscila esperó el ascensor, subió algo incómoda, le ponía muy nerviosa estar encerrada en una caja metálica. Recorrió el pasillo pintado de blanco y vio en una puerta el número 22. Llamó y esperó.

—¡Adelante!

Abrió la puerta blanca y una luz cegadora le hizo entornar los ojos. El sol golpeaba aquel despacho hasta deslumbrar. Las ventanas estaban abiertas y el humo de tabaco aún se mascaba en el ambiente.

—Señorita, siéntese. ¿Le molesta la luz? Me pasé veinte años en una vieja oficina sin ventanas. Me encanta mirar al parque e imaginar que estoy en otro sitio. Me quedan seis meses para jubilarme, joder, toda una vida sirviendo a la gente, ahora me dedicaré a pescar y comprar el pan.

Priscila se acomodó y el hombre estuvo un rato examinándola.

—¿Ha preguntado por Cañete?

—Sí, me han dicho que es el inspector encargado de la investigación.

—Cañete lo único que ha hecho en su vida es tocarse el forro de los huevos, disculpe la expresión. Piensa que la chica se marchó con alguien, apenas ha mandado una orden de búsqueda o contactado con otras policías o mandado una eurorden. Esa chica no va a aparecer con lo que estamos haciendo aquí. Se lo aseguro. Ahora que estoy a punto de jubilarme y me importa todo una mierda, si le soy sincero, aquí muchos no saben hacer una o con un canuto, ascienden los pelotas, los amigos del delegado del gobierno y toda esa vaina.

Priscila le miró sorprendida.

—La chica desapareció por la noche, al menos eso pone en el informe —dijo mirando con sus gafas la pantalla del ordenador.

—¿No sabe la hora exacta?

—No. Por la mañana no acudió al trabajo, su madre llamó por la tarde, preocupada porque su hija no daba señales de vida. Le dijimos que había que esperar cuarenta y ocho horas. Vino desde Oviedo la pobre, como su marido había sido Guardia Civil el berzas de Cañete no se pasó mucho. Desde entonces, no se ha hecho nada.

—¿No han interrogado a nadie?

—Nada, ya le he dicho que Cañete es un vago y un inútil a partes iguales.

—El alcalde me comentó que había pedido a la policía nacional que investigara, que ustedes tenían más medios.

El hombre frunció el ceño, su papada con barba corta y canosa aumentó como la de un sapo.

—Cañete y él son amigos de copas. Me parece que el alcalde, que es otra pieza, quería enterrar el caso.

Priscila se puso en pie y agradeció al inspector su franqueza.

—Aquí, como en muchas ciudades de provincias, mandan cuatro, si a esos no les interesa la verdad, no podrá hacer nada. Espero que esa pobre aparezca viva, que se haya marchado lejos de aquí, tiene la edad de mi hija y no le niego que me da mucha pena.

Salió del despacho y estaba acercándose a las escaleras, para evitar el ascensor, cuando un hombre alto, delgado y con el pelo totalmente blanco se paró en seco.

—¿Usted es la de Oviedo? ¿La investigadora?

Priscila se quedó sorprendida.

—Inspector Cañete, creo que preguntaba por mí y el caso de Alexandra. Venga a mi despacho.

—No hace falta, he hablado con su compañero Boca...

El inspector frunció el ceño.

—El “Bocas” le llamamos así porque es muy bocazas, ya me entiende. Será mejor que venga al despacho y le explique.

Al final la mujer accedió, no tenía mucho que perder.

—Siéntese, no tengo ni que mirar la ficha, llevo días centrado en el caso. La joven desapareció por la noche, la última vez que se puso en contacto con alguien fue un wasap de buenas noches a su madre. Al parecer tenía varios amantes, algunos en el gimnasio Sapiens, uno que está muy cerca de su piso. Interrogué a tres hombres, la habían visto el día anterior. Se dejó el teléfono en casa pero, casualidades de la vida, se me ocurrió contactar con las agencias de viaje de la ciudad. No son muchas afortunadamente, Alexandra pidió un avión desde Madrid a Madeira, creemos que hasta la ciudad fue en autobús, pero no hemos visto a nadie en las cámaras de la estación de autobuses. Puede que la llevase algún amigo. Investigué en Madeira gracias a la policía portuguesa y me confirmaron que había llegado, también que se alojaba en el Hotel Pessoa.

—¿Por qué no le ha comunicado todo eso a su familia?

—Me han informado esta mañana, de lo del hotel me refiero.

—Ya entiendo.

En el fondo no entendía nada, el otro inspector le había dicho todo lo contrario.

—Alexandra se marchó para descansar o pensar en su futuro, imagino que no tardará en regresar. La reserva en el hotel era de diez días, mañana se le termina la estancia y el vuelo es para el día siguiente por la mañana. ¿Prefiere que llame yo a su madre?

—No, ya lo hago yo.

Se levantó casi estupefacta, el caso estaba resuelto. Dudó incluso en interrogar a los socios del gimnasio, pero pensó que no podía dejar de hacerlo. Había algo que no le encajaba en todo

aquello.

Mientras se dirigía al gimnasio llamó a su abuela, para ver cómo se encontraba.

—Bien hija. Ayer me viste, no pienses que me voy a morir de un día para otro.

Priscila le contó la conversación con el alcalde, con la secretaria y con los dos inspectores.

—Eso huele a chamusquina. Puede que sea cierto que Alexandra quiso poner distancia. ¿Te ha dicho cuándo llega al aeropuerto de Madrid?

—No creo que haya muchos vuelos de Madeira pasado mañana.

—Creo que deberías ser la primera en encontrarte con ella.

La mujer se quedó pensativa, mirando la pantalla del teléfono y el rostro pálido de su abuela. No quería alejarse tanto, temía que en cualquier momento los dejase.

—No me mires con esa cara. A veces eres tan transparente..., algo que no te conviene en tu profesión. Prometo no morirte hasta que estés de vuelta.

— ¡Qué tonta eres, abuela!

La anciana se echó a reír.

—Mira, en eso sí te doy la razón. Veré si encuentro algo más del alcalde y del tal Juan Pérez.

—Eres infatigable.

—Aquí estoy bien, estas monjas no parecen las brujas que yo conocí en mi niñez, pero son igual de coñazo, odio ese entusiasmo tontorrón y ese buenismo cansino. A lo mejor es envidia, pero lo que es seguro es que yo no podría soportarlo. Me he echado un amiguete, Mauricio se llama, el único que parece tener algo en el cerebro. Ya te contaré.

En cuanto colgó, se dio cuenta de que normalmente su abuela terminaba animándola más a ella que al revés. Tomó el bolso y se dirigió al gimnasio. Antes de entrar se paró en un bar y tomó unas tapas con una Coca Cola zero, estaba desfallecida.

Entró en el local, fuera había un retrato gigante de una modelo con mallas, de cuerpo espectacular y rostro angelical. En la recepción había una chica con más músculos que Rambo y una coleta tan apretada que le achinaba los ojos.

—Hola, soy Priscila, una amiga de Alexandra.

La sonrisa pétrea de la mujer cambió al momento, frunció el ceño, tensando aún más su cara.

—Tiene que hablar con el gerente, Fermín. Es esa sala de allí.

El diáfano local tenía una pecera de cristal en el centro, con un escritorio y un ordenador. El tal Fermín estaba sentado en una butaca de “gamer”, con más colores que la bandera de Zimbabwe. Aquel hombre llevaba un enorme pantalón de chándal corto que enseñaba unas pantorrillas demasiado delgadas. La miró desde la lejanía y a ella le entró un escalofrío. Se acercó a la pecera y abrió la puerta de cristal.

El sonido en la sala era ensordecedor, pero al cerrar la puerta cesó de repente.

—¿Qué quieres? Imagino que apuntarte al gimnasio ¿no? Eres guapa y esbelta, proporcionada, pero no eres carne de gimnasio.

Ella se extrañó del comentario, pero se sentó en la silla pequeña y bajita de enfrente. Desde allí el cuerpo del hombre parecía aún más grande y musculoso.

—Vengo para preguntar por los amigos de Alexandra, al parecer aquí tenía varios.

—Los amigos del gimnasio son los mismos que los de los sacadores de perros. Personas solitarias intentando entablar conversación y, si se tercia, echar un polvo. ¿Ves todos esos espejos? A todos nosotros nos encanta vernos reflejados. Alexandra era una de los nuestros, pero más solitaria que los demás. Se mataba a trabajar cada músculo, parecía odiarse más que amarse, nunca la vi mirándose en un espejo. Aquí buscaba hombres fáciles y que no le dieran problemas,

tomaba el sexo como una especie de evasión.

Le sorprendió la profundidad de sus palabras.

—No todos los musculitos carecemos de cerebro. Esto es un negocio y yo soy la imagen de la marca.

—¿Podría hablar con alguno de ellos?

—Aquel de allí, Bartolomé, es un bombero, con él salía a tomar copas y otras cosas. Lo que él no sepa, no lo sabrá nadie de aquí.

Dejó la pecera y el sonido ensordecedor volvió a machacarle los tímpanos. Se acercó al hombre y comenzó a gritarle para que la oyese.

—¡Espera!

El tipo se secó el cuerpo sudoroso y se dirigieron hacia una parte más calmada.

—Gracias.

—De nada, guapa. ¿Qué necesitas?

—Hablar de Alexandra.

—Joder, todo el mundo me pregunta por ella. Nos veíamos aquí, dos veces he subido a su casa y no para jugar a las damas, tomábamos en ocasiones una copa con otros compañeros. Siento mucho que haya desaparecido.

—¿No te contó nada? ¿No te advirtió de que se marchaba?

—Una vez me dijo que estaba hasta los huevos de Ponferrada, pero eso nos pasa a casi todos. Yo quería ser bombero en León, que tampoco es la panacea, pero pagan mucho mejor.

—¿Hablabas sobre su trabajo?

—Poco, bueno, un día vino muy alterada, no lo había recordado hasta ahora. Se machacó con las máquinas, pensé que se iba a romper algo. Fuimos a tomar una copa y me comentó que su jefe se estaba pasando. Le dije de darle dos hostias y me contestó que no hacía falta, que sabía cómo dárselas ella solita. No parecía una mujer delicada e indefensa, con dos golpes era capaz de partirme por la mitad. En las piernas tenía una fuerza descomunal. Una vez, mientras lo hacíamos, se subió encima y apretó con los muslos, pensé que me partía por la mitad.

El hombre sonrió al recordar la escena, su media melena rizada chorreaba de sudor, su rostro era simplón y bondadoso.

—Gracias.

—También me comentó que estaba hasta los huevos del portero, que era un mirón, un pesado...

Aquello la dejó sin palabras, ahora que había cambiado el rumbo de su investigación, tenía que dar un nuevo vuelco y regresar al principio.

10. El arco

Margarita, su amiga informática, le llamó en cuanto dejó el gimnasio, aún conmocionada con las nuevas informaciones.

—Dime.

—¿Estás sentada?

—No, aunque debería. El caso de Alexandra parece mucho más enrevesado que en un principio.

—Pues el de tu primo no lo es menos. He leído la sentencia, los expedientes, la investigación policial. Hay muchas irregularidades, solo con eso podríamos intentar sacarlo de la cárcel, pero es mejor que busques la caja que te comentó. He estado vigilando la casa de Miguel Ronda y...

—¿Y qué? —le preguntó impaciente.

—Allí pasan cosas extrañas, el otro día fueron unos brasileños, creo que Miguel está dentro.

—¿Dentro? Creía que la policía vigilaba todavía el pazo.

—Llevan casi un año sin hacerlo, es muy caro tener un equipo entero vigilando una casa, imagino que Miguel lo sabe y anda a sus anchas. El otro día...

—Pero ¿cómo haces todo eso?

—Tengo mis trucos, es fácil acceder a las cámaras de los ayuntamientos, también a algunas redes particulares conectadas con compañías de seguridad. No te imaginas cómo pueden observarnos.

—Entonces, si Miguel está en la casa, será más difícil acceder.

—Eso lo dejo en tus manos, ya te inventarás algo, pero lo que quería comentarte es que el narco está preparando algo con los brasileños, si los pillamos con las manos en la masa, será más fácil negociar con el juez y sacar a tu primo.

—Ahora mismo estoy muy ocupada, al parecer Alexandra llega mañana a Madrid, debo ir al aeropuerto y verla antes que nadie.

—Entonces, ya es seguro que se trata de la misma mujer.

—Eso creo, Margarita.

—¿Entonces?

—Pasaré una noche en la casa de Alexandra y mañana me voy a Madrid directamente.

—Me parece bien. ¿Necesitas algo más?

—Busca todo lo que tengas sobre el concejal Juan Pérez y el alcalde.

—Ok, lo haré. Buena suerte.

Margarita colgó y dejó a su amiga con la palabra en la boca.

—No había cuerpo; posiblemente la chica estaba pasando unos días en Madeira; por un lado estaba deseando marcharse, pero antes debía comprobar si lo que había dicho el tipo del gimnasio era cierto. En algunas ocasiones el acosador estaba más cerca de la víctima de lo que nadie podía pensar.

Cruzó la calle y se subió al coche, regresó a la urbanización de la mujer. Aparcó cerca de la puerta y se quedó mirando a la caseta del conserje. No estaba, en su lugar había una mujer de piel negra que miraba el teléfono.

—Perdone, ¿el conserje?

—Edward tiene el turno de noche. ¿Necesitaba algo?

—No, nada.

—¿A qué casa va?

—A la de Alexandra, la mujer que...

El rostro de la mujer cambió por completo.

—Desaparecida. Era una chica muy mona, cuánto lo siento, mi compañero no dejaba de hablar de ella. Es un baboso si le soy sincera, pero a veces una tiene que mirar para otro lado, no elegimos con quien nos toca trabajar. Tiene una vida miserable, lo único que le gusta es el tiro con arco, creo que fue campeón olímpico en su país. Un tipo con el que es mejor no meterse.

11. Miranda

No le gustaba quedarse sola en aquella casa desconocida. Era cierto que estaba rodeada de gente, que no creía que el conserje intentara hacerle nada, pero aun así intentó cenar algo rápido e irse a la cama temprano. Al día siguiente tomaría el coche y se dirigiría a Madrid. Apenas se había acostado cuando escuchó unos mensajes que le llegaban al teléfono, eran de su amiga Margarita.

“Francisco Miranda, dominicano, nacido hacía treinta años en Santo Domingo, campeón de tiro con arco en las Olimpiadas de Londres de 2012. Había ganado la medalla de oro y recibido como un héroe en la isla. Se trasladó en 2019 a España. Antecedentes en la Republica Dominicana por robo con violencia y homicidio. Ten cuidado”.

—¡Joder! —exclamó Priscila sin casi darse cuenta.

“Gracias por la información, ahora sí que no voy a pegar ojo en toda la noche”.

Su amiga le contestó con una carita sonriente.

Miró la foto que le había enviado, sin duda era el mismo hombre mucho más joven. ¿Sería él el asesino? Pero ¿de qué hablaba? A la mañana siguiente iba al aeropuerto de Madrid a por Alexandra, se dijo, aunque sabía que por alguna razón no terminaba de creerse que simplemente se hubiera ido a Madeira sin más. Por eso no le había dicho nada a Jacinta sobre la conversación con el inspector Cañete.

Le mandó un mensaje a su madre, esta contestó de inmediato y le pareció extraño que estuviera en Ponferrada. También le contó que había ido a ver a la abuela, pero no había querido recibirla. Priscila le pidió paciencia y le prometió que hablaría con Librada en cuanto estuviera de vuelta.

Intentó relajarse, cerró los ojos y miró el reloj del teléfono a los cinco minutos. Eran únicamente las diez. Pensaba que era mucho más tarde.

Cerró de nuevo los párpados, pero esta vez con la esperanza de quedarse dormida de verdad. Entonces sonó el timbre de la puerta. Se levantó sobresaltada y se dirigió hasta allí. Observó por la mirilla y vio a un hombre. No le conocía. Dudó unos momentos, pero terminó por abrir.

—¿Tú quién eres? —preguntó el hombre de mediana estatura y delgado. Entonces cayó en la cuenta.

—¿Juan Pérez?

El hombre frunció el ceño.

—¿De qué me conoce?

—Esta mañana estuve en el ayuntamiento, usted es el concejal de festejos.

—¿Qué hace aquí? Esta casa es de Alexandra.

—Eso mismo me pregunto yo. Sabe que ha desaparecido hace varios días.

El hombre frunció el ceño y comenzó a comportarse de forma extraña. Parecía algo bebido, con la camisa por fuera del pantalón de su traje caro.

—¡Joder! Será mejor que me marche, señorita.

—Espere, necesito que me diga dónde está Alexandra.

—¿Por qué piensa que lo sé?

—¿Por qué está aquí? —preguntó la mujer.

—Creía que había regresado, pero he debido calcular mal la fecha.

Aquella afirmación la sorprendió. ¿Por qué no había dicho nada a nadie? Se preguntó, mientras pensaba en cómo retenerlo y sacarle más información.

—Pase, le pondré una copa —comentó Priscila.

El hombre dio un paso atrás y después se decidió a entrar.

Priscila buscó por la cocina y encontró una botella de oporto. Estaba en la nevera, sirvió dos copas y se sentó en la mesa enfrente de Juan Pérez.

—Tenía la garganta seca —dijo el hombre bebiendo la copa de dos tragos.

—¿Por qué se fue Alexandra a Madeira?

—No le he dicho dónde se ha ido, no sé dónde se encuentra.

—Al menos, ¿sabe que la busca la policía y su familia?

Juan dejó la copa y se secó los labios con la manga.

—Señorita, hay cosas que es mejor desconocer, no se meta en líos. Esto no es..., igual que el sitio del que venga.

—Le aseguro que se parece mucho.

—Pues, de todas formas, no se meta donde no la llaman.

La mujer sabía que el hombre se estaba cerrando en banda.

—Al menos dígame qué piensa de lo sucedido a Alexandra y qué relación tenía con ella.

Se quedó pálida de repente.

—Me he quedado viudo hace poco, bueno, casi un año. Tengo dos hijos de catorce y dieciséis años, ambos adoraban a su madre, en el fondo es la que siempre estaba con ellos. Ahora me miran con desprecio, pensando que ojalá hubiera sido yo al que se comió el cáncer. Es muy duro, apenas puedo mirarlos a la cara. Tras el entierro estaba en caída libre, bebía cada vez más y estaba barajando terminar con todo. Ya me entiende.

La mujer afirmó con la cabeza.

—Entonces llegó Alexandra con su frescura, su alegría y su belleza. Era como si Dios me hubiera enviado un ángel del cielo. Comenzamos siendo amigos, después yo quise algo más. Ella dudaba, tenía un novio de toda la vida en Oviedo, yo le saco casi veinte años, tengo dos hijos adolescentes.

—Entiendo.

—No lo entiende, a veces la vida te atrapa en sus redes, te engaña y un día te miras en el espejo y apenas te reconoces, eres un viejo, ya no hay marcha atrás, pero ella me quitó veinte años de encima.

—Entonces la acosó.

—No, por Dios. Sería incapaz de hacer daño a una mosca, pero sucedió algo que me hizo mucho daño, me dejó destrozado.

Priscila le observó con curiosidad y bebió un trago de la copa de oporto.

—Comenzó a tontear con el alcalde. ¿Se lo puede creer? Él es dos años mayor que yo, está casado con una doctora muy tonta y pija que se llamar Carla, rubia de bote y piernas de infarto, pero ambos tonteaban abiertamente. Todo el mundo lo sabía, era una humillación para mí. Entonces, el problema no era la edad, era...

—Eso le puso muy celoso.

—Claro que me puso celoso, no soy de piedra. Quise advertirle de que el alcalde era un mujeriego, que se desharía de ella cuando se cansara de su nuevo juguete, pero no me hizo caso, al poco tiempo desapareció.

—¿Cómo sabía que estaba fuera?

—Escuché una conversación.

—¿Qué conversación? —preguntó la mujer más intrigada que antes.

—El alcalde, Sandro, yo me dirigía a su despacho, fue unos días antes de que se marchara Alexandra, parecía que discutía con ella. Le comentó que no se saldría con la suya, la amenazó y que cuando regresara de su viaje ya hablarían. Por eso pensé que estaría de viaje.

Priscila fue a por la botella y se sirvió un poco más.

—¿Qué relación tenían Sandro y ella?

—Al principio tonteaban un poco, después ella parecía muy cercana al alcalde. Fuimos a la boda del hijo de otro concejal en Palencia y ellos fueron en el mismo coche y durmieron en la misma habitación, no hace falta que entre en detalles.

La mujer bebió un poco más de oporto, cada vez se encontraba más confusa.

—¿Usted qué sabe? ¿Dónde está Alexandra?

—Al parecer, según me ha dicho la policía, en Madeira, una isla portuguesa.

—Ya sé qué es Madeira. ¿Cuándo regresa?

Se lo pensó antes de contestar, pero aquel tipo le parecía inofensivo.

—Mañana por la mañana, voy a ir a buscarla.

—¿Lo sabe Sandro?

—Imagino que sí, al parecer ya habían hablado antes del viaje.

—Pues la acompañaré, no es seguro que vaya usted sola.

Priscila le miró de soslayo.

—No crea que soy una pobre damisela en apuros, sé muy bien defenderme solita.

—Sandro Segura no es un político de provincias. Antes de meterse en política era un empresario de la noche. Conoce a mucha gente de los bajos fondos, individuos capaces de por muy poco dinero darle una paliza o algo peor.

La mujer no sabía si confiar en aquel tipo, apenas acababa de conocerlo. ¿Qué sucedería si le había mentado y era él el que acosaba a Alexandra?

—Está bien, saldré muy temprano, a las seis de la mañana, si está en la puerta, puede venir conmigo.

El hombre le dio las gracias, dio un nuevo trago a la copa que le había servido y se marchó. Apenas había cerrado la puerta cuando llamaron de nuevo. Abrió sin mirar y se encontró de cara con la vecina.

—Perdona que te moleste, pero estaba un poco preocupada.

—¿Preocupada?

—La persona que se ha marchado, ese hombre.

—Sí, era el jefe de Alexandra.

—Un día vino y le montó un escándalo, se puso muy violento. Por eso tenía miedo de que te hiciera algo. Alexandra no quiso denunciarlo, decía que su mujer había muerto poco antes y se encontraba muy afectado.

Priscila se quedó sin palabras. ¿Estaba dispuesta a llevar a un hombre así hasta Madrid para que se encontrara con la mujer que llevaba días desaparecida? Sin duda no, se contestó sin dejar de observar a la mujer.

—Déjame que entre y te prepare una tila, se te ha demudado el rostro.

La mujer entró casi a empujones, metió una taza con agua en el microondas y se dio la vuelta.

—Creo que yo me voy a preparar otra. Estoy muy nerviosa, entre unos y otros me tienen en vilo.

—¿Por qué lo dices?

—No quise comentarlo antes, pero creo que el conserje ha entrado en la casa cuando te

marchaste. Estuvo un rato, como si buscara algo. No me creo Agatha Christie, pero aquí se cuece algo muy gordo, te lo digo yo. ¡Por Dios, qué nervios, pero también qué emoción! No sabes lo aburrida que puede llegar a ser la vida de una mujer sola.

12. Barco

Cuando Librada miró el teléfono y vio que era su sobrino se pegó un susto. ¿Cómo es que la llamaba desde la cárcel? No sabía que tenía su teléfono.

—Tita, soy Alfonso.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

—Nunca le preguntes eso a alguien que lleva tanto tiempo en la cárcel. ¿Sabes qué es lo peor de estar encerrado?

—Ni me lo imagino —contestó la anciana incorporándose con un poco de dificultad en la cama.

—Aquí el tiempo va muy despacio, a veces hasta puedo escuchar cómo se mueven los segundos, pero fuera todo va muy rápido. El ver a la prima Priscila me llenó de esperanza, aunque por otro lado me dio vértigo. ¿Qué puede hacer un tipo como yo en la calle? Llevo encerrado toda la vida.

—Comenzar a vivir de nuevo. Te lo dice una vieja que se está muriendo. Nunca es tarde para intentar ser feliz. De joven cometiste errores, errores muy graves, has pagado con creces por ellos, pero mientras tú estás en la cárcel, el que te llevó hasta ese punto, el que realmente mató a ese policía de aduanas está disfrutando de la vida.

Se hizo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Miguel Ronda puede ser muy peligroso. Si se entera de lo que estamos tramando, mandará a alguien para que me mate dentro de la cárcel, por no hablar de lo que le puede hacer a Priscila.

La anciana suspiró.

—Es su trabajo, sabe a lo que se enfrenta. No puedes remover mierda y pensar que no te va a salpicar, tampoco estar entre gente violenta y escapar siempre indemne. ¿Por qué te metiste con esa gente?

—Eran otros tiempos, tía, tú lo sabes mejor que nadie.

Gijón, septiembre de 1998.

Alfonso vomitó hasta su primera papilla en cuanto puso el pie en el barco de pescadores.

—¡Mierda, Alfonsito! No tienes sangre de narco.

—Lo que no tengo es carne de marinero. ¿Por qué tenemos que tomar un barco?

—¿Por dónde crees que entra la droga? ¿Por el espacio sideral? —contestó Miguel. Tenía el pelo en una coleta larga y rubia, las pecas algo quemadas por el sol, y el bigote y la barba empapadas por el oleaje.

—No sabía que manejabas barcos, creía que eras funcionario de prisiones.

El hombre miró al mar con sus ojos tan grises como las agitadas aguas y después se encendió un pitillo.

—Mi padre era pescador, como mi abuelo y mi bisabuelo.

—No lo sabía.

—Tenía un barco como este y dos marineros, estuvo cuarenta años pescando para mantenernos, pero en los años ochenta lo perdió todo por una mala racha. Siempre me había dicho que no fuera pescador, que me hiciera funcionario o dependiente de El Corte Inglés, por eso hice las

oposiciones más sencillas y me saqué una plaza. Un sueldo fijo, pero un trabajo de mierda. Un día me pregunté, mientras veía cómo la mayoría de los narcos se marchaban de la cárcel a las pocas semanas, ¿por qué voy a estar comiendo mierda toda la vida? Entonces conocí a Sito y él me metió en el negocio.

Alfonso frunció el ceño.

—¿Te fías del gallego? Él se lleva más del 50 por ciento de todo.

—También trata con los colombianos. Esa gente es peligrosa y nosotros aún no estamos preparados para montar el negocio por nuestra cuenta. Además, Asturias sigue siendo un puerto secundario, provisional, hasta que logren restablecer sus negocios en Galicia. Cuando ellos regresen allí, nosotros nos convertiremos en los señores de Asturias. ¿Te lo imaginas? Tener un pazo, caballos, mujeres...

—Joder, se me hace la boca agua.

La barca se paró a pocos metros de un barco mucho más grande. Desde la cubierta comenzaron a arrojarles fardos pesados, en total veinte. Después se alejaron de allí a toda prisa.

—¿Cuánto dinero puede haber aquí?

—Mucho, Alfonso, para vivir toda una vida sin trabajar.

—Pues nos lo quedamos, lo vendemos y nos piramos. Que den por culo a esos gallegos.

Miguel sin dejar de dirigir el timón miró a su ayudante.

—¿Eres tan tonto como parece? El problema no son los gallegos. Piensa un poco, esos colombianos mandarían a sus sicarios. No te puedes imaginar lo que nos haría esa gente. A nosotros y a nuestras familias.

Aquella fue la primera vez de otras muchas, el comienzo de un camino sin retorno que llevaría a uno hasta la riqueza y el poder, mientras que el otro terminaría destruido casi por completo.

13. Un millón

Siempre las cosas suceden de la misma forma. La gente se instala en una nueva ciudad, comienza relaciones de amistad, se enamora, encuentra un trabajo y, de repente, llega la estabilidad, lo que acaba produciendo monotonía y, más tarde, el deseo de cambiar de nuevo. La eterna insatisfacción del ser humano es la verdadera condena al este del Edén.

La vida de Priscila tenía la emoción que le imprimía cada nuevo caso, era su droga: el exponerse a ciertos peligros, además del reto de descubrir la verdad y la satisfacción de sacarla a la luz. Después venía una breve depresión, como cuando baja la marea y una ve todo lo que se esconde en el lecho marino, robando al hermoso mar su belleza y armonía.

La vecina tardó mucho en marcharse del apartamento. Al final se empeñó en hacer unas galletas, manchó toda la cocina y habló sin parar hasta casi la una de la madrugada. Cuando al fin se fue, Priscila se tumbó en la cama vestida y se quedó profundamente dormida hasta las cinco y media, cuando sonó el despertador del teléfono. Se encontraba tan aturdida, que apenas acertó a apagarlo. Cuando lo consiguió, se dirigió a la ducha, estuvo diez minutos bajo el agua, se secó el pelo, se arregló y tomó un café rápido con las malditas galletas de la vecina.

Había decidido no ir con Juan Pérez a Madrid, no sabía qué le diría cuando lo viera en la calle, pero su postura era inamovible. Salió al pasillo, bajó las escaleras, después llegó a las zonas comunes y atravesó los jardines, cuando estaba llegando a la puerta escuchó una voz a su espalda.

—¡Qué temprano se marcha!

La mujer se giró algo inquieta, la voz sin duda era la del conserje.

—Tengo que hacer un largo viaje.

—¿A Madrid? Llega a tiempo, el avión llegará a eso de las diez creo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy el conserje. La señorita Alexandra me lo comentó.

—No me lo creo, cuando vine aquí por primera vez comentó que apenas la conocía, que no sabía demasiado de ella.

El hombre se encogió de hombros, no parecía peligroso, su juventud se había derrochado en juergas, su cuerpo en excesos de todo tipo, pero su cara aún tenía algo de atractivo.

—Me lo dijo, pero me pidió que no se lo contara a nadie. Se marchó, como usted, muy temprano. A veces me recuerda a ella, se parecen mucho.

—¿Usted cree?

—Ella se encontraba más en forma, era algo más... sensual, ya me entiende. Usted parece siempre tensa, rígida, nerviosa, no se deja llevar por la vida, parece más bien resistirla.

Priscila le dio la espalda y se dirigió hacia la entrada.

—No he terminado —comentó el hombre poniendo su mano sobre la puerta.

—La señorita Alexandra era mucho más simpática, en eso también son diferentes. Puede que lo que encuentre en Madrid no sea de su agrado.

—¿Quiere quitarse de en medio?

El hombre apartó la mano, ella abrió la puerta y se dirigió al coche. Estaba temblando, apenas se había recuperado un poco de aquel encuentro cuando se dio de bruces con Juan Pérez.

—¡Qué susto, por Dios!

—Lo siento, no era mi intención. Llevo un rato esperando, apenas he pegado ojo.

—Es mejor que vaya sola, ya se lo comenté, siento que haya madrugado.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? Escuché la puerta, era la vecina. ¿Verdad? Le ha contado lo que hice hace un par de meses. Es cierto, monté una escena, terminaba de enterarme de lo del alcalde, pero todos perdemos los nervios en algún momento. ¿A usted nunca le ha pasado?

—No.

—¿De verdad?

—Sí, no soy un misógino peligroso.

—¿Qué insinúa? Imagino que me habrá investigado. Jamás he hecho nada de lo que me arrepienta.

—Tampoco cuando lo de Nevenka.

—Eso fue hace mil años. Yo era un político muy joven.

La mujer se cruzó de brazos.

—Todos ponen la misma excusa, como si la juventud fuera un descargo de todo lo que hemos hecho mal.

—Por favor, lo hago por su bien. Le contaré todo lo que sé de la relación del alcalde con Alexandra.

Al final apretó el botón del coche y los dos subieron al vehículo. Durante la primera hora apenas cruzaron palabra, ella estaba tensa.

—Lamento que tenga que verme en estas circunstancias, hace un año y medio era una persona completamente distinta. Ruth y yo nos conocíamos desde el colegio, toda la vida juntos. La única mujer de mi vida, se lo juro. Esas cosas ya no pasan, ahora la gente se cansa muy pronto.

Salieron a la autopista y el pasaje se volvió más monótono, después comenzó a llover.

—La política, creo, que aceleró su enfermedad, me quitaba mucho tiempo, ella tenía que llevar la casa y me echaba de menos. Si volviera a nacer, no querría de nuevo...

—No diga bobadas. Usted se metió como todos en política, para ver qué sacaba. Aquí durante muchos años ha gobernado el PP, pero cuando lo ha hecho el PSOE ha sido la misma vaina: sobres, apaños y mentiras.

El hombre se puso a mirar por la ventana.

—En España las cosas siempre han funcionado así.

—En España las cosas han funcionado así, por gente como usted.

—Otro habría hecho lo mismo.

—Eso decían los nazis, nunca nadie es culpable, vaya por Dios.

—¿Piensa que soy millonario? Nosotros nos llevamos las migajas, los que realmente ganan dinero son los políticos de Madrid y los grandes empresarios. Sandro se ha llevado mucho, más de lo que imagina. Puede que hasta un millón.

—¿Un millón?

—No me haga caso, estoy cansado y nervioso.

Priscila siguió conduciendo durante una hora, intentando evitar cualquier conversación.

—Alexandra me llamó dos días antes de desaparecer, ella misma podrá contárselo.

—¿Por qué dice eso?

—Estaba asustada, se acuerda que le comenté que habíamos ido a una boda en Palencia. Pues el alcalde se propasó.

—¿La violó?

—Algo parecido.

—¿Por eso se fue? ¿Por qué no lo denunció?

El hombre hizo una mueca.

—Ya sabe lo que pasó hace veinte años, el juicio público que sufrió aquella mujer. Todos sabían que Alexandra era muy liberal, habrían dicho que la culpa era suya.

—¿Qué país de trogloditas!

—Simplemente le cuento lo que sucedió. Yo podría hacerla feliz, ella no se merece eso.

—Usted es igual.

El hombre se puso a gritar y golpear la guantera.

—¡No diga eso! ¡Yo no soy como ese cerdo! Siempre la he respetado.

—Tranquílcese o le dejaré aquí mismo.

En ese momento estaban por Tordesillas, a poco más de mitad de camino.

—Lo siento, estoy muy nervioso.

En ese momento Priscila recibió un mensaje y tomó el teléfono con la mano. Únicamente podía leerse el principio sin abrir el teléfono del todo.

“Juan Pérez tiene una larga lista de delitos sex...”

En ese momento se le torció el volante y el coche se lanzó hacia un lado y después hacia el otro, el hombre intentó controlar el coche, pero no pudo impedir que se salieran de la vía y comenzaran a circular campo a través, esquivaron varios árboles, la mujer pisó el freno a fondo y el coche comenzó a derrapar y dar vueltas, en medio de una gran polvareda.

14. Una cena romántica

Alfonso se quedó sorprendido al recibir la invitación, llevaba casi diez años sin ver a aquella mujer. Todos la llamaban la “colombiana”, aunque su verdadero nombre era Ofelia Márquez. Siempre se había sentido atraído por ella, habían sido pareja durante un par de años, pero en cuanto le encerraron desapareció, como si se la hubiera tragado la tierra.

El hombre había solicitado el vis a vis, casi ni se acordaba de qué era estar con una mujer. Esperó ansioso a la tarde, parecía como un crío en su primera cita. Cuando la vio aparecer le pareció despampanante, como si por ella no hubiera pasado el tiempo.

—¡Dios mío!, ¿qué te han hecho mi amor?

—Me han robado el alma —contestó Alfonso.

—El alma y el cuerpo.

Los dos se rieron, el funcionario abrió con la llave el cuarto y los dos entraron. Era una habitación fea y cutre, pero limpia. Tenía una mesa y dos sillas, una cama y un baño pequeño.

—Pensaba que estabas fuera de España. Llevo años sin verte.

La mujer se acercó y posó su mano en el hombro.

—Me fui unos años, hasta que se calmasen las cosas, pero chico, yo ya no me acostumbro a Medellín, allí las cosas siempre están jodidas. Ya me entiendes. Te he traído un regalito.

La mujer dejó un paquete sobre la mesa. El hombre lo miró intrigado.

—¿Te han dejado pasar esto?

—Bueno, es una tarta, no hay ninguna lima dentro —dijo mientras colgaba el abrigo en un perchero de la pared.

Los dos comenzaron a abrazarse y besarse, al pobre de Alfonso se le había olvidado hacía tiempo lo que era una mujer. Tras media hora dándose placer mutuamente, la mujer se duchó y él abrió el paquete. Era una tarta pequeña, cubierta de una crema color rosado. Parecía apetitosa.

—Amor, tengo que marcharme. Ha sido espectacular, no has perdido facultades.

—Te aseguro que no será por la práctica, parezco un monje célibe aquí. ¿Has visto a Miguel?

—Lo cierto es que no, lleva años escondido. Esta no es vida, aún recuerdo aquellos años, parecíamos los amos del mundo.

—Y lo éramos, tú más bien eras la diosa del mundo.

—Para lo que hemos quedado, cuídate.

—¿Por qué has venido después de tanto tiempo?

—Me ha podido la nostalgia, me acordé de que era tú cumpleaños y pensé darte una sorpresa.

—Te quería —le dijo el hombre.

—Yo también.

Los dos se abrazaron y la mujer soltó un par de lágrimas.

—Siento mucho que estés aquí, pero seguro que pronto sales.

—Eso espero —dijo él.

Ella llamó a la puerta, el funcionario abrió y se despidieron de nuevo.

—Venga tortolitos, que se ha acabado el tiempo hace un rato. Se os oía hasta el fondo de la galería.

La mujer caminó moviendo las caderas, enfundada en aquel traje ajustado, con su piel morena y sus ojos verdes, se volteó justo antes de pasar la puerta de seguridad y le lanzó un beso.

Alfonso regresó a su celda con una sonrisa en los labios y la tarta. Se sentó en la mesita y saboreó los momentos de aquella tarde, después buscó una cuchara y comenzó a comer la tarta dentro de la caja de cartón. Dejó un buen trozo para el día siguiente, se tumbó en la cama, con las manos detrás de la nuca. Pensó en el mar, también en aquellos años locos, divertidos y peligrosos. Quiso que volvieran, aunque sabía que había hecho daño a mucha gente, era su pasado, toda su historia, lo único que había conocido. Cerró los ojos y comenzó a sentirse mareado, notó que le faltaba la respiración, dio una fuerte bocanada, como un pez fuera del agua y en un minuto su corazón dejó de latir para siempre.

SEGUNDA PARTE: SOSPECHA

15. Soledad

Laura se sobresaltó al escuchar el timbre del teléfono tan temprano, tocó a tientas la mesilla y después miró la pantalla. No conocía el número, pero lo descolgó y aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Quién es?

—Señora, lamentamos comunicarle...

El corazón de la mujer se puso a mil de repente, se incorporó y buscó en la mesita las gafas.

—¿Qué ha sucedido? ¡Por Dios, diga algo!

—Su hija ha sufrido un accidente, su coche se ha salido de la autopista, está consciente, pero hemos tenido que llevarla al hospital de Valladolid, teníamos su teléfono de contacto en el móvil.

—Dios mío, gracias a Dios. Salgo para allí de inmediato.

Laura despertó a su marido y ambos se vistieron a toda prisa y tomaron la autopista. Durante el trayecto, Laura no dejaba de lamentarse y porfiar.

—Mira que darle a la niña por meterse a detective, con lo mona que es, ya podría estar casada y haberme dado dos nietos. No entiendo a las mujeres de hoy, todo ese afán de trabajar fuera de casa.

—Tranquilízate y, sobre todo, no le digas nada a Priscila, ya ha tenido suficiente con el susto que se ha dado.

—¡Pero por Dios! Que ya es la tercera vez que sufre un accidente en un año. Ese trabajo va a acabar con ella. ¿A quién se le ocurre meterse con los poderosos?

El hombre dio un suspiro, estaba acostumbrado al melodrama que siempre montaba su esposa, parecía sobreactuado.

—Deberías estar orgullosa de la chica. Tiene dos carreras y su propio despacho.

—Ni que fuera abogada, que es detective por Dios, eso no da para vivir, pero sí da para morir.

A las tres horas llegaron a Valladolid, se dirigieron directamente hasta el hospital, dejaron el coche en el aparcamiento y después fueron hasta la habitación. Al abrir la puerta, Priscila los miró estupefacta.

—¿Por qué habéis venido? Me encuentro bien, el coche se salió de la vía y me di un golpe en la cabeza. Me han dado cuatro puntos en la frente y he pedido el alta.

—¿El alta? Tienen primero que verte a fondo, no sea que te dé más tarde un derrame cerebral.

Priscila apretó el botón para que viniera la enfermera.

—¿Qué sucede? —preguntó una mujer grande, de espaldas anchas y cara de pocos amigos.

—Hace dos horas que me dijo que vendría la doctora para darme el alta.

—Tiene mucho trabajo, además le recomendamos que se quede aquí hasta mañana.

—Tengo mucho trabajo, si no me dan el alta me marchó de todas formas.

Priscila se puso en pie y comenzó a meterse el pantalón debajo del camisón.

—Haga lo que quiera —comentó la enfermera mientras se marchaba.

La madre empezó a gritarle en cuanto estuvieron a solas.

—Acabas de tener un accidente y te marchas así, hemos venido desde Oviedo.

—Yo no os lo he pedido y ya voy tarde a una cosa importante en Madrid.

—¿Qué se te ha perdido a ti en Madrid?

—Cosas del trabajo.

La mujer se puso la blusa y sacó sus pertenencias de una bolsa de plástico. Después se puso los zapatos, el abrigo y tomó el bolso.

—Espera al menos a que llegue el médico.

La chica estaba a punto de atravesar el umbral cuando se dio de bruces con el doctor.

—Perdone. Venía para darle el alta.

—Ya era hora —dijo mientras le quitaba el papel de las manos.

—¿Cómo está el hombre que venía conmigo?

—No hemos visto a ningún hombre, estaba sola en su coche.

—Es imposible —comentó sin creerse lo que le decía el doctor.

El hombre se encogió de hombros y Priscila salió de la habitación mientras escuchaba a sus espaldas la voz de su madre.

Llegó hasta su coche que no había sufrido ningún daño, ella se había golpeado al frenar bruscamente. Miró en el interior y se dio cuenta de que le faltaba el ordenador portátil.

—Mierda, el tal Juan Pérez me la ha jugado.

Arrancó el vehículo y pisó a fondo, se escuchó el chirrido de los neumáticos y en unos minutos estaba en la autopista, corriendo para llegar a Madrid. En el fondo era consciente de que era imposible, quedaba menos de una hora para que la mujer saliera del avión, de hecho debía estar ya muy cerca de Barajas. Golpeó varias veces el volante, mientras intentaba pensar qué podía hacer para encontrar de nuevo la pista a Alexandra.

16. Pueblo

Gijón, Asturias año 1999

Llevaban más de un año en el negocio y el dinero parecía brotar hasta de las fuentes. Al principio habían intentado no mostrarse muy ostentosos, pero al final habían sucumbido al lujo y los excesos. Miguel había contratado a una docena de colaboradores, la seguridad era lo primero y él era el encargado de meterlos en vereda. La mayoría eran críos, camellos y matones de poca monta a los que había que convertir en verdaderos mafiosos.

Cada sábado iban a un pueblo cercano de Galicia para hacer ejercicio y practicar con sus armas. Los colombianos les habían conseguido algunas pistolas e incluso un fusil de asalto, aunque aquel día Miguel les tenía preparada una sorpresa.

—Guardad las armas, vamos al otro lado del río.

Se subieron en tres coches y costearon hasta llegar a Ribadeo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alfonso que conducía el coche del jefe.

—A Ribadeo, he decidido trasladar el negocio aquí. Pasaremos alguna mercancía por Gijón, pero estamos llamando demasiado la atención. Los gallegos saben hacer más la vista gorda.

—Joder, tengo a la familia y a mi novia en Gijón.

—¿Novia? Yo te tengo preparada una. Además, ¿qué ha hecho tu familia por ti? Nada. Estos y yo somos ahora tu familia.

Alfonso se quedó pensativo unos instantes, pero al final puso la radio a tope, mientras el sol del verano hacía que el agua de la ría resplandeciera.

Llegaron al pueblo y Miguel le fue indicando hasta que se pararon enfrente de una tapia alta y una puerta de hierro pintada de azul. Se bajó uno de los hombres y abrió las puertas de par en par. Entraron en un gigantesco jardín, con una mansión del siglo XIX justo enfrente, un pazo enorme de piedra, envuelto en hiedra los recibió.

—¡Joder Miguel, es un maldito palacio!

—Ya os lo había dicho, este es nuestro nuevo hogar.

Dejaron los coches, subieron una escalinata redondeada, con una balaustrada de piedra y Miguel abrió una puerta blanca, alta y decorada con un pomo de bronce. Al entrar vieron el increíble recibidor, la escalera que llevaba a la planta superior. El edificio necesitaba una mano de pintura y algunos arreglos, pero era discreto y grande, allí nadie los molestaría.

Miguel les fue enseñando las dependencias y explicando qué haría en cada una. Los muchachos se quedaron en la cocina tomando unas cervezas y los dos amigos salieron al jardín trasero, se sentaron en unas sillas de hierro pintadas de blanco y comenzaron a fumar.

—Esto es increíble, Miguel.

—Es de los dos, esto es el fruto de nuestro trabajo, pero es únicamente el principio.

—Parece que estoy viviendo un sueño, hace un par de años vendía hierba en un parque de Gijón y ahora, míranos.

Los dos jóvenes comenzaron a reírse. Comenzó a escucharse música por toda la casa y aparecieron una docena de mujeres, la mayoría de origen latino.

Miguel y Alfonso entraron en la casa, las prostitutas eran espectaculares.

—Esa es la tuya, Alfonso, se llama Ofelia.

El hombre miró a la mujer, era bellísima, vestía un traje rojo ceñido que marcaba sus curvas.

Se subieron a una habitación y se tumbaron. Tras hacer el amor se fumaron unos pitillos.

—Mujer, nunca había conocido a nadie como tú.

—Claro, amor, porque no has estado en mi país. Las de aquí son demasiado mojigatas, sobre todo las del norte.

Alfonso la miró, su cuerpo desnudo parecía cincelado por un artista.

—Creo que no voy a dejar que te me escapes.

—No soy una puta, no te equivoques. Miguel me invitó a la fiesta y me dijo que quería que te conociera, pero si le digo que no quiero volver a verte, no hay dinero que pueda comprarme.

El hombre la escuchaba fascinado.

—Entonces.

—Soy socia de Miguel, ayudo con algunos contactos en Colombia y otros que tengo aquí.

—¿Una distribuidora?

—Algo así, cariño.

—¿Y te he gustado?

La mujer comenzó a acariciar el pelo del hombre.

—Aún no has pasado el examen completo —dijo mientras bajaba de nuevo hacia su tripa.

17. Noche larga

Priscila no llegó a tiempo y se sintió boba por intentarlo. Tras dejar el aeropuerto regresó a Oviedo. Fue un viaje largo y pesado, pero le ayudó a reflexionar sobre todo lo ocurrido, en el fondo era consciente de que había sido un poco ingenua.

Ahora se encontraba hecha un mar de dudas. ¿Por qué se había marchado Alexandra? ¿Lo había hecho voluntariamente? ¿Estaba viva o muerta? Sospechaba de Juan Pérez, no había podido leer el informe de su amiga Margarita, pero sin duda no era nada bueno. También veía como posible asesino o acosador a Sandro, el alcalde, a no ser que en eso también le hubiera mentido Juan Pérez. Para colmo, no descartaba que el conserje estuviera implicado o incluso fuera su asesino.

Todo aquello era una locura. No había cuerpo, la desaparición parecía ficticia, ni siquiera se encontraba segura de conocer el verdadero móvil.

Al llegar al desvío de Oviedo decidió seguir adelante e ir a ver a su abuela. Llevaba dos días sin saber mucho de ella, además necesitaba urgentemente uno de sus abrazos.

Media hora más tarde, con un fuerte dolor de riñones y cabeza aparcó enfrente de la casa de reposo. La monja la saludó al pasar y ella se dirigió a la habitación de su abuela.

Tal y como había imaginado, Librada estaba mirando su tablet mientras devoraba unas galletas con un vaso de leche.

—¡Abuela!

—¡Coño, qué susto! ¿No te han enseñado a llamar antes de entrar?

Al ver la cara triste de su nieta, Librada abrió los brazos y esta se acurrucó a su lado.

—¿Cómo estás?

—Mal, abuela, no he podido ver a Alexandra, he sufrido un accidente y, para colmo, me veo más perdida que hace unos días.

—Pues yo tampoco tengo buenas noticias.

Librada enseñó la portada de un periódico en su tablet.

“Muere un preso en una cárcel de Asturias.”

—¿Es el primo?

—Sí, al parecer una mujer colombiana hizo un vis a vis con él, y le dejó una tarta que estaba envenenada.

Priscila se sentó en el asiento de al lado.

—No me lo puedo creer, ¿qué más puede salir mal?

—Tu madre estuvo aquí por la tarde, estaba medio histérica, algo que en ella es normal.

—¿Os volvisteis a pelear?

La abuela hizo un gesto de desdén.

—No, la verdad es que al contarme lo que te había sucedido me quedé preocupada. Tal vez tenga razón, este trabajo es muy peligroso. Los que han hecho esto a tu primo, pueden hacerte lo mismo a ti.

Priscila tomó una galleta y comenzó a comer, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Su abuela caminó hasta la nevera y sacó un poco de leche.

—¿La quieres caliente o fría?

—Fría.

Tras comerse unas pocas galletas y beberse la leche se sintió un poco mejor.

—Abuela, para mí este trabajo es la vida. Antes no era feliz, ya lo sabes.

—Sí, mi niña, pero también son felices esos que se tiran con esas alitas desde un avión. Ser detective es peligroso. Al menos dime que dejas el caso de tu primo.

Priscila frunció el ceño, pensaba que lo último que tenía que hacer era dejar el caso.

—Ellos no sospecharán de mí, soy su prima.

—Su prima y la investigadora más conocida del Principado de Asturias.

La mujer echó la cabeza para atrás y la apoyó en el respaldo.

—Mira, haremos una cosa, intentaré coger la caja de metal enterrada y la llevaré a un juzgado, dejaré el resto en manos de la justicia.

—Para conseguir eso tienes que meterte en el jardín del narcotraficante ese.

—Miguel.

—Miguel. Meterte en su pazo es entrar en la boca del lobo.

—Puede que tengas razón, pero mañana mismo me marcho para allí.

En ese momento abrió el teléfono, comenzó a mirar los mensajes de Margarita, después se los leyó a su abuela en voz alta.

“Juan Pérez, acusado de acoso sexual en dos ocasiones, en ambos casos por dos de sus empleadas. Se desestimaron los cargos”.

—Menuda pieza. ¿Piensas que puede ser él?

—Bueno, no estoy segura, el conserje de la finca también tiene antecedentes y parece un tipo muy inquietante.

—Yo tengo información sobre el alcalde.

—Cuéntame.

La abuela se colocó las gafas y buscó en su tablet.

—Dice que... Ya lo tengo.

“El empresario de la noche Sandro Segura es el nuevo alcalde de Ponferrada. Después de que el PSOE recuperase el gobierno con el apoyo de Ismael Álvarez, el antiguo alcalde de la ciudad y acusado de abusos y acoso sexual a Nevenka Fernández, que había vuelto a la política con un partido independiente. Al parecer, Ismael Álvarez y Sandro Segura han sido socios e íntimos amigos. El actual alcalde de Ponferrada ha sido acusado en varias ocasiones de ser el dueño de varios locales de alterne, además de defraudar a Hacienda y de hacer concesiones dudosas a varias empresas inmobiliarias.

—Lo tiene todo, además de putero, corrupto y defraudador, parece que hace buenas migas con depredadores sexuales —comentó Priscila.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—Pues tenemos tres candidatos al premio gordo —dijo la nieta escribiendo en un papel los tres nombres.

—¿Quién tiene más razones para querer que desaparezca Alexandra?

Priscila se quedó pensativa mientras chupaba la punta del bolígrafo.

—Sin duda Sandro, además Julio Pérez habló de un millón de euros.

—¿Un millón de euros?

—No sé a lo que se refería, pero podía ser algún desvío de fondos de la concejalía de festejos. Algo que también me insinuó Casandra, una secretaria del ayuntamiento.

La abuela frunció los labios.

—Siempre igual. ¡Dios mío, qué país!

—Además, Juan Pérez me contó que el alcalde acosaba a Alexandra.

—Dos puntos para el señor, entonces está claro. El alcalde es el más interesado en deshacerse de la muchacha.

Priscila frunció el ceño.

—No tan deprisa. Está lo del viaje a Madeira, que confirmó Margarita y lo del conserje, que también tiene antecedentes de robo, agresión y acoso.

—¿Por qué iba el conserje a atacar o matar a Alexandra?

La mujer se lo pensó un momento antes de contestar.

—¿Porque es un psicópata asesino?

—Puede ser, querida, pero la mayoría de los psicópatas no atacan a personas que conocen tanto y forman parte de su entorno, por eso es tan difícil atraparlos. Salen a cazar, prefieren personas anónimas con las que no empaticen lo más mínimo.

—Abuela, los psicópatas no empatizan. Según los psiquiatras...

—Pues a sus hijos, cuando los tienen no les hacen nada.

—Porque los ven como una prolongación de ellos mismos.

La abuela dejó la tablet en la mesita.

—Ya sabes lo que pienso de los loqueros.

—Bueno, tampoco podemos descartar al conserje.

—Habrá que volver a Ponferrada.

—Sí, cuando haya conseguido la caja de Alfonso y cerrado el otro caso.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con lo del narco?

—Jamás lo he estado tanto.

—Has salido a mí, por desgracia.

Las dos mujeres se abrazaron e intentaron no pensar más en los casos. Priscila decidió quedarse a dormir en el sillón. Echaba de menos a la abuela, muchas veces se quedaba en su casa, quería disfrutar de ella todo el tiempo que le quedase de vida y sabía que ya no era mucho.

18. Madre

Todos tenemos una madre, al menos eso pensó Priscila antes de tomar el coche para Ribadeo. Descolgó el teléfono y llamó a Jacinta.

—Hola, soy Priscila.

—Hola hija. Muchas gracias por todo lo que has hecho. Me llamó la policía de Ponferrada, además he recibido otro mensaje de Alexandra, al parecer está en Santiago de Compostela, ya regresó de esa isla portuguesa y quiere estar en la casa de su antiguo novio.

—Prefiero ir a verla ahora, no quiero hablar por teléfono.

—Claro, estoy en casa preparando la comida.

—¿Tan pronto?

—Voy a hacer unas fabes y eso es mejor hacerlo a fuego lento, para que quede bien.

—Estoy en diez minutos.

Aparcó el coche en la barriada, era una zona de las más humildes de la ciudad de Gijón. Caminó por las calles algo descuidadas con las fachadas pintarrajeadas y varios coches abandonados y medio destartados. Llegó al portal y llamó al timbre, pero no funcionaba, empujó la puerta y esta se abrió. Subió las escaleras sin luz y llegó a la tercera planta, llamó al timbre y esperó.

—¿Tú quién eres?

El hombre que le había abierto la puerta parecía muy demacrado, estaba delgado, con los ojos hundidos y una barba descuidada.

—¿Esta no es la casa de Jacinta?

El hombre frunció el ceño.

—Es la que está buscando a mi hermana pequeña. ¿Verdad?

—Sí, me llamo Priscila —dijo dándole la mano.

—Pasa, mi madre ha bajado a por el pan, es raro que no te la hayas cruzado, en cinco minutos está de vuelta.

Entró en la casa, era un piso humilde pero limpio, parecía recién pintado y sus muebles baratos y viejos estaban bien conservados.

—¿Quieres algo? ¿Un refresco?

—No, gracias.

—¿Qué te parece la mansión? Para una pijita como tú le resultará exótica.

—No soy pija, mi abuela vive en una casa más humilde que esta.

El hijo de Jacinta soltó una carcajada.

—Una en toda la boca, eso me pasa por listillo.

Se sentaron uno enfrente del otro, ella en el sillón que se hundía y él en una silla pintada de marrón oscuro.

—¿La has encontrado? A mi hermana, me refiero.

—Estamos en ello, aunque tengo algunas pistas.

—Es un poco puta, si la viera mi padre, el guardia civil, se volvía a morir. Ya es mala suerte que te salga un hijo drogadicto y una hija puta.

Priscila no contestó.

—Alexandra es un amor, no me malinterpretes, pero no es demasiado convencional, nunca fue

tan religiosa como mi madre, que es una santa. Seguro que eso la ha metido en problemas en Ponferrada. Los hombres no entendemos a las mujeres liberales, pensamos que si se ha acostado con todo el mundo, también tiene que hacerlo con nosotros, como si fuera su puta obligación. Ya me entiendes.

—Te entiendo.

—Me alegro. Imagino que mi madre no te ha hablado de mí. La pobre ha sufrido mucho por mi culpa, aunque ahora estoy más calmado, ya no me meto, al menos la mierda de antes. Por aquí hace veinte años había mucha mierda. En aquel momento era hijo único, mi padre picoletto y yo estaba hasta la polla de que me diera órdenes. Hasta quería que fuera Guardia Civil, imagínate, yo agente de la ley. Comencé a meterme de toda esa mierda, sobre todo caballo, pero también coca. Por aquí la vendía la gente de Miguel Ronda, al que todos llamaban el funcionario.

—¿Conociste a Miguel Ronda?

—Claro, yo era un crío de trece años y para todos era como nuestro héroe. También estaba...

—Alfonso.

—Sí, ese era su lugarteniente, creo que le llamaban Fonsi.

Priscila parecía alucinada, ella pensaba que Miguel y Alfonso operaban únicamente en Gijón.

—Pero ellos repartían la droga en Gijón.

—Es cierto, esta ciudad era más pija, aquí únicamente vendían coca, pero en este barrio tenían de camello al Fito. A veces se pasaban por aquí con sus cochazos. Yo trabajé para ellos como informador, camello y matón.

En ese momento escucharon la puerta abrirse, era Jacinta con la bolsa del pan. Al ver a su hijo frunció el ceño.

—¿No habrás molestado a la señorita?

—No, madre, estábamos recordando viejos tiempos, el primo de la inspectora era el Alfonso.

La anciana miró sorprendida a Priscila.

—Pues te acompaño en el sentimiento, creo que mañana es el entierro, me gustaría ir, conocía a su madre. Las dos limpiamos durante un tiempo el estadio de Carlos Tartiere, la pobre venía desde Gijón, creo.

—El mundo es un pañuelo.

—Ni que lo digas hija, ven conmigo a la cocina y tú ponte a hacer algo útil —dijo la anciana mientras comenzaba a caminar por el pasillo.

Al llegar a la cocina Priscila olfateó el aroma de la fabada.

—¡Qué bien huele!

—¡Qué pena que no puedas quedarte a comer!

La anciana dejó la bolsa del pan sobre una mesa pequeña y después se colocó el delantal.

—¿Puedo ver el mensaje de su hija?

—Claro —dijo la mujer dándole el teléfono.

El número era anónimo e imaginó que no se podría rastrear.

—¿Por qué no ha venido a verla si ya ha regresado de Madeira?

—Imagino que tiene miedo, debe estar metida en algo gordo. Por eso ha ido a ver a su antiguo novio.

—Pensé que él vivía aquí —dijo Priscila.

—Sí, hasta que lo dejó, después se trasladó a Santiago de Compostela. Vendía coches de una marca de esas del Japón, pidió un traslado, imagino que para alejarse aún más de mi hija y todo lo que le recordaba a ella.

Priscila le pidió a la mujer un vaso de agua y se sentó en una banqueta.

—Lo que no entiendo es por qué regresar a ver a su antiguo novio. También lo llamó unos días antes de desaparecer.

La mujer preparó un café para las dos y lo sirvió en unas tazas pequeñas de porcelana.

—Son de mi abuela, lo único que nos dejó.

—Muy bonitas.

—Bueno, mi hija siempre quiso a ese chico, pero algo le pasó en Ponferrada que le hizo cambiar de opinión, pero creo que ya se ha arrepentido, creo que quiere volver con él. Por eso le decía, que ya no hay nada que investigar, aunque el sueldo se lo ha ganado, que conste. Ya me han contado lo de su accidente y todo eso. Menuda brecha tiene en la frente.

—Ya se curará.

—Pero esa es de las que deja cicatriz.

—Para los investigadores son como medallas.

La anciana sonrió, tomó las tazas y las metió en el fregadero, para comenzar a lavarlas.

—Pues ya tiene una en plena frente.

—Quiero decirle una cosa —comentó Priscila mientras se ponía en pie.

—¿Qué quiere contarme?

—Tengo dudas sobre lo que ha pasado con su hija, que esos mensajes sean de ella y que esté...

—No la entiendo.

—Creo que alguien se está haciendo pasar por ella para evitar que investiguen su desaparición.

—Eso es una locura —dijo la mujer cambiando el semblante.

—Puede que sí, pero para estar seguros es mejor que vaya a ver a su novio a Santiago, ya me dirigía hacia Galicia por otro asunto, pero después iré a la casa.

—Eso es una locura. ¿Por qué dice eso? Mi hija está bien, será mejor que se marche de mi casa.

—Únicamente quiero ayudarla.

—Pues ya no hace falta.

La anciana empujó a Priscila hacia el pasillo, después hacia la calle.

—Lamento haberla importunado, únicamente quiero traerle sana y salva a su hija.

—Usted me prometió que la encontraría, ya sé dónde está, muchas gracias, pero ya no tenemos nada más de que hablar.

Jacinta abrió la puerta y la echó a la calle. Priscila se quedó allí con la boca abierta, sin saber qué hacer. Al final bajó las escaleras y se dirigió a la calle, antes de que llegara escuchó pasos a la carrera por la escalera.

—¡Espere!

Era la voz del hermano de Alexandra.

—Perdone a mi vieja, está muy nerviosa con todo esto, ella tenía la esperanza de que esta pesadilla acabase, pero algo no me huele bien. El novio de mi hermana es Santiago Tudela, su teléfono es...

Después de darle el número, ambos se intercambiaron también los suyos.

—Una última cosa, ¿te llamas?

—Javi, Javier, por San Francisco Javier.

—¿Conoces el pazo de Guimarán, en Ribadeo?

—El que compró Miguel Ronda. Estuve dos o tres veces.

—¿Hay alguna manera de entrar sin que te vean?

El hombre frunció el ceño.

—¿Está loca?

—Ya te he dicho que mi primo era Alfonso y Miguel Ronda lo ha mandado matar, después de tenerlo casi veinte años en la cárcel por un crimen que no cometió.

—Miguel Ronda es un hombre muy peligroso.

—Eso ya lo sé.

—Ese cabrón me debe un par. Si no te importa, te acompaño.

—La última vez que un hombre subió a mi coche casi muero en un accidente.

Javier sonrió.

—Conozco la forma de entrar en el pazo sin ser vistos, pero antes me tienes que contar qué diablos estás buscando allí.

—¿No se preocupará tu madre?

—Se sentirá aliviada más bien, estoy todo el día en casa. Lo único que lamento es no poder comerme la fabada.

19. Ribadeo

Javier resultó ser un hombre divertido y culto. Los últimos cinco años de su vida se los había pasado leyendo. El sida le impedía trabajar, de hecho jamás había tenido un puesto de trabajo o cotizado en una empresa. Vivía gracias a su pensión y la de su madre.

—¿Cómo eran Miguel y Alfonso de jóvenes?

—Muy distintos. Para Alfonso todo lo de ser narcos y eso era como un juego. No se daba cuenta del dolor que sembraban sus drogas por todas partes. Miles de familias y vidas destrozadas: la mayoría de mis amigos del barrio están muertos. Únicamente quedamos tres, si es que a lo mío se le puede llamar vida. El Mario es cocinero, entró de pinche muy joven y se alejó de la droga, el otro es Óscar que encontró trabajo en la lonja, el resto murió en la cárcel, por el caballo o a tiros.

—Lo siento mucho.

—Fue la maldición de mi generación, nacimos en el tiempo y el momento equivocados, aunque he de reconocer que también nos lo pasamos bien. Había muchos grupos como Astralian Blum o A contratiempo, los bares y disco-bares... flipabas, ¡qué marcha!, más que la de Madrid.

—Ya me lo ha contado mi madre.

El hombre arqueó las cejas.

—No podrías ser mi hija, aunque por poco.

Llegaron a Ribadeo por la tarde, pero los días eran muy cortos y estaba casi anocheciendo, pararon en un restaurante enfrente del pazo y comieron algo.

—Ese es el famoso pazo.

—Lo imaginaba de otra forma.

—Ya, como el de Franco. Este es blanco y está muy cerca del puerto, era perfecto para sacar la droga e introducirla rápidamente.

—No puedo negar que ese Miguel tenía buenas ideas.

—El cabrón era muy listo.

—¿Cómo es que no se lo expropiaron? Estuvo en la cárcel, pero salió al poco tiempo.

—Tenía todo a nombre de Inés, su mujer. Tienen cinco hijos, una buena camada. Todos chicos, son como lobos, han salido al papá. Además ocultó la mayor parte de su fortuna, se escapó y aún no lo han encontrado. En el fondo no les interesa, sabe demasiadas cosas.

—Entiendo —dijo mientras tomaba su refresco.

—¿Sabes dónde está Miguel?

La mujer negó con la cabeza.

—En el pazo, el cabrón no sale de día y ha cambiado su aspecto, pero sigue donde siempre ha estado. Ese es su pequeño reino, aunque en otro tiempo era el rey de todo el oriente de Asturias, ¡qué cabrón!

Se quedaron mirando el edificio hasta que anocheció.

—¿Por qué quieres entrar?

—Alfonso escondió algo.

—¿Algo? ¿El qué? ¿Dinero?

—No creo que haya dinero, si lo hay serían pesetas.

—Se puede cambiar en los bancos todavía.

—Lo que me interesa de la caja es algo que puede inculpar a Miguel y exculpar a Alfonso del asesinato del policía de aduanas por el que le metieron en la cárcel.

Javier frunció el ceño.

—Tu primo ya está muerto, ¿qué más da? Te vas a arriesgar a meterte en esa casa, con tipos armados, para demostrar que un muerto era inocente. ¿Eso tiene sentido?

Priscila sabía que sí lo tenía, aunque no estaba segura de poder explicarlo.

—A lo mejor te parece una locura, pero mi trabajo es buscar y sacar la verdad a la luz. A veces resuelvo casos cerrados hace cuarenta años, sus víctimas están muertas y los verdugos son ancianos o incluso han muerto, pero en el fondo, descubrir la verdad es permitir que las cosas vuelvan a su sitio.

—Creo que te entiendo.

La mujer esbozó una sonrisa.

—Para mí todo tiene un orden, pero el ser humano con su arrogancia y malicia lo ha desordenado todo, cuanto mayor es el caos, más dolor y sufrimiento azota al hombre, cuando parte de ese desorden desaparece, el mundo se convierte en un lugar mejor para vivir.

Javier la miraba alucinado.

—Para ti, el bien es orden y el caos es desorden.

—No, el bien es lo que estaba predestinado que sucediera, pero el mal lo desordena y crea el caos, entonces el bien intenta enderezar todo de nuevo.

—Y tú eres de las buenas.

—No te burles.

—Lo digo en serio.

Priscila tomó otro trago y miró a Javier, por un instante vio al joven despierto y rebelde que había sido, antes de que la droga y el dolor lo devorasen casi por completo, a pesar de todo conservaba su humanidad intacta.

—La droga te robó muchas cosas a ti, te quitó la salud y años de vida, la felicidad que podías haber conseguido; una familia, una profesión, ¿quién sabe?

La mirada de Javier se humedeció y tuvo que dar un trago a su cerveza para no llorar.

—Miguel fue el que se llevó todo eso, lo hizo en forma de dinero y de ese pazo, te robó mucho más que el dinero que conseguías para él, te arrancó en parte el alma.

El hombre comenzó a llorar.

—A tu madre le robó un hijo y a mí, ahora, un primo. ¿Crees que no merece la pena detenerlo?

—Sería mejor matarlo —dijo mientras se secaba las lágrimas con sus huesudos dedos.

—Matarlo sería vengarnos de él, pero también sería contribuir al caos con más desorden. Creo que Dios nos creó con cierta belleza, armonía y orden. Lo que pretende el mal es deshumanizarnos, aunque nos promete libertad. Matar es otro de los actos que nos deshumaniza.

—Lo entiendo, pues vayamos a por eso que esconde el pazo. Hay un túnel, espero que no esté cegado, llegaba hasta aquella caseta del puerto, será fácil forzar la cerradura, no creo que en el otro lado haya más que un candado. Tenemos que salir y entrar muy rápido, antes de que se den cuenta. Será mejor que actuemos a las dos de la madrugada, cuando estén dormidos.

—Me parece un plan estupendo —dijo Priscila con una amplia sonrisa.

—Gracias.

—Lo digo en serio.

—No me refiero a tu halago. Gracias por hacerme comprender algo que llevo años pensando. Sabía que me habían quitado algo más que mi juventud y mi vida, pero no lo podía expresar, la

droga me deshumanizó, ahora debo aprender a ser humano de nuevo.

20. Pescadores

Ribadeo, Asturias, año 2001

El paraíso siempre tiende a destruirse. El pazo, que había sido durante mucho tiempo el Jardín del Edén, no tardó mucho en convertirse en el infierno. Miguel cada vez era más avaricioso y despiadado, la violencia se apoderó de toda la comarca y más tarde de todo el oriente. La gente temía a Miguel Ronda más que a la muerte y Alfonso era su lacayo y el que se encargaba del trabajo sucio. Era cierto que el dinero fluía, el alcohol, las mujeres y los coches no paraban de cambiarse e intercambiarse, pero cuando uno lo ha probado todo y hasta el hartazgo, todo comienza de repente a pesar, como si el alma se cargara del mal hasta desaparecer por completo.

Alfonso estaba fumando un pitillo mientras observaba el mar. Aquel era el único momento del día en el que sentía algo parecido a la paz. Únicamente podía dormir por las pastillas y levantarse con la coca. Se comportaba como un autómatas, su corazón estaba seco, vacío y no sentía nada.

—¿Qué haces? —le preguntó Ofelia mientras se acercaba y le abrazaba por detrás.

—¿Merece la pena todo lo que hacemos?

—¿No sabía que fueras un filósofo?

—No soy un filósofo, pero soy un hombre. Tenemos todo lo que habíamos soñado y aun así...

—¿Aun así?

—No me siento satisfecho.

—Eso es que no tienes suficiente, si fueras como Miguel...

El hombre la miró extrañado.

—¿Como Miguel? Él es el patrón y yo su jefe de seguridad.

—¿Qué tiene él que no tengas tú?

—Contactos, dinero...

—Eso te lo consigo yo.

—No quiero más, tal vez quiera menos. Esta vida no me hace feliz, peor aún, no siento nada. Creo que si me clavaras un puñal no me daría ni cuenta.

—¿Hacemos la prueba? —bromeó la colombiana.

En ese momento apareció Miguel y Alfonso se puso rígido. Ya no eran amigos, si es que alguna vez lo habían sido de verdad.

—Venga, que tenemos un trabajo.

Se puso en pie y tiró la colilla, Ofelia le besó en el cuello.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo sabrás.

Salieron caminando del pazo, algo que no solían hacer, se dirigieron al puerto y se pararon enfrente del barco de Antonio.

—Hola amigo. ¿Qué tal ha ido la jornada?

El pescador levantó la cabeza, frunció el bigote disgustado y continuó ordenando las redes.

—¿Te ha comido la lengua el gato?

Antonio no hizo caso.

—Saca la pipa —ordenó Miguel y Alfonso buscó en la parte de atrás del cinturón su pistola.

Miguel subió a la embarcación de un salto, no había nadie más en el puerto y aunque lo hubiera habido, todos se habrían largado al instante.

Alfonso subió al barco.

—Vamos a dar un paseo.

Antonio intentó resistirse y Alfonso le golpeó con la culata en la cara. El pescador al final arrancó el pequeño barco pesquero y salieron del puerto hacia el mar.

—No entiendo por qué no colaboras, todos lo hacen. Muchos han ganado mucho dinero conmigo.

—Yo quiero seguir mirando a la cara a mis hijos.

—Tú eres un gilipollas. ¿De qué sirve la dignidad si estás muerto?

—No estoy muerto Miguel, sois vosotros los que lo estáis.

—No me jodas, un muerto de hambre es lo que eres. Toda la vida pescando y para qué. Un barco de mierda, un piso de mierda, una esposa de mierda.

—No te metas con mi señora, ella vale más que tus putas.

—¿Acaso has estado con otra mujer?

—Ni falta que me hace. ¿Pagar a mujeres te hace más hombre que yo?

Miguel le soltó una hostia que casi le derrumba al suelo. El hombre comenzó a sangrar por la boca.

—Eres muy valiente y eso lo aprecio, pero es un valor inútil.

Ya estaban muy lejos de la costa, esta era apenas una línea en el horizonte.

—Ahora vamos a hablar de hombre a hombre —dijo Miguel.

—¿Apuntándome con una pistola y tu matón al lado? Soy un viejo, tengo sesenta y seis años, estoy jubilado pero sigo faenando, he dado carrera a dos de mis hijos y los otros dos están en el ejército. No quiero pasar esa mierda ni ser tu chivato.

—El que no está conmigo está contra mí.

Antonio se rio y sus dientes ensangrentados se aclararon un poco.

—¿Te hace gracia? ¿Acaso no tienes miedo?

—¿Debería tenerlo?

Miguel parecía furioso, pidió el arma a Alfonso y este se la pasó.

—Bueno, pues ahora te vas a mear encima.

El anciano apenas se inmutó.

—Cuando llegaste aquí y comenzaste a repartir dinero ya sabía de qué iba la cosa, lo mismo había pasado en Pontevedra. Los traficantes de tabaco y señores de la droga ayudando a su gente. En verdad, lo que hacías era comprar sus almas, pero la mía ya la tengo vendida.

Miguel le puso la pistola en la cabeza.

—¿A quién, cabrón? Ahora lo entiendo todo, otro narco quiere hacerse con la ría.

El anciano sonrió de nuevo.

—Mi amo es señor de todo, de lo que se ve y de lo que no se ve.

—Me estás vacilando.

—No, tú preguntas y yo contesto.

—¿Quién es ese tío?

Alfonso le pidió el arma a Miguel.

—¡Estate quieto, joder!

—Es solo un viejo, un marinero muerto de hambre.

Miguel miró a los ojos al anciano, pero no vio en ellos temor.

—¿Por qué no me temes?

—Únicamente puedes quitarme la vida.

—¿Acaso tienes algo más?

—Sí, mucho más: mi alma y esa solo pertenece a Dios.

Miguel comenzó a gritar y amenazar, al final apuntó la pistola a la sien y disparó.

—¡No, mierda! —gritó Alfonso, que no pudo impedirlo.

El viejo se derrumbó en el barco y comenzó a sangrar, se agitaba un poco como un pez recién sacado del agua.

—Remátalo, por Dios.

—¿Qué Dios?

Entonces disparó varias veces al suelo del barco hasta que este comenzó a inundarse.

—Vámonos.

Saltaron a la lancha que habían atado atrás, se alejaron del barco y después miraron cómo se hundía. Alfonso miró a su amigo, su mirada parecía ida, la de un loco. Pensó en el pobre viejo y se acordó de su padre, toda la vida luchando por ellos. Le dieron ganas de pegar un tiro a Miguel y acabar con todo, pero no lo hizo. Era lo único que tenía en el fondo. Llevaba años sin ver a su familia. Únicamente los había espiado de lejos en el entierro de su padre, creía que eso es lo que le había hecho cambiar. El dinero fácil siempre terminaba igual, de mala manera.

—Vámonos, me he puesto cachondo.

Le sorprendió en parte el comentario de su amigo. En el fondo le sucedía lo mismo, ya apenas sentía nada, como si tuviera el alma anestesiada.

Se alejaron mientras el agua comenzaba a abrirse a su paso, a medida que la costa se desdibujaba a lo lejos, se dijo que debía dejarlo, necesitaba reunir el valor necesario e irse, pero la pregunta era ¿a dónde podía escapar? Estaba atrapado para siempre en las redes de Miguel y su negocio, aunque hasta ese momento no se había dado cuenta.

21. Sueños rotos

Hablaron mucho hasta que llegó la hora de entrar en la casa. Tenían la sensación de que se conocían desde siempre, en el fondo les unía la ciudad, en épocas distintas, pero siempre con el mismo escenario. Sentían que de alguna manera Oviedo jugaba con ellos. Siempre se mostraba nueva, como si cada generación la pisara por primera vez, pensando que sus sueños juveniles, sus esperanzas eran únicas e irrepetibles. Los bares, las tascas y las discotecas cambiaban de nombres, pero los jóvenes seguían entrando en ellos con la sensación de que su vida no tendría jamás fin y que sería una larga fiesta. Por la mañana las luces se apagaban y el espejismo terminaba por completo. La ciudad volvía a devorar a sus hijos a la espera de la siguiente generación. Los mismos que habían abierto las minas, los obreros que habían llenado de barricadas la ciudad en el 34, después habían sufrido la ira de los vencedores; más tarde habían soñado con sentarse a la mesa de sus señores, para despertarse confusos por la llegada de la democracia, la libertad, pero con ella vino la droga, la confusión y el dolor. Ahora corrían sin rumbo, mezclados en un monótono juego de papeles interminables, donde siempre se leía el mismo texto trágico y cómico, en la eterna representación de la vida.

Tomaron el último sorbo de refresco en el coche y se pusieron los jerséis negros y el pasamontañas, después salieron del vehículo y caminaron por la calle desierta hasta el puerto. Javier comprobó la puerta de la caseta, ya había ido antes disimuladamente, tenía un candado oxidado, le dio un golpe seco y este se abrió.

—Creo que has hecho esto antes —bromeó Priscila, el hombre con la cara medio cubierta sonrió.

Entraron en la caseta y buscaron una trampilla disimulada en el suelo, la levantaron con mucho esfuerzo y la dejaron a un lado. Una peste a mar y pescado podrido les hizo retroceder un paso.

—Joder, se me había olvidado el olor —comentó Javier.

Iluminaron el interior con una linterna, no tenía mucha altura.

—Yo bajo primero. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? Podría ir yo solo y buscar la caja.

—Estoy segura.

El hombre se sentó en la boca del agujero y saltó, no había mucha profundidad, algo más de un metro ochenta. El suelo chapoteó.

La mujer saltó y él la cogió en el aire, Javier era más fuerte de lo que parecía a simple vista. Priscila comprobó que no se le había caído la pistola. No quería usarla, pero el narco ya había demostrado que era extremadamente peligroso.

Caminaron con la pobre luz de la linterna casi doscientos metros que ascendían ligeramente hasta que llegaron a una reja, estaba oxidada y parecía que llevaba casi un lustro sin utilizarse.

—Otro candado, este más oxidado y por tanto más débil. Lo que no quiero es hacer mucho ruido.

El hombre puso un trapo encima y golpeó con el martillo. El candado tardó un poco más en ceder, pero lo hizo finalmente. La reja no se movía, estaba medio petrificada, pero al final lograron abrirla.

—¿Ya no hay más puertas?

—No recuerdo más —le susurró Javier.

Subieron por unas escaleras. Otra trampilla tapaba la salida, empujaron con cuidado, pesaba

mucho pero lograron moverla. El hombre asomó la cabeza e iluminó el espacio, parecía un cuarto de trastos y herramientas.

—Claro, está también la puerta de este edificio, puede que lo cierren con llave —advirtió Javier, que intentaba recordar cómo era todo casi veinte años antes.

—¿No tiene ventanas?

El hombre enfocó la linterna y la vio.

—Afortunadamente sí.

Salieron del agujero y se aproximaron a la ventana, no tenía rejas y daba al jardín trasero. Miraron y no vieron a nadie, además aquella parte apenas estaba iluminada.

Colocaron unas cajas y subieron hasta la ventana, después la abrieron y el primero en salir fue él, después le siguió Priscila, aterrizaron en el césped y miraron a su alrededor.

Por el plano que había hecho Alfonso, el árbol tenía que estar al fondo, era un gigantesco abeto de Himalaya, tenían que entrar dentro de sus densas ramas y cavar justo debajo.

Miraron a un lado, el pazo parecía tranquilo, con las luces de las estancias apagadas, aunque había unos focos de movimiento, que se pondrían en funcionamiento si se acercaban al edificio.

Reptaron por el césped hacia el árbol, debieron ser poco más de cincuenta metros, llegaron y se metieron entre las ramas. Allí se sentían un poco más a salvo.

Comenzaron a excavar, tuvieron que profundizar unos veinte centímetros antes de escuchar el sonido metálico. Después siguieron con las manos y sacaron la caja, la alumbraron y vieron papeles, que estaban bien conservados, también unas cintas pequeñas y unos fajos de billetes.

—Son euros —dijo sonriente Javier—, debe haber al menos cien mil en billetes de quinientos.

Priscila guardó los papeles bajo la ropa.

—Puedes hacer lo que quieras con el dinero, no me importa —le dijo al hombre.

—¿Sabes?, después de lo que me comentaste, este dinero está sucio. No lo quiero.

Lo metió de nuevo en la caja y lo enterraron.

Priscila lo miró sorprendida.

—Esa pasta solo me daría problemas.

Salieron de debajo del árbol y reptaron de nuevo hasta la casa de labranza, pero apenas estaban a mitad de camino cuando escucharon unos ladridos.

—Mierda —dijo Priscila.

—Corre —contestó Javier.

Comenzaron a correr hacia la casa, tenían que saltar antes de que los perros los atrapasen, estaban llegando cuando el primero se lanzó sobre Javier y le mordió en el brazo. El hombre pegó un bramido y le dijo a Priscila:

—Entra y vete.

—No puedo dejarte así.

El otro perro llegó y estuvo a punto de lanzarse contra la mujer, pero Javier se interpuso. Ahora los dos perros mordían sus brazos.

—¡Salta, joder!

Ella entró por la ventana y rodó dentro. Buscó la entrada del túnel, pero se sentía torpe, asustada y confusa. Los perros seguían ladrando fuera y ahora se habían unido los gritos de varios hombres.

22. Lucha

Gijón, Asturias, año 2002

Todo lo que podía salir mal, salió mal. El policía de aduanas estaba en el sitio equivocado en el momento peor, los colombianos se retrasaron y las lanchas no estaban con la puesta a punto.

Aquella madrugada había una niebla espesa, el clima ideal para los contrabandistas. El mar se encontraba en relativa calma y únicamente debía recoger los fardos a varias millas de la costa, llevarlos hasta un barco de pescadores y más tarde transportarlos hasta el puerto de Gijón. Desde hacía años se utilizaba Ribadeo para introducir la mercancía, pero el cargamento era demasiado grande y necesitaban un barco especial.

El pase por el puerto se había elegido en un día determinado, cuando el policía de aduanas que estaba compinchado estaba al mando y firmaría la orden sin hacer preguntas, previo pago de una “mordida”, claro está.

Además de Miguel y Alfonso en el barco había otros seis miembros de la banda. El patrón ya no solía ir a las entregas, pero dado lo importante de esta, la mayor carga de coca en la historia de Asturias, quería tenerlo todo controlado. Si la operación salía bien, el flujo de droga aumentaría exponencialmente. Miñanco tenía muchos problemas con la justicia y los colombianos querían cambiar las rutas de entrada.

Miguel soñaba con convertirse en el nuevo Pablo Escobar, tenía Lugo medio comprada y la parte occidental de Asturias.

—Esto va a ser de puta madre, Fonsi. Joder, cuando esto se reparta seremos inmensamente ricos —dijo mientras se dirigían al puerto.

—Estamos tentando mucho a la suerte y esta tiene sus límites, ya han caído todos los capos de Galicia y no tardarán en venir a por nosotros.

—Joder, no nos compares. Esos son unos paletos, unos aldeanos, nosotros somos la rehostia. Se encendieron unos pitillos.

—En este negocio el que lo deja muere. El narco es como una bicicleta, si dejas de pedalear te caes —dijo Miguel soltando una bocanada de humo.

—Pues la alternativa es la cárcel o un tiro.

—En España no se mata mucho, ya lo sabes, a Miñanco le condenaron a veinte años y salió a los siete. Aquí las leyes son de chiste.

El tipo soltó una carcajada, ya se veía en el horizonte la costa.

—Ahora tienes hijos y estás casado.

—Tenía que blanquear mi nombre, era la hija del cacique de toda la vida. Me ha dado buenos cachorros. Para terminar con todo esto tendría que dejar el pazo, mi posición actual y vivir escondido como una rata en Madrid o en París.

—Eso es verdad.

—¿Qué pasa Fito, que estás pensando en dejarlo? —bromeó.

—A veces estoy cansado, el estrés, las carreras.

—Joder, te estás haciendo viejo y blando. Ve al gimnasio y folla más con Ofelia. Te quejarás tú de vida y de hembra. Cuando te conocí trapicheabas con unos gramos y pasabas más tiempo en el trullo que en la calle. ¿Se te ha olvidado todo lo que he hecho por ti?

—No, Miguel. ¿Cómo se me va a olvidar?

—Pues muy fácil, el dinero y el poder ablandan y después viene la caída.

El barco llegó al puerto, ya estaban dispuestos dos camiones pequeños para la carga. Los motores estaban en marcha y la operación se hacía lo más rápido posible.

No habían pasado diez minutos cuando apareció un coche de la policía aduanera. No se preocuparon, ya estaba todo hablado.

—¿Qué están descargando a estas horas? No parece pescado.

—Está congelado, jefe —dijo Miguel entregando los papeles de importación.

—¿Pescado congelado en esos fardos? Eso no se lo cree nadie, ábrame uno.

Miguel frunció el ceño, aquello no se lo esperaba.

—Ya está autorizado por Lucas.

—¿Ve a Lucas aquí? No, ¿verdad? Abran un fardo.

Miguel afirmó con la cabeza y uno de los hombres abrió el fardo. Había cajas que ponía pescado congelado. El aduanero abrió una y vio el pescado.

—Ya se lo he dicho, pescado congelado del Caribe.

El hombre hurgó en el fardo hasta toparse con un bloque duro, lo abrió y apareció un paquete de coca.

—¿Y esta mierda?

En ese momento sucedió algo que nadie esperaba: la gente comenzó a correr, pero Miguel sacó su arma y disparó cinco veces a bocajarro. El agente apenas pudo reaccionar, la muerte le pilló totalmente de improviso y se desplomó en el suelo.

—¡Mierda, Miguel! ¿Matar a un policía? Ahora sí que las has cagado.

Subieron a un coche y los camiones lo siguieron con la droga que habían logrado cargar.

—Hemos perdido la mitad de la carga, los colombianos nos van a chingar, como dicen ellos.

—¿Los colombianos? La policía nos va a buscar y no parará hasta meternos entre rejas, hemos matado a uno de los suyos.

—Era un policía de aduanas, un don nadie.

—Ese tipo tendría mujer e hijos.

Miguel frunció el ceño y miró a su amigo.

—Esto es una puta guerra. ¿Todavía no lo has comprendido? Son ellos o nosotros. Desde que llegó el mamón de ese juez Garzón las reglas han cambiado. Ya no somos benefactores, habrá que imponer nuestra autoridad a sangre y fuego si es necesario. De los que nos debemos de preocupar es de los colombianos, con lo que llevamos podremos pagarles, pero puede que ya no confíen más en nosotros.

Alfonso no podía dejar de pensar, su amigo se había vuelto loco, vivía en una realidad paralela, en su propia película de mafiosos, pero él no se quedaría para esperar que ambos cayeran muertos o acabaran entre rejas para el resto de sus vidas.

23. El hijo

Los perros aún mordían los doloridos brazos de Javier cuando un grupo de hombres llegó hasta la caseta.

—¡Zeus, Neptuno, *sit!*

Los perros soltaron la presa, se tranquilizaron y se sentaron a ambos lados del pobre hombre.

Javier no lo reconoció al principio.

—No creía que volvería a verte, eres un jodido fantasma.

—Lo mismo digo —comentó Javier mientras intentaba taparse los brazos con las manos.

—¡Qué cabrón!, Javier, el mismo ratero que me pasaba droga en Gijón. Creía que estabas muerto, tenías el sida. ¿Verdad?

—Eso ya no mata como antes, tienes una vida difícil, pero bueno, tampoco la he tenido muy buena antes, Miguel.

Deja que te presente a mi familia. Estos son mis hijos, igualitos a mí, ¿verdad? El pelo es de su madre, pero los ojos, la hechura y la mala follada son mías.

—¿No estabas escondido en el extranjero?

—Digamos que estoy en un exilio interior, la policía no se mete conmigo y yo no monto escándalo. Ni siquiera ya me dedico al mismo negocio. ¿Cómo no lo vi antes? Joder, se gana más con comisiones de políticos y chanchullos de permisos de construcción y concesiones de servicios. A eso se dedican mis empresas.

—Sabes que me importa una mierda tu vida. Deja que me vaya.

—¿Qué has venido a buscar aquí?

Javier estaba perdiendo mucha sangre.

—Lo de siempre, guita, pasta. Alfonso me había comentado que debajo de ese árbol raro había pasta y vine a comprobarlo, pero me has pillado.

—Ese dinero es mío.

—No, era de Alfonso.

Miguel se puso en cuclillas.

—Lo que hay en mi terreno es mío, además, todo lo que ganó Alfonso fue a mi costa.

—¿Por qué lo has mandado matar?

—Se estaba pasando. Creo que le había pedido a una prima suya, la detective esa famosa, que le sacara del talego. Ya ves, ahora que era un viejo que no valía para nada.

—Él se chupó tu condena, tenía derecho.

Miguel demudó el rostro y apretó con su pistola las heridas sangrantes del hombre.

—¿Derecho? Yo soy la ley aquí, sigo siéndolo aunque no me vean por las calles y en mis coches caros. Alfonso era un peón y tú ni eso, para salvar al rey hay que sacrificar piezas más pequeñas. Hubiera sido un yonqui de mierda si no le hubiera sacado de la calle. Pero ya está bien de cháchara. Pedro, mira debajo del árbol.

Uno de los hijos mayores fue con otro para buscar debajo del abeto.

—¿No habrás venido por lo de la detective? Le mandé a Ofelia como regalo de paz a Alfonso, pero me temo que antes largó cosas que pueden perjudicarme.

—No jodas, crees que ahora soy un alma de la caridad. Venía a por pasta, me ha quedado una pensión de mierda que no me da para nada y...

—Tu hermana ha desaparecido, estoy al tanto de todo.

—No metas a mi hermana en esto.

—Siempre tuvo un buen polvo, debía haberla estrenado.

—¡Hijo de puta!

—No hagas esfuerzos, no te conviene. Tu vida no vale una mierda, con que mis hijos digan que un drogadicto vino a robar y los perros lo despedazaron, nadie hará muchas preguntas.

Javier sabía que tenía razón, no se podía mover, no creía que Priscila llamara a la policía. De hecho, sería una tontería, ya que a los de la ciudad los tenía comprados.

—No es mala forma de morir.

Miguel frunció el ceño al escuchar las palabras del hombre.

—No te entiendo.

—Dicen que el que roba a un ladrón tiene mil años de perdón, el que roba a un hijo de puta como tú, lo mínimo que le dará Dios es la vida eterna.

24. Conciencia

Escuchó parte de la conversación desde el cuarto, nadie se había percatado de que la ventana estaba entornada y que dentro se encontraba ella. Intentaba controlar su respiración sofocada y, aunque su mente le ordenaba que se fuera de allí de inmediato, su corazón le pedía que hiciera algo por aquel hombre. Había prometido a su madre que encontraría a su hija Alexandra y ahora, en medio de aquella noche oscura, estaba a punto de ver cómo moría el hijo de Jacinta, por su culpa y sin poder hacer nada para impedirlo.

Priscila se sacudió la cabeza, como si necesitara poner en orden sus ideas. Las palpitaciones en la sien eran dolorosas, la tensión por las nubes y las ideas parecían demasiado perezosas para que hiciera algo.

Sacó el teléfono e intentó llamar a la policía, pero no llegarían a tiempo de salvarlo. Se dijo que era mejor salir y entregarse, suplicar por la vida del hombre y negociar con Miguel, pero el narco no parecía de ese tipo de personas.

Miró el agujero y casi estuvo a punto de irse, al fin y al cabo, la vida de Javier hacía tiempo que no tenía sentido, aunque aquella noche había visto un brillo en sus ojos, una humanidad agazapada entre los rasgos cansados de un hombre que había visto demasiado, que le hacía pensar que podía cambiar su vida.

Las voces fueron amortiguándose, los perros dejaron de ladrar y gemir, el tiempo se agotaba.

—¡Joder, Priscila! Piensa en algo de prisa —se apremió.

Entonces lo supo, Javier sabía que aquel último acto era capaz de redimir su vida entera. ¿Acaso no era eso la vida? La búsqueda eterna de redención. El deseo de alcanzar la paz con uno mismo, de romper las cadenas hereditarias de miseria, podredumbre y miedo.

Notó los papeles que llevaba en el pecho, los tenía pegados por el sudor, a pesar del frío que había fuera. Se dio cuenta que salir a aquel jardín era destruir el sacrificio de Javier, su último acto de humanidad. Debían acabar con aquel monstruo y su camada, por el bien del pueblo, de Asturias y de la humanidad. Un nido de víboras es demasiado peligroso para ignorarlo, por eso, con lágrimas en los ojos se metió en el agujero, cruzó el túnel hasta el puerto, salió por la otra trampilla y después abandonó la caseta de pescadores. La noche era fresca y despejada, podían verse las estrellas y escuchar el murmullo del mar, pensó que era un momento perfecto para morir. Hizo una última oración por Javier y se marchó de allí a toda prisa.

25. Miedo

Le pareció extraño que la muerte no le produjera temor. Durante años, cada vez que pensaba en ella sentía escalofríos, en cambio allí, enfrente de Miguel y sabiendo que le quedaban minutos o segundos de vida, no sentía temor. Tenía la sensación de que, de alguna forma, había cumplido con su propósito. A algunos podría parecerles insignificante, como la vida del operario que había fabricado el arma con el que Hitler se quitó la vida o el artesano que hizo la soga con la que colgaron a Mussolini. Javier tenía en su mano el instrumento que terminaría para siempre con Miguel Ronda.

—¿Por qué tienes esa puta sonrisa?

Antes de que contestase llegó uno de los hijos del narco con la caja.

—Aquí hay cien mil euros.

—Entonces es verdad, tu último y estúpido acto era intentar meterte en la casa del ogro para robarle, como Jack, el de la habichuela mágica. Sigues siendo un yonqui de mierda, escoria humana.

—Viniendo de ti lo tomaré como un elogio.

—El sentido del humor y el valor no los has perdido. En eso te admiro, he matado a muchos hombres y la mayoría suplicaban por su vida como ratas y lloraban como nenazas.

—Acaba ya con esta mierda. Estoy cansado de escuchar tu verborrea.

—Chicos, marchaos, esto es algo entre Javier y yo.

Los cinco cachorros se alejaron obedientes y Miguel se sentó al lado del hombre, sacó un cigarrillo y comenzó a fumar.

—¿Quieres uno?

—Dicen que es malo para la salud.

—Eso ya no debería preocuparte.

Miguel encendió el cigarrillo y se lo puso en la boca.

—¿Te ha merecido la pena?

El hombre se sorprendió de la pregunta de Javier.

—Bueno, mi padre apenas ganaba cuatro duros, se pasó la vida sobreviviendo, era un pescador como todos esos perdedores. En un mundo mejor, yo habría estudiado y me hubiera convertido en abogado o médico, pero aquí ya estaban todas las cartas dadas y trucadas, simplemente cambié un poco las reglas del juego.

Javier comenzó a reírse y le dio la tos.

—¿Sientes que pierdas las fuerzas? Es la falta de sangre, te quedan dos horas largas, si quieres...

—¿Acelerar el proceso? No gracias, no quites a un condenado a muerte ni un minuto de vida.

—No era por ti, es que tengo sueño y dos horas es mucho tiempo.

—Veremos amanecer juntos.

—No eres mi tipo Javier.

—Entonces, tu explicación para toda la muerte y dolor que has ocasionado es que la vida no fue justa contigo. Eres un cínico y un cabrón. Trabajabas de funcionario de prisiones, hubieras tenido una buena vida, pero en el fondo eres un narcisista de mierda. No te importa nadie ni tus hijos. Traicionaste a tu mejor amigo.

—En eso estás equivocado, fue él quien me traicionó a mí.

Javier lo miró extrañado.

—Le mientes hasta a un agonizante.

—Lo digo de verdad, simplemente me defendí. En el fondo no éramos tan distintos. Es cierto que él tenía más escrúpulos, pero la única diferencia real era que yo asumía quién era y él no. Hay gente que quiere aprovecharse de los demás, robar, matar y violar, pero no le gusta considerarse un delincuente. Yo sé que soy un monstruo. Lo que decía antes no era para justificarme, para echar balones fuera, lo comentaba porque en el fondo, muy en el fondo, soy el resultado de un momento, de un tiempo y de una generación. No se puede corromper a nadie que no se quiera dejar corromper.

Javier le dio una profunda calada al cigarrillo, notó como el humo acariciaba sus pulmones que comenzaban a agitarse, intentando limpiar la poca sangre que ya corría por sus venas.

—Nunca es tarde para arrepentirse y disculpar una vida que solo ha causado dolor.

Miguel miró a Javier.

—Mira todo esto, me costó mucho conseguirlo. No lo voy a perder porque me escueza un poco la conciencia. Mi nombre todavía significa algo en este pueblo y en toda la provincia, hasta estoy en la Wikipedia.

—La Wikipedia es una mierda, información enfocada y manipulada.

—Como todas, Javier. ¿Qué es la verdad?

Notó que las últimas fuerzas se escapaban, se había vaciado casi por completo, pero en toda su vida no se había sentido más pleno.

—Espero que Dios me perdone.

—¿Qué Dios? —preguntó Miguel.

Javier dejó de respirar y se le cayó el cigarrillo de los labios. Miguel se puso en pie, tomó una pala y se dirigió al abeto. Comenzó a cavar y mientras lo hacía, el sol comenzó a despuntar en el horizonte, un nuevo día comenzaba, al menos para él.

—¿Qué Dios, Javier? —preguntó de nuevo en voz alta mientras cavaba su fosa.

Él era su propio Dios. Nadie tenía que decirle cómo vivir su vida; ni amo, ni Dios ni rey, pensó en lo que decían los anarquistas en su época, aunque siempre se les olvidaba incluir un detalle. Ellos eran los reyes de su propia existencia, atados a la tiranía de complacer sus egos, alimentarlos cada día y engañarse, diciéndose a sí mismos que merecía la pena levantarse cada mañana, corromper su alma por unas horas más de placer, de falsa alegría, incluso de hipocresía santurrón.

Cuando terminó la fosa y arrojó el cuerpo, un muerto cuya tumba sería anónima para siempre, se dijo, que en el fondo todos terminaríamos de una forma u otra en la fosa común del olvido.

TERCERA PARTE: VISTO PARA SENTENCIA

26. Ruina

No le gustaban las encrucijadas. Paró el coche y se quedó pensativa. Si tomaba una dirección se adentraría en Galicia, camino a Santiago de Compostela, para ver al novio de Alexandra e intentar descubrir si estaba realmente con él; si tomaba el camino de Oviedo podría entregar las pruebas, declarar que Miguel estaba en su pazo y verlo entre rejas en unas horas.

—¿Qué hago?

Al final decidió llamar a su abuela, ella era muy buena en este tipo de situaciones.

—Hola amor. ¿Te encuentras bien? No he pegado ojo en toda la noche por la preocupación.

—Es largo de contar y muy triste, pero he conseguido lo que había ido a buscar y estoy viva para contarlo.

—Me alegro mucho.

Entonces comenzó a llorar.

—¿Por qué lloras? Imagino que es por la presión. Es mejor que te desahogues.

—No lo hago por la presión. El hijo de Jacinta, Javier, se empeñó en ayudarme y está muerto.

—¡Dios mío! ¿Cuándo terminará todo este horror?

Priscila intentó ahogar las lágrimas, se recompuso un poco y expresó sus dudas a Librada.

—No me gusta dejar nada a medias. Lo que tienes que hacer es fotografiar todo y enviarlo a Margarita, después ir a Santiago y regresar esta misma noche. Miguel no debe sospechar nada y no se marchará. Se siente demasiado seguro, el muy capullo. La soberbia terminará con él.

—Ok, haré eso. Estoy casi sin fuerzas, abuela.

—Es normal, descansa una hora en el camino, duerme un poco y come, eso aclarará tu mente. Después soluciona lo de Alexandra, al menos devuélvele un hijo con vida a Jacinta.

—Lo intentaré, abuela.

—Buena chica. Te quiero, mi amor. Debería decirlo más, pero me criaron en un tiempo y un lugar donde expresar los sentimientos era una muestra de debilidad.

—Ya lo sé. ¿Cómo te encuentras?

—Muy jodida, no te voy a mentir, casi puedo notar esas malditas células locas devorándome las entrañas, pero cuando pienso en ti me siento mucho mejor.

—¿No sientes, a veces, que la vida es como correr detrás del viento?

—Ya te digo, pero encima es como hacerlo detrás de uno de esos vientos huracanados de doscientos kilómetros por hora.

Priscila sonrió.

—Te quiero abuela.

—Y yo a ti, corazón.

27. Ayuda

Fue el camino más largo y difícil que había realizado jamás. Todo el rato se le aparecía el rostro de Javier, pero también el de Jacinta. Aquella mujer podía haber perdido a sus dos hijos en el plazo tan corto de unos días, después de una larga y dura vida sin su esposo. Aunque el viaje era de poco más de dos horas a ella se le hizo eterno. Paró en un pueblo a medio camino y tomó un café con leche con unas porras, descansó durante un par de horas y, en contra de lo que se imaginaba, se quedó profundamente dormida.

Tuvo un sueño muy extraño con Miguel, el narco, y Javier. Estaban ambos en Gijón, pero eran los años noventa, antes de que ella hubiera nacido, eran jóvenes e inocentes con toda la vida por delante, pero en medio del sueño, el cielo se puso negro y llegó una tormenta terrible que lo arrasó todo.

Se despertó sobresaltada, sin saber muy bien dónde se encontraba. Entonces se acordó de todo lo sucedido y eso le hizo sentirse aún peor.

Arrancó el coche. Mientras llegaba a Santiago de Compostela se dio cuenta de que no tenía la dirección del novio de Alexandra, únicamente su teléfono móvil.

Tras entrar a la ciudad, paró cerca del parque de la Alameda y marcó el teléfono. Enseguida contestó una voz de hombre.

—Sí, dígame.

—¿Eres Santiago?

—Sí, ¿quién es?

—La madre de Alexandra me ha dado este teléfono, necesito verte. He venido desde Oviedo para comentarte una cosa.

—¿Desde Oviedo? ¿Por qué?

—No te lo puedo explicar por teléfono.

—Ahora mismo estoy en el trabajo, salgo a las tres.

Priscila miró la hora. Quedaban más de cuatro horas para las tres.

—Muy bien, no hay ningún problema. ¿Dónde podemos vernos?

—Si quieres en el centro. Hay una taberna muy buena, se llama *O gato negro*.

—Allí estaré. Gracias.

Aparcó el coche y comenzó a pasear por la ciudad. Apenas la recordaba, aunque había estado media docena de veces, la última hace dos años. La primera fue cuando su padre todavía vivía. Habían ido con la abuela y el abuelo, ella era aún una niña pequeña. Se sentaron en un banco de piedra del parque y ella se tomó un helado de chocolate. Se manchó el vestido amarillo que llevaba y su madre le echó la bronca, pero la abuela la defendió, como siempre solía suceder. Al final las dos terminaron discutiendo.

Fue a una librería, en las últimas semanas no había podido entrar en ninguna. Allí pasó buena parte del tiempo que tenía hasta su cita. Se sentó en una pequeña butaca y tomó cuatro libros para ojearlos. Dos eran novelas policíacas y los otros dos sobre criminología.

Cuando se quiso dar cuenta ya era la hora. Compró dos de los libros y salió con la bolsa de papel a la calle. En ese momento comenzaba a llover. Si en Asturias había muchos días grises, en Galicia casi todos los días eran grises, menos en verano, cuando el sol lograba dar una tregua a los sufridos gallegos.

Mientras se dirigía a la taberna pensó en los distintos que eran sus vecinos del norte; con los cántabros no encontraba tanta diferencia, pero los gallegos eran mucho más celtas, melancólicos y secos que ellos.

Llegó a la taberna *O gato negro*, a esa hora estaba casi llena, no conocía al tal Santiago, pero imaginó que estaría sentado solo. Entró en el local, no era muy grande y la única mesa con un hombre estaba al fondo. Se atusó el pelo de forma refleja. No quería imaginar el aspecto que tendría, después de una noche sin dormir, con la ropa del día anterior y demacrada por la pena y la frustración.

El joven, que estaba sentado en la pequeña mesa, tenía el pelo castaño, cara ancha, barba corta y rasgos comunes. Al levantarse observó que era un poco más alto que ella, ni grueso ni delgado y vestido con una camisa a cuadros, un pantalón vaquero y unos zapatos color burdeos.

—Hola, soy Priscila. Gracias por recibirme.

—Si viene en nombre de Jacinta, cómo le iba a decir que no. Por favor, siéntese.

La mujer dejó el bolso y el abrigo colgados de la silla. Tenía el pelo empapado, lo que al menos disimulaba lo sucio que estaba.

—¿Quiere tomar algo?

La verdad era que aún tenía las porras a medio digerir.

—No, pero tomaría una Coca Cola.

El hombre pidió la bebida al camarero y siguió bebiendo su cerveza y tomando unas tapas.

—Yo no he comido, siento que no tenga apetito.

—No importa.

—¿Se encuentra bien?

—¿Por qué? ¿Tengo mala cara?

El hombre sonrió.

—No, pero parece preocupada. ¿Le ha sucedido algo a Jacinta? Ya está algo mayor y con lo que ha pasado últimamente.

La mujer carraspeó.

—Pues de eso quería hablar precisamente. El obispo de Oviedo me contrató para investigar la desaparición de Alexandra, su antigua novia.

Santiago se puso tenso de repente.

—Sí, ha sido horrible.

—¿Ha contactado con ellas en las últimas semanas?

El hombre masticó la comida y dio un nuevo trago.

—Me llamó antes de su desaparición. Se encontraba muy nerviosa, me decía que un hombre la acosaba, que tenía miedo, me pidió que fuera, pero le dije que no podía. Tengo mucho trabajo y no puedo faltar de la ciudad, pero le comenté que viniera ella, que estaría encantado de tenerla en casa una temporada y la animé a que denunciara.

—Entiendo. ¿Le comentó algo más?

El hombre negó con la cabeza y se limpió la cara con una servilleta de papel.

—También tenía problemas en el trabajo. ¿Sabe una cosa? Alexandra siempre ha sido una persona complicada. Siempre se mete en follones, la quise con locura, se lo aseguro, pero la dejé a tiempo.

Priscila bebió el refresco y se quedó pensativa.

—¿Por qué dice eso?

—Era autodestructiva, en cuanto bebía se iba con cualquiera. Solía montar muchos

melodramas y esas cosas, también tenía tendencia a la depresión y el suicidio. Creo que en el fondo no se quería y, cuando uno no se ama a sí mismo, no puede querer a los demás. Cuando lo dejamos hace más de un año hice terapia. Entonces comprendí que me había arrasado emocionalmente.

—¿Sabía que se había ido a Madeira?

—¿Madeira? Me extraña, tiene pavor a volar. Jamás ha tomado un avión.

—¿Está seguro?

—Llevábamos cinco años juntos, yo quería que fuéramos a Canarias, pero ella se negaba a volar.

—¿Tampoco ha venido a visitarlo?

—No, ya le digo que no sé nada de ella desde hace semanas. Espero que aparezca pronto, aunque conociéndola, no me extrañaría nada que este fuera otro de sus numeritos.

La mujer estaba impresionada por la frialdad del hombre.

—No me malinterprete, yo la quise mucho, pero es una persona muy tóxica.

—Gracias por dedicarme su tiempo.

—De nada, siento no poder ayudarla más.

La mujer se puso en pie, se colocó el abrigo y el bolso.

—Adiós y gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Priscila se encaminó hacia la puerta, cuando el hombre la llamó por su nombre.

—Perdone, acabo de recordar algo.

—¿El qué?

—El día que hablé con ella me dijo que el hombre que la acosaba y estaba obsesionado con ella le había prometido mucho dinero, una vida feliz en otro país.

—Gracias por la pista.

Salió de la taberna, aún llovía mucho y corrió por las calles medio desiertas de Santiago de Compostela, mientras atravesaba la ciudad de piedra, se sintió viva y esa fue una sensación agradable después de lo sucedido la última noche. Podía ser la prueba de que en algunas ocasiones sí se puede alcanzar al viento.

28. Separación

Ribadeo, Asturias, año 2003

La noche anterior se había asegurado de enterrar la caja metálica debajo del abeto. Esa misma tarde viajaría hasta Gijón y presentaría una denuncia contra Miguel. Esperaba que le convirtieran en testigo protegido. Se marcharía muy lejos de allí, comenzaría una nueva vida de cero e intentaría sanar su alma.

Recogió un poco de ropa y la metió en una bolsa de deporte, también algo de dinero, aunque no quería llevarse mucho, esos billetes se encontraban manchados de sangre.

Sonó el teléfono y contestó, llevaba todo el día esperando que lo llamara Ofelia.

—Por fin das señales de vida.

—He estado muy ocupada. ¿Qué es lo que te corría tanta prisa?

—Me marchó, ya no aguanto más.

—Te has vuelto loco —contestó desde el otro lado de la línea.

—Lo he pensado bien y me gustaría que te vinieras conmigo, he trazado un plan, podremos empezar de nuevo lejos de aquí.

Se hizo un silencio.

—¿Qué plan?

—Llevo reuniendo pruebas contra Miguel desde hace un año, incluidas sus cuentas opacas en paraísos fiscales y el asesinato del policía de aduanas.

—Te va a matar, no seas temerario.

—Cuando quiera reaccionar ya será demasiado tarde.

—Aún no te has dado cuenta de que estás jugando con el diablo, el día que comenzaste a trabajar para él, le vendiste el alma y ya no eres dueño de tu destino.

Alfonso comenzó a tocarse el pelo nervioso, ya no podía dar marcha atrás, le había costado mucho llegar a esa decisión.

—Lo siento, si no quieres venir conmigo, haré esto solo.

—Espera, voy para allá.

Aquello le llenó de esperanza, comenzar una nueva vida con Ofelia sería lo mejor que le podía pasar. Había aprendido a amarla y la conocía bien. No era la mujer fría y calculadora que se veía a simple vista.

Tomó la bolsa de deporte y la guardó en el maletero, sabía que Miguel se encontraba en Pontevedra y no sospecharía nada.

Miró el reloj veinte veces, pero Ofelia no apareció, al final tomó su Mercedes y se dirigió a Gijón. Llegó al edificio de la policía y se quedó mirando un rato la fachada antes de entrar. La suerte ya estaba echada.

29. Frío

No había sentido tanto frío en su vida, entró en el coche tiritando y se dirigió directamente a Oviedo. Puso la calefacción al máximo y algo de música, aunque su mente seguía abstraída en los dos casos aún sin terminar.

Alexandra no había estado en Madeira ni había visitado a su exnovio. Santiago no tenía ninguna razón para mentir, le había parecido claro y muy franco. Pero, si ella no había estado, ¿quién la había suplantado y por qué? Por alguna extraña razón se acordó de la secretaria del ayuntamiento, le había dado una tarjeta con su nombre. La buscó en el bolso mientras conducía, una verdadera imprudencia con lo que estaba cayendo.

—Se llamaba Casandra —se dijo al encontrar la tarjeta. Marcó el número.

El teléfono sonó tres o cuatro veces antes de que lo cogiera.

—Hola, deja tu mensaje. No, es broma. ¿Quién es?

—Casandra, soy Priscila, hablamos hace unos días en Ponferrada.

—Sí, la mujer detective.

—Investigadora.

—Eso. ¿Has descubierto algo?

—No, pero quería hacerte una pregunta.

—Soy toda oídos.

—Me comentaste que no tenías una relación muy profunda con Alexandra.

—Y así es. ¿Por qué lo dices?

Priscila lo meditó un poco antes de hablar.

—Me dio la sensación de que la conocías bien. También me chocó que al lado de tu mesa vi una bolsa de deporte, no lo había relacionado hasta ahora, que tenía el logo del mismo gimnasio que ella. Algo me dice, que si hablo con el dueño me confirmará que eres socia y que ibas a menudo con Alexandra.

La voz jovial de Casandra desapareció por completo.

—Íbamos al mismo gimnasio. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Ninguna, lo que no entiendo es por qué no lo mencionaste.

—No le di mayor importancia.

—Bueno, ahora quiero que digas toda la verdad.

—No hasta encontrarme en presencia de mi abogado. Es broma. Nos llevábamos bien, a veces íbamos juntas al gimnasio, no puedo contarte mucho más.

—No cuele. Es imposible que no hablarais de hombres, de que la acosaban, de lo que había descubierto. ¿Acaso tienes miedo de que te suceda lo mismo?

El silencio al otro lado se le hizo eterno.

—No puedo hablar, lo siento.

Se escuchó cómo colgaba. Priscila sintió que se estaba acercando a la verdad. Apretó el acelerador, estaba deseando llegar a su casa y darse una ducha, después iría a ver a la abuela.

Llegó a las seis de la tarde, subió al apartamento, se dio una ducha larga, le hubiera gustado más un baño con velas, pero no tenía tanto tiempo. Después se vistió comió una ensalada y bajó de nuevo al coche. A la mañana siguiente se presentaría en los juzgados de Gijón para denunciar a Miguel, pero ahora quería ver y abrazar a su abuela.

Cuando llegó a la casa de reposo ya estaba oscuro, la recepcionista la miró con cierta indiferencia cuando atravesó el pasillo y se dirigió a la habitación, las de la planta baja tenían acceso directo al jardín, sin escaleras ni estorbos. Llamó a la puerta, pero cuando la abrió no estaba. Se dirigió al baño, pero también estaba vacío. Comenzó a preocuparse, abrió la corredera de la terraza y observó el jardín a oscuras y la luna reflejada en el mar.

¿Dónde se había metido la abuela?

Se dirigió a la recepción y preguntó ansiosa a la monja.

—¿Ha visto a Librada? No se encuentra en la habitación.

—Hace un par de horas hice la ronda y me contestó que no diera tanto el coñ..., ya sabe, su abuela es un poco palabrotera.

—Y yo voy a serlo si no me dice de inmediato dónde está.

—Imagino que en la sala común, allí juegan al mus o ven la tele.

Priscila corrió hasta la sala común, le extrañaba que estuviera allí, vio a una mujer con el pelo gris, le tocó en el hombro y esta se sobresaltó.

—Joder hija, siempre me das unos sustos.

—¿Qué haces aquí?

—Socializando. Ya te dije que había conocido a un hombre muy agradable —dijo mostrando al anciano que tenía enfrente.

—Vengo desde Santiago. ¿Podemos hablar?

—Claro.

Se fueron caminando despacio hasta la habitación.

—Me alegro mucho de que me trajeras aquí, siempre me ha gustado mi casa, ya lo sabes, pero es un sitio muy agradable para...

—No hace falta que termines la frase.

—Pues eso, para morir.

Priscila se rio, a veces su abuela era incorregible.

—No sé por qué la gente no habla ni de la muerte ni del folleteo, dos cosas inevitables al fin y al cabo.

Entraron en la habitación. Priscila le narró su conversación con Santiago, la llamada a Casandra y lo que habían encontrado en el pazo. En ese punto no pudo evitar venirse abajo.

—Lo siento hija, a veces la vida es así.

—Lo sé, pero aquel hombre ha muerto por mi culpa.

—Eso no es cierto, lo ha matado ese pedazo de...

—Contente.

Priscila sacó los papeles sustraídos, los extendió por la mesa y comenzaron a verlos.

—Con esto pueden encerrarlo dos o tres vidas —dijo la abuela.

—Eso si no se escapa otra vez, estaba en busca y captura.

—No creo que deje el pazo, el muy mamón se siente seguro allí. No creo que sospeche que estabas con Javier.

—Eso espero, es un tipo muy peligroso.

Justo en ese momento sonó el teléfono de Priscila, observó la pantalla, era el número de Jacinta.

—Buenas noches —escuchó al otro lado.

—Buenas noches.

—¿Sabes algo de mi hijo Javier? Salió de casa ayer cuando te fuiste y no le he vuelto a ver.

Priscila se quedó pálida.

—Bueno, me comentó algo y se marchó. Después fui a Santiago de Compostela.

—¿A Santiago? ¿Hablaste con mi hija?

—Siento decirle que Alexandra no está en Santiago. Hablé con su exnovio y no la ha visto desde hace tiempo.

—¿Qué raro! ¿Por qué iba a mentirme? Me comentó que vendría esta noche a la misa de la catedral, empieza en media hora.

—¿Cómo se lo dijo?

—Por mensaje otra vez. Ella no es muy de iglesia, pero comentaba que era un lugar seguro. Seguro, qué cosas, no entendí a qué se refería.

Priscila se alertó, quien estuviera mandando los mensajes quería por alguna razón ver a Jacinta.

—Tengo que irme —dijo en cuanto colgó.

—Hace un rato me echas la bronca por no estar en mi cuarto, me cuentas que estabas deseando verme y ahora te vas.

—Es urgente, abuela, ¿puedes guardarme todo esto?

—Lo meteré en la caja fuerte —bromeó.

—Eres un cielo.

Priscila corrió hacia la salida, tenía el corazón a cien, no sabía lo que estaba sucediendo y eso la inquietaba más que cualquier otra cosa. Arrancó el coche y aceleró, en unos minutos se encontraba en la autopista dirección Oviedo. Mientras se dirigía a la catedral se preguntaba quién podía estar detrás de todos esos mensajes. Su amiga Margarita no había logrado averiguarlo y eso que ella era un hacha en ese tipo de asuntos. En su cabeza circulaban los nombres de Sandro, Juan y el conserje de la finca. Esperaba que la persona que había ido a ver a Jacinta no fuera ninguno de los tres. Todos ellos le parecían demasiado peligrosos y seguro que no serían portadores de buenas noticias.

30. Agua

Priscila pensaba a veces que Oviedo era la ciudad del agua. A pesar de encontrarse tan alejada del mar, el agua corría por todas partes llenando de vida los paisajes de alrededor. Aquel elemento transparente, inodoro e insípido era la fuente y origen de toda la vida, sin agua nada existiría, excepto rocas y tierra inerte. Los goterones salpicaban el cristal del coche, retumbando como si intentaran advertirle de algo.

Aparcó a unos doscientos metros de la catedral y tomó un paraguas. Caminó despacio, dejando que la lluvia la envolviese, totalmente ajena a todo lo que le rodeaba. Las tiendas comenzaban a cerrar, los pocos transeúntes que habían desafiado a la noche escapaban despavoridos a sus casas. Entonces entró en la plaza y la vio iluminada bajo la lluvia, no era la más bella de España, pero ella la amaba profundamente. No estaba segura de que a Jesucristo le hubiera gustado que construyeran catedrales en su nombre, no parecía de ese tipo de personas, pero eran edificios tan hermosos, en los que uno sentía tanta paz...

Entró en la catedral, aquella noche ni los mendigos hacían guardia a la puerta, imitando al pobre san Pedro, cansado y agotado de portar las llaves de los cielos.

La gran capilla estaba iluminada con sobriedad, lo suficiente para distinguir un rostro a unos pocos metros. Apenas había una docena de feligreses, muy pocos para esas horas, pero la noche no invitaba al culto.

Se sentó donde siempre, las dos beatas que solían apartarse como si vieran a la peste no estaban en su sitio. Por lo que pudo ver, en las primeras filas se encontraba Jacinta, dos parejas de ancianos más atrás; una mujer con su madre mayor, un hombre solitario que parecía recién jubilado y una mujer con un pañuelo en la cabeza.

El obispo ofició con su habitual sencillez. Sus ayudantes le asistían ágiles, mientras él completaba todas las partes del ceremonial.

Priscila apenas pudo concentrarse, únicamente miraba a la mujer del pañuelo y a Jacinta alternativamente. No sabía por qué estaba tan segura de que era la autora de los mensajes.

El oficio terminó, el obispo los mandó a todos en paz y la mayoría de los feligreses salieron rápidamente para enfrentarse a la desapacible noche.

El obispo desapareció con los oficiantes y Jacinta se puso en pie y comenzó a caminar torpemente hacia la salida. En ese momento la mujer se acercó y se paró enfrente de ella. Las dos hablaron un momento, la anciana tenía demudado el rostro. Después la mujer salió por una puerta lateral y Priscila se quedó parada y dubitativa.

Pensó en ir a hablar con Jacinta, si se trataba de Alexandra, el caso estaba cerrado, pero en el fondo sabía que la cosas no eran tan sencillas. Después supo, sin lugar a dudas, que tenía que hablar con la mujer del pañuelo.

Corrió por el pasillo central y después por el crucero. Sus pisadas retumbaron en la inmensa y vacía sala, se cruzó con Jacinta pero se limitó a hacer un gesto y siguió su camino.

Al salir a la calle no vio a la mujer, tenía la sensación de que se había perdido en el aguacero, pero al fondo vio un reflejo, el metal del paraguas que llevaba en la mano la mujer y corrió hacia ella, mientras el agua le golpeaba en la cara, como si fueran las lágrimas de un dios salvaje desesperado por aquel mundo que se hacía pedazos a sí mismo ante sus ojos.

31. Amor

Durante la carrera pensó que no la alcanzaría, la mujer del pañuelo, al escuchar sus pasos comenzó a correr y alejarse entre las callejuelas próximas a la catedral. Eran los únicos seres que se atrevían a ir por la ciudad bajo aquel aguacero. A los cinco minutos Priscila ya se encontraba exhausta, pero hizo un esfuerzo y logró poner su mano en el hombro de la mujer, esta se giró de repente. Llevaba gafas de sol a pesar de la oscuridad de la noche y el rostro casi tapado por completo por el pañuelo.

—Necesito hablar con usted —acertó a decir Priscila.

La mujer sacó un spray de mostaza y le roció los ojos. El dolor y escozor se hizo insoportable, agachó la cabeza y escuchó cómo la mujer escapaba. Afortunadamente el agua de lluvia le ayudó a limpiarse los párpados hinchados. Abrió los ojos, pero la mujer había desaparecido.

Regresó a la catedral con la esperanza de ver a Jacinta, tal vez ella pudiera explicarle quién era aquella mujer. Al entrar la encontró desierta, se decidió a irse, aún le dolían mucho los ojos y más aún con la luz dentro de la capilla.

—¡Priscila! Espera un momento por favor.

Reconoció la voz del obispo.

—Lo siento, tengo que irme.

—¿Qué te ha pasado en los ojos? Ven que te los limpie con colirio.

La llevó hasta la sacristía, buscó en un botiquín y abrió un pequeño bote de colirio. Tras lavarle ambos ojos se sintió más aliviada.

—¿Qué ha sucedido? Cuando salí de aquí vi que corrías como una loca hacia la calle.

—Jacinta habló con una mujer, pensé que era Alexandra, llevo días intentando encontrarla, pero aparece una nueva pista que me deja igual que al principio. ¿No te ha contado nada?

—Parecía muy compungida y no quería hablar. Mañana la llamaré.

Priscila miró al hombre, lo tenía a menos de un palmo de sus ojos enrojecidos.

—Estás guapa hasta con los ojos rojos de vampiro —bromeó el hombre y después la besó en los labios.

“No, Dios mío, este es un hombre de los tuyos”, pensó.

—Perdona, no quería hacerlo. Ya te dije que renuncié a todo esto por Dios. Lo siento, no volverá a suceder.

—No lo sientas, yo también noto algo, cada vez que te veo...

—Mis votos, no es honrado hacer esto. No hay nada malo en amar a una mujer, pero yo he renunciado a ese tipo de amor.

La mujer lo miró con ternura. Precisamente aquel hombre con tantas cualidades, que podría ser un buen padre y esposo, estaba condenado a la soledad para el resto de su vida.

—La vida es así, no siempre podemos tener todo lo que deseamos.

—Es verdad —contestó Priscila—, en eso yo soy una especialista.

—Me gustaría seguir siendo tu amigo, con nadie disfruto tanto como en tu compañía.

Priscila sonrió, casi notaba cómo se ruborizaba.

—Somos amigos y eso nada lo puede cambiar.

—¿Estás bien?

—Me siento agotada, casi sin fuerzas, pero estoy llegando al final de este embrollo. Los casos

no son parte de mi vida, son mi vida.

—En el fondo somos muy parecidos, nuestro trabajo es nuestra vida y representa lo que somos.
La mujer se rio.

—¿Por qué te ríes?

—Es que jamás he entendido a esa gente que está deseando que llegue el viernes. Amo lo que hago, para mí no hay días de diario ni fines de semana.

—¿Qué te voy a contar? Yo cuando más trabajo son los domingos.

El obispo la acompañó hasta la puerta trasera, las otras ya se encontraban cerradas.

—Me ha gustado mucho verte. Cuídate, por favor.

—Claro, nos veremos pronto. Espero solucionar el caso mañana mismo.

Se dieron dos besos y ella no pudo evitar olfatear el perfume del hombre.

—Adiós —dijo dándose la vuelta y saliendo a la calle.

Al menos había parado de llover y ya no le escocían tanto los ojos.

Se dirigió a su apartamento y se quitó la ropa. a pesar de que se había duchado, y la lluvia la había calado, decidió darse un baño. Le dolían todos los músculos y estaba aún muy tensa. Se preparó el agua, encendió las velas, se puso una copa de vino y se metió en el agua caliente. Mientras cerraba los ojos quiso imaginarse cómo hubiera sido una vida con el obispo. En otro mundo y en otras circunstancias tal vez hubieran podido ser felices, pero ella vivía precisamente en aquel. Después recordó a Javier y su sacrificio por ella y el accidente camino a Madrid. No podía creer que le hubieran sucedido tantas cosas y apenas había logrado asimilarlas. Respiró hondo y tomó un poco de la copa de vino y, tras dar un sorbo, se quedó dormida.

32. Vidas paralelas

Priscila se despertó cuando se enfrió el agua. Se secó y se metió en la cama, apenas había dormido unas cuantas horas cuando sonó el teléfono. Lo buscó en la mesita, pero no estaba, después dejó la cama y sintió el frío de la mañana sobre su piel caliente. Miró en el bolso y tomó el teléfono. Era el número de su madre.

—Hola. ¿Por qué me llamas tan pronto?

—No sé nada de ti, el otro día tuviste un accidente, te fugaste del hospital...

—Por favor, no es el momento. Me duele la cabeza y tengo un millón de cosas que hacer.

Su madre se quedó callada.

—Bueno, también quería pedirte perdón por cómo me puse. Estaba nerviosa y preocupada, no quiero que te suceda nada, cariño.

—Lo sé, mamá, pero es mi trabajo. Hay gente que es bombera o militar, arriesgan cada día su vida en su trabajo.

—Sí, lo entiendo, pero yo soy madre. Ese oficio no caduca jamás, aunque tus hijos sean mayores.

—Te quiero mamá.

—Yo también, cuídate, por favor.

—Lo haré por la cuenta que me trae.

Colgó el teléfono y se sintió mejor. Se preparó el desayuno, por primera vez en mucho tiempo se lo comió tranquilamente, sentada, mientras miraba el periódico en el teléfono. Ya no recordaba la última vez en la que había hecho cosas “normales”.

Justo en ese momento de cierta tranquilidad le llegó un mensaje al teléfono, que le hizo que se le atragantara la tostada.

“Hola, no soy tu abuelita. Si quieres volver a verla con vida, será mejor que vengas al pazo. Tienes justo la hora y media que tardas en coche. Si no apareces antes, la simpática Librada morirá. Naturalmente, no llames a la policía y trae todo lo que sacaste de la caja que estaba en mi finca. Con cariño. Miguel”.

Al principio pensó que se trataba de una broma, pero enseguida sintió una punzada en el corazón y que le faltaba la respiración.

Se vistió a toda prisa, cogió el bolso y corrió escaleras abajo para ir hasta el coche. En cuanto se subió intentó tranquilizarse. Se hubiera tomado un valium si lo hubiera tenido.

Lo único que se le ocurrió fue llamar a Margarita.

—Margarita, Dios mío, la tienen.

—¿Qué pasa? ¿A quién tienen?

—A mi abuela Librada, Miguel la ha secuestrado.

—¿Lograste entrar en el pazo?

Priscila le explicó lo sucedido en Ribadeo, aunque en la última parte tuvo que respirar para no echarse a llorar.

—¡Joder, qué fuerte! Ese Miguel es muy peligroso y tú vas directa a la boca del lobo. Llama a la policía. No puedes entrar en la casa, te matará a ti y después hará lo mismo a tu abuela.

—Tengo un plan muy loco, pero es lo único que se me ocurre, pero me tienes que ayudar en eso.

Priscila le contó su plan de manera detallada, después colgó el teléfono y condujo lo más rápido que pudo hasta el pazo, aparcó justo al lado y preparó todas las cosas antes de salir del coche.

Subió la escalinata hasta la puerta y llamó. Le abrió un joven que era la viva imagen de Miguel Ronda cuando era joven.

—La señorita Priscila, supongo —le dijo el chico.

Entró en el pazo y recorrió un largo pasillo hasta lo que parecía un amplio salón decorado con mal gusto y ostentación.

—La detective más célebre de toda Asturias en mi humilde morada, aunque no creo que sea la primera vez que entra en ella, al menos en el jardín.

Desde el ventanal se contemplaba el espectacular jardín y el inmenso abeto.

—Le gusta el abeto verdad, es una rara especie de Himalaya, ya estaba aquí cuando compré la casa.

—Es hermoso de verdad, ¿debajo es dónde ha enterrado a Javier?

Miguel se puso en pie y se aproximó a la mujer.

—Será mejor que se siente.

Priscila le hizo caso, era mejor no poner nerviosa a gente como aquel individuo.

—En la habitación de su abuela vi los papeles que Alfonso escondió justo en el jardín hace dieciocho años, pero imagino que ha hecho copias.

—¿Cómo descubrió que había estado en la casa? ¿Torturó a Javier?

—Yo no torturé a nadie, los perros le mordieron y murió desangrado. He matado a mucha gente en esta vida, pero Javier murió así.

—Le dejó morir.

—Entró en mi casa para robar.

—No se llevó dinero.

—Eso es cierto.

Priscila observó cómo el hombre se ponía frente a la ventana.

—Al principio pensé que Javier había venido solo, que Alfonso le había hablado del dinero que tenía guardado, pero después me dije: ¿por qué iba Alfonso a contar lo de la caja a un tipo como Javier? No tenía sentido, además mi hijo escuchó un coche marchándose en mitad de la noche. Até cabos, sabía que había visitado a Alfonso unos días antes, imaginé que intentaría sacarlo de la cárcel, aunque le puedo asegurar, señorita, que su primo no era el alma cándida que le contó.

—Él no me dijo que fuera un alma cándida, pero sí que estaba en prisión por un crimen que no había cometido.

—Eso compensa, en parte, aquello que sí hizo. Le aseguro que fueron muchos y no siempre a personas que lo merecieran.

—¿Por eso mandó a esa mujer para que lo asesinara?

—Ofelia me lo pidió, no podía negárselo.

—Es usted todo corazón, don Miguel.

El hombre sonrió y se preparó una copa de vino.

—Bueno, vayamos al grano, usted me da todas las copias que tenga de las pruebas que Alfonso había reunido contra mí y yo le devuelvo a su abuelita, después se callan la boca y nos olvidamos del tema.

—Antes quiero verla.

—Ahora está descansando, la hemos sedado, esa mujer tiene un carácter de mil diablos.

—Una asturiana granadina. ¿Qué esperaba?

—Pues será mejor que hagamos esto de forma rápida. Me entrega todo, se lleva a su abuela y se olvida de Alfonso.

—También de Javier.

—No pensé que le importara ese drogadicto, pero también de él.

—También del pescador que asesinó, del policía de aduanas y de cuantos más.

—¿Quiere que añada a dos más a la lista? La policía de Lugo no va a mover un dedo para ayudarla, llevo más de diez años evitando a la justicia y jamás me he movido de mi pazo. La ley y la justicia son una burla, la esperanza de los perdedores.

—Bonito discurso, don Miguel.

—Para un hombre sin estudios no está mal.

—Sacó la oposición para funcionario, pasó de un lado de la ley al otro.

—En este pagaban mucho mejor.

—Eso dicen.

—¿Cuántas copias más tiene?

—Hasta que no vea a mi abuela no le diré nada.

—Podría sacárselo a hostias.

—Es más sencillo que todo eso, traiga a mi abuela y le diré dónde están todas las copias.

El hombre refunfuñó, pero tocó un botón que había en el escritorio y apareció el mismo chico de antes, con sus mejillas rojizas y su cara de pastor malévolo.

—Trae a la abuela.

El joven salió del salón y tardó unos minutos en regresar con Librada atada de pies y manos, amordazada y en silla de ruedas.

—¿Estás bien, abuela?

La anciana parecía un poco atontada por el calmante.

—Nunca ha estado mejor.

Librada abrió un poco los ojos y Priscila se tranquilizó.

—Ahora cumpla con su parte, señorita.

Priscila miró al hombre y le sonrió.

—Con mucho gusto.

La mujer sacó del bolso el teléfono.

—Había hecho fotos, las borraré delante suyo.

—No se preocupe, ya nos encargamos nosotros.

El joven le arrebató el teléfono y Miguel se lamió los labios, como un animal feroz, justo antes de devorar a su presa.

33. Traición

Gijón, Asturias, año 2003

Alfonso entró en la comisaría, preguntó por el inspector y esperó un rato antes de ser atendido. Llegó hasta el banco un hombre gordo, con la corbata demasiado corta y un bigote al estilo de Íñigo, el presentador de televisión.

—Buenas, gracias por venir. ¿Me sigue por favor?

Alfonso siguió al hombre, bajaron unas escaleras, después otro tramo y se pararon enfrente de una puerta metálica.

—¿A dónde nos dirigimos? Pensaba que los despachos estaban arriba. Vengo para entregarme y llegar a un trato, tengo pruebas para que metan en la cárcel a Miguel Ronda y tiren la llave de por vida.

—No se preocupe y entre.

Llegaron a lo que parecía una sala de interrogatorios, el inspector le pidió que se sentara en una silla y él lo hizo al otro lado de la mesa.

—¿Qué es lo que quiere confesar?

—Tengo pruebas escondidas sobre los negocios de mi patrón, la droga que ha introducido en el país, pero lo que es más importante, sobre el asesinato del policía de aduanas de Gijón. Hasta ahora no han podido cerrar el caso. El que disparó a sangre fría fue Miguel Ronda.

—¿Se encontraba usted presente?

—Sí, inspector, lo hizo justo delante de mí.

—Entiendo.

El inspector sacó una carpeta marrón sobre un cajón y la lanzó encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Son pruebas.

—¿Pruebas?

—Sí, pruebas que le incriminan en el asesinato del policía de aduanas, en el blanqueo de dinero y en el tráfico de drogas. Por eso, ahora mismo queda detenido, si necesita un abogado podrá pedirlo, si no tiene dinero le facilitaremos uno de oficio.

Alfonso no podía salir de su asombro, creía que estaba abriendo la puerta a su libertad y lo único que estaba haciendo en realidad era cerrando la de su propia celda.

34. Sospecha

Cuando Priscila entregó el teléfono a Miguel sabía que la suerte estaba echada. El hombre lo lanzó al suelo y comenzó a pisotearlo.

—A veces es mejor saber jugar tus cartas, que te toquen las adecuadas. Míreme a mí, todo lo que tengo y lo que he conseguido.

—Por medio de la extorsión, el miedo y la muerte. Ese será su legado.

—¿Qué legado? En este mundo lo único que importa realmente es el dinero y el poder. Se levantan estatuas a grandes estadistas y héroes de la patria, muchos de ellos fueron genocidas, pero únicamente se recuerdan sus victorias —dijo Miguel con tanta rabia que le salían espumarajos por la boca.

—Todo eso son excusas, en el fondo de su alma sabe que lo que ha hecho está mal y que tendrá que pagar las consecuencias en esta vida y la venidera.

—No temo ni esta ni a la otra, si es que existe. Buenos ideales, amor y toda esa basura no da de comer, la dignidad para muchos es vivir en la miseria mientras otros se enriquecen. Bobadas. Ahora, señoras, me temo que me tendré que deshacer de ustedes dos.

Priscila dio un paso atrás, el hijo de Miguel se colocó en la puerta.

—¿Va a intentar escapar? Mis hijos vigilan toda la finca.

—¿Sus hijos? Querrá decir sus perros amaestrados. ¿Qué harán cuando usted ya no esté? Serán como perrillos indefensos.

Miguel sacó un arma del cajón de una mesa.

—Creo que voy a disfrutar con esto. Primero mataré a su abuela, para que pueda apreciar mi poder.

Priscila esperaba que su plan funcionara, aunque el tiempo se acababa.

—Puede comprar a jueces y policías y burlarse de la justicia, pero no de la gente. Uno a uno le tienen miedo, pero juntos pueden convertirse en una fuerza terrible.

—No sé a qué se refiere. Los habitantes de este pueblo y de la comarca entera me adoran.

En ese momento se escucharon fuertes golpes. La casa comenzó a retumbar como si se cerniera sobre ella un gran vendaval. Miguel miró aturdido hacia el jardín pero no vio nada.

—¿Qué sucede? Mira a ver —le dijo a su hijo. Este se marchó del salón y los tres se quedaron solos.

Priscila aprovechó para quitar la mordaza a su abuela y desanudar las cuerdas.

—¿Qué hace? Estese quieta de inmediato.

El hombre parecía aturdido hasta que su hijo entró azorado en el salón.

—Una turba está golpeando la puerta principal y rompiendo las ventanas que dan a la calle. En unos minutos entrarán en la casa.

—¿Cómo puede ser? ¿Quién los ha atraído hasta aquí?

—Ha sido usted —dijo Priscila.

—¿Yo? Pero como diablos...

—Le ha contado a todo el mundo sus hazañas y la gente se ha organizado para venir y tomarse la justicia por su mano. Ahora, los únicos que le pueden salvar son los policías, si es que llegan a tiempo.

La mujer sacó un dispositivo del bolsillo de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—Por favor, salude a sus seguidores.

El hombre miró con horror la minúscula cámara y apuntó a las dos mujeres.

—Puede que esa turba me despedace, pero antes acabaré con ustedes dos.

—Si quiere salvar a sus hijos y su mujer, será mejor que no lo haga. Yo puedo frenarles, pero si nos mata...

Miguel no estaba acostumbrado a obedecer órdenes, era él quien las daba. Aquello no podía estar pasando, era una pesadilla, una alucinación y si cerraba los ojos, todo regresaría de repente a la normalidad.

35. Terror

Priscila podía ver el terror en sus ojos y no podía negar que aquello le producía un gran placer. Miguel continuaba con el arma en alto, pero cada vez más dubitativo, sudando a mares y con la sensación de haber perdido el control.

Los golpes se incrementaron, cristales rotos y madera crujiendo justo antes de estallar. La turba comenzó a inundar los pasillos y los salones, los hijos de Miguel dispararon al techo, pero lo único que consiguieron fue enfurecer a todo el mundo.

—Ya se acercan —comentó Priscila.

—No tengo miedo a esa gente.

—Arrasarán con todo, para ellos este pazo simboliza su terror y maldad.

La multitud comenzó a romperlo todo por la casa, tiraban de las cortinas, estrellaban los jarrones chinos y las obras de arte.

—Dentro de unos minutos no quedará nada.

—Tengo mucho dinero fuera, buenos abogados.

—No he destruido las pruebas, ahora circulan libremente por internet, están en los ordenadores de miles o decenas de miles de personas. La fiscalía no podrá mirar para otro lado, tampoco la policía y los jueces, está acabado.

Miguel se acercó a las dos mujeres, Librada parecía más despierta y cuando el hombre se abalanzó hacia Priscila le puso la zancadilla. El hombre se desplomó y ella aprovechó para pisarle la mano y Miguel soltó el arma. Ella le dio una patada y la alejó. El hombre se incorporó y se lanzó a su cuello. Ya no era tan fuerte y ágil como cuando era joven, pero todavía tenía una extraordinaria fuerza. Priscila intentó quitar las manos de su cuello, pero él apretaba con más fuerza.

—¡Putas, vas a pagar por todo esto! Tenías que revolver toda la mierda. ¿Verdad?

La mujer notaba que le faltaba el aire y le flaqueaban las fuerzas.

—¿Ahora quién tiene la sartén por el mango? Puede que yo esté acabado, pero tú también.

Priscila se sacudía, pero le faltaba el oxígeno y estaba a punto de desmayarse.

Entonces Miguel notó un fuerte golpe en la cabeza y dejó de apretar el cuello. Librada le había estampado un jarrón.

—¡Maldita vieja!

Miguel soltó a Priscila que se desplomó en el suelo y se fue a por Librada que retrocedió unos pasos.

—La nieta y la abuela son igual de putas.

La turba comenzó a golpear la puerta del salón y Miguel supo que le quedaba muy poco tiempo. Uno de los salones ya estaba ardiendo, el humo comenzaba a colarse por debajo de la puerta.

—Agarró a Librada por el cuello con una sola mano y la mujer sintió que se le escapaba la vida.

—¡Suéltela! —bramó Priscila a su espalda. Empuñaba el arma de Miguel.

—¿Sabes utilizar eso?

—No me ponga a prueba.

El hombre iba a parapetarse detrás de la anciana cuando la puerta estalló y una veintena de

personas entró en tropel. Al principio se quedaron parados mirando al hombre que llevaba décadas humillándolos y amedrentándolos, pero después se lanzaron a por él. Miguel soltó a Librada que se derrumbó en el suelo e intentó escapar por el ventanal. Logró abrirlo, pero antes de que saltara, una docena de manos le atraparon, le comenzaron a golpear y le derrumbaron. Una vez en el suelo, los golpes se multiplicaron, mientras el narco intentaba protegerse con las manos la cara.

Priscila ayudó a su abuela a levantarse del suelo y la subió a la silla.

Miguel gritaba y suplicaba, la gente hacía oídos sordos.

Priscila sacó a la abuela del salón y se dirigió a la salida, el humo comenzaba a ser espeso, cuando llegaron a la entrada la policía estaba aparcando los coches y corriendo hacia el pazo. En la puerta le esperaba Margarita.

—Espero haberlo hecho bien.

En contra de su costumbre, la amiga de Priscila había dejado su apartamento, tomado su viejo y destartalado coche y dirigido hasta el pueblo para transmitir desde allí toda la conversación de Miguel.

—Somos *trending topic* en todas las redes sociales. Si antes eras famosa, ahora ni te digo.

—Lo último en lo que pienso ahora es en la fama, te lo aseguro —contestó Priscila, que tenía el cuello amoratado y el cuerpo agotado por la tensión.

Unos sanitarios se acercaron hasta ellas. Comenzaron atendiendo a la abuela que la subieron a una ambulancia. Priscila también los acompañó.

Mientras se alejaban del pazo pensó en Javier y Alfonso, sabía que no eran unos ángeles, pero al menos sus vidas no habían sido en vano. No siempre se derrota al mal, pero vencemos un poco, cuando impedimos que el odio, el desprecio y la violencia gobiernen nuestras vidas.

36. Asturias

Estuvieron unas horas en observación en el hospital de Oviedo. Las contusiones eran leves y les mandaron unos analgésicos para mitigar los dolores en el cuello. Margarita se ofreció a acompañarlas hasta la casa de reposo.

—Intenta descansar un poco —le dijo Priscila a Librada mientras la tapaba en la cama.

—Te parecerá una locura si te digo que lo he disfrutado un poco. Cuando a una le queda tan poco para morir, un poco de adrenalina siempre es un aliciente.

—Pues te puedo confirmar que estás loca de atar, pero a mí me pasa lo mismo —contestó la nieta con una sonrisa.

—Queda aún por resolver lo de Alexandra.

—Sí, pero cada vez tengo más claro lo que ha sucedido.

Las dos mujeres la miraron sorprendidas.

—¿Qué diablos ha sucedido?

—Todo a su debido tiempo. Ahora descansa.

Se levantó del filo de la cama y las dos mujeres salieron al pasillo.

—Me tienes en vilo —comentó Margarita.

—Tengo que confirmar algunas cosas y hablar con Jacinta. Después te contaré todo, lo prometo.

Estaban a punto de marcharse cuando vieron aparecer a Laura y su esposo.

—¡Mi niña! ¿Cómo te encuentras? ¿Dónde está la abuela? He visto todo por las noticias. Cualquier día de estos me da un infarto.

—Estamos bien las dos, algunas contusiones y nos han recetado descanso.

—Voy a entrar a verla.

—No, está descansando, espera a que se despierte y, por favor, no discutáis. Espero que todo esto no haya empeorado su estado.

—No te preocupes.

Se dieron dos besos y Priscila se marchó con Margarita del hospital.

—¿Quieres que te acompañe a ver a Jacinta?

—No, es mejor que vaya yo sola. Ya debe saber lo de su hijo Javier, tengo que darle al menos una explicación.

Margarita llevó a su amiga hasta su apartamento y después se despidió.

Priscila se duchó y se tumbó un poco, necesitaba recuperar fuerzas antes de concluir el último acto. Si estaba en lo cierto, en unas pocas horas se desvelaría el misterio de Alexandra y su desaparición.

Al despertarse puso la televisión mientras comía algo. En el telediario aparecía todo lo sucedido en el pazo de Miguel. La turba afortunadamente no lo había matado a golpes, pero su reinado había terminado para siempre.

Vio las imágenes en las que se le sacaba en una camilla hacia la ambulancia, parecía tan derrotado e indefenso que le dio un poco de lástima, pero al ver a sus hijos esposados, se dio cuenta de que había terminado con mucho más que un hombre, había desecho toda una camada de futuros caciques asesinos. Pensó en los cientos de años que su tierra había sufrido la violencia de personas como Miguel. Muchos ahora se consideraban viejos prohombres de la patria, pero

habían robado, extorsionado e impedido el desarrollo del principado, mientras sus familias se convertían en parte de la alta sociedad o llenaban las bancadas de los parlamentos autonómicos o nacionales. El capo asturiano era únicamente uno de tantos explotadores y opresores de su amada tierra, pero al menos uno de ellos ya se encontraba entre rejas.

Mientras se vestía para ir a la casa de Jacinta recordó a su hijo Javier, la supuesta oveja negra de la familia. Sin duda era muy fácil juzgarlo por sus errores, pero estaba segura de que la mayoría de las veces las cosas no son lo que parecen y estaba dispuesta a demostrarlo. Tomó el bolso, bajó a por su coche y se encaminó hacia su amada Oviedo. Esperaba que su fama actual no le hiciera más difícil el trabajo, antes de entrar en el vehículo un grupo de chicas adolescentes no la dejaron hasta que les firmó un autógrafo.

37. Jacinta

La verdad es que comenzó a sospechar aquella noche en la catedral. ¿Quién era la misteriosa mujer del pañuelo en la cabeza? Ella era la clave para entender todo lo que había sucedido. Entonces recordó algo que parecía encontrarse en lo más profundo de su subconsciente y algo hizo clic en su cabeza.

Aparcó el coche cerca de la casa de Jacinta, después caminó con un paraguas bajo la lluvia y entró en el portal. Había pensado llamarla antes de acudir a la casa, pero prefería que fuera una sorpresa.

Cuando la mujer abrió la puerta su rostro era todo un poema. Las arrugas de su rostro se hundieron aún más y vio cómo fruncía el ceño.

—¿Qué hace aquí?

—Tengo que contarle algo sobre Javier.

—Ya sé lo que le ha sucedido a Javier, está enterrado en el jardín de ese narco y todo gracias a usted.

—Yo no he matado a su hijo, él se sacrificó por mí.

—Pues es la única vez que ha hecho algo por alguien que no fuera él mismo.

Le sorprendieron las duras palabras de Jacinta, siempre la había imaginado como una madre abnegada y sacrificada por sus hijos.

—¿Puedo entrar?

—No, será mejor que se marche.

—Pues iré a la policía, si lo prefiere.

—¿Por qué dice eso?

—Simular una desaparición es un delito, aunque eso puede que sea la menor de las infracciones a las que se enfrente su hija.

Jacinta frunció el ceño, pero le permitió que entrara.

Se dirigieron al salón y se sentaron una enfrente de la otra.

—No sé qué piensa, pero le aseguro que mi hija es una víctima.

—Puede que tenga razón. La mujer con la que habló en la catedral era ella. ¿Verdad?

—Sí, ya le comenté que había regresado de Madeira y que estaba en Santiago con su exnovio, jamás le he mentado.

—Eso es cierto en parte —comentó Priscila.

—¿A qué se refiere?

—Su hija estuvo en Madeira, de eso ya no me queda la menor duda, aunque no era su destino final. ¿Qué le dijo en la catedral?

—Me pidió que hablara con el obispo y contigo, para que la dejaras de buscar.

—Entiendo.

—Eso es todo. Quiere desaparecer para siempre, eso no es un delito.

—Desaparecer no lo es, pero sí lo que está intentando.

La mujer frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No la sigo.

—Creo que sí lo hace, aunque intente poner esa cara de mosquita muerta. Dígale a su hija que quiero verla esta tarde en la catedral, si no acude iré a la policía y contaré todo lo que sé.

—No sabe nada.

—¿Eso es lo que piensa?

Priscila mostró la pantalla de su teléfono móvil, afortunadamente Miguel había roto otro que usaba en algunas ocasiones.

—No veo sin gafas.

—La espero a las nueve de la noche, que venga sola. No quiero más sorpresas.

Priscila se puso en pie.

—A propósito, su hijo Javier era un buen hombre, me temo que usted jamás se molestó en conocerlo.

—Le conocía muy bien. Era igual que su padre, una bala perdida y un egoísta. Me arrepiento de haberlo engendrado y me alegro de que ahora ya no esté aquí. Cada vez que le miraba a la cara, veía la de su padre.

Le sorprendió tanto odio y desprecio hacia su propio hijo. En ocasiones, para bien o para mal, vemos en nuestros hijos lo que amamos y más aborrecemos de nosotros mismos.

Priscila bajó las escaleras y se dirigió a su coche, antes de la cita en la catedral tenía que realizar un par de llamadas. Esperaba estar en lo cierto y desentrañar la misteriosa desaparición de Alexandra.

38. Medias verdades

Priscila esperó impaciente en la plaza, se encontraba a una considerable distancia, pero quería observar desde lejos si se acercaba la mujer del pañuelo. Justo a la hora convenida, una mujer se aproximó por un lateral y entró en el edificio. Aquella noche era tan desapacible como la primera en la que se había fijado en ella. Priscila comenzó a caminar bajo la lluvia, intentando refugiarse debajo de su paraguas negro. Entró en la catedral y examinó por unos instantes la capilla, hasta que vio que la mujer del pañuelo se había introducido en una pequeña capilla lateral. Entró y se sentó a su lado. La mujer no la miró, siguió contemplando el altar que tenía enfrente.

—Es hermoso. ¿Verdad?

—Sí lo es.

—¿Por qué unos pocos pueden acceder a las cosas bellas y la mayoría tiene que conformarse con las migajas? Usted se crio en un barrio obrero, uno de los más pobres de Oviedo. Un lugar en el que todo el mundo sabe tu procedencia y te mira por encima del hombro si no formas parte de la élite. Da igual que estudies con becas en Santiago de Compostela, siempre serás una apestada. Mi madre lleva toda la vida luchando precisamente contra eso.

La mujer del pañuelo siguió mirando hacia delante.

—Además, usted se entregaba a otros hombres para paliar en parte esa sensación de vacío, de falta, pero cuanto más lo hacía más los odiaba.

—¿Es psicóloga? Lo está haciendo de pena.

Le sorprendió la respuesta de la mujer, al final logró sacarla de su mutismo.

—No soy psicóloga, pero comprendo el alma humana. En el fondo no somos tan distintas. Yo también perdí a mi padre siendo pequeña, mi madre me fustigaba con la posición y el estatus, estuve a punto de casarme con un imbécil, eso sí, con pedigrí.

—No somos ni por asomo iguales, detective. Mi hermano abusó de mí cuando era adolescente. Después me pidió perdón, decía que había sido por la droga. Mi madre jamás se lo perdonó. ¿Sabía eso, detective? No ve cómo no me conoce. Decidí comenzar de cero en Ponferrada y dejar a mi novio Santiago, el único que en el fondo me ha comprendido y querido de verdad. Entonces descubrí lo del dinero.

—¿Lo que hacían Juan y Sandro?

—Exacto ¿Por qué iba a conformarme con que me pagaran un buen restaurante o me hicieran regalos como si fuera su puta? Las mujeres llevamos demasiado tiempo tragando mierda. ¿No cree?

—En eso no le quito la razón, pero fingir una desaparición, preocupar a su madre.

—Mi madre lo sabía todo casi desde el principio, si ella no parecía preocupada, nadie se creería la historia. Por eso hice creer a todo el mundo que me acosaban, que estaba asustada.

Priscila asintió con la cabeza.

—Un plan perfecto, pero tenía algo que la ataba a Oviedo, su madre. Quiso convencerla para que se fuera con usted, pero ella se siente demasiado vieja y cansada para irse de España.

—Exacto.

—Además tenía dos cómplices. Lo supe al hablar con Casandra. Ella le ayudó con las cuentas y toda esa parte y el conserje, que se había convertido en su amante, el que le abrió las puertas de República Dominicana.

—No pensé que hubiera descubierto tanto.

—Casandra está algo asustada y me confesó todo, me pidió que no acudiese a la policía. Ella no quiere huir de España.

—Veo que no ha perdido el tiempo. ¿Ya ha llamado a la policía o está transmitiendo esto en directo como con el narco ese? Dicen que quien roba a un ladrón tiene mil años de perdón.

—El problema es que ese dinero no era de Sandro ni de Juan, era del pueblo de Ponferrada.

—Un millón de euros más o menos, el pueblo se ha conformado a que le roben y engañen. Ese dinero ya estaba fuera de España, simplemente ahora está en mis manos.

—Tengo que denunciarla, lo siento.

—Le pagaron para que me encontrase, no para que me metiera en la cárcel.

—La he encontrado. ¿No?

—Hágalo por mi madre.

Escucharon una puerta, un minuto más tarde un hombre estaba de pie en la entrada de la capilla.

—Sí no quiere entrar en razón, creo que mi amigo tendrá que hacer su trabajo.

—Su amigo dominicano, pues ya estamos todos. Casandra me ha mandado toda la información, si me hacen algo, de todas formas, saldrá a la luz.

—Me da igual, nos dará tiempo a tomar un avión y poner el dinero a salvo.

—Se convertirá en una asesina. ¿Podrá vivir con eso?

—Tendré que intentarlo. ¿No cree?

39. Último acto

El dominicano caminó por el pasillo hasta llegar a su altura, Priscila se puso en pie y le miró cara a cara.

—¿Va a matarme?

—No es la primera vez que lo hago, se lo aseguro. Nos marcharemos y usted dejará pasar el asunto.

—Tampoco es la primera vez que me amenazan.

Alexandra se puso en pie y miró al hombre.

—Que sea rápido e indoloro.

Después se dirigió a la entrada de la catedral y esperó fuera.

—No se pringue más, aquí había comenzado una nueva vida.

—Alexandra es lo mejor que me ha pasado en los últimos años. Fui un campeón olímpico, un héroe en mi tierra, pero muy pronto todos me olvidaron y me convertí en escoria. He intentado hacer las cosas bien, pero no vale la pena.

—No podrán esconderse en República Dominicana, los terminarán extraditando.

—Iremos a Belice. España no tiene acuerdo de extradición con ellos.

En ese momento se apagaron las luces de todo el templo y Priscila aprovechó para esconderse entre los bancos. El hombre sacó el arma y disparó a ciegas, cuando hubo vaciado el cargador, alguien le golpeó por la espalda y perdió el conocimiento.

La mujer se puso en pie y se acercó al dominicano y le quitó el arma.

—Has tardado mucho, estaba a punto de alcanzarme.

El obispo la alumbró con la linterna.

—Alexandra se va a escapar —le contestó.

Los dos corrieron hacia la puerta, la mujer ya corría bajo la lluvia.

—La tía está en forma, la última vez se me escapó.

Los dos comenzaron a correr, mientras el obispo avisaba a la policía de que había un hombre inconsciente y peligroso en la catedral.

40. Avaricia

Uno de los pecados más nefandos del mundo ha sido siempre la avaricia. Los seres humanos raramente se conforman con lo que tienen, su apetito es insaciable y, además, la envidia aumenta la avaricia y la codicia.

Alexandra corría a toda velocidad por las calles, mientras un diluvio lo inundaba todo. Priscila y el obispo iban acortando terreno, pero el hombre logró correr más y alcanzarla, se tiró a sus pies y la derrumbó. La mujer se giró y miró el rostro empapado del obispo.

—No se meta en esto padre.

—No te voy a soltar, deja ya de luchar, todo se ha descubierto.

La mujer sacó un arma del bolsillo del abrigo y le apuntó.

—No vas a disparar —dijo el obispo.

La mujer no contestó, se limitó a disparar, se soltó y se marchó corriendo. Priscila se paró a la altura del hombre y este le hizo un gesto para que la alcanzara.

—No, ya lo hará la policía.

—Estoy bien, me ha dado en el brazo.

Priscila llamó a una ambulancia y esperó sentada, mientras le taponaba la herida con la mano.

—Siento haberte metido en este lío.

—Bueno, tenía que hacerlo. Fui yo el que te contrató.

—Ya dice mi abuela que con la iglesia es mejor no meterse.

El hombre sonrió, pero el dolor le hizo cambiar el gesto.

Las luces brillantes de la ambulancia y de la policía iluminaron en medio del aguacero, mientras los dos, tirados en el suelo, recibían su bautismo de agua. Aquel líquido frío y transparente no podía lavar sus pecados, pero al menos les hizo sentirse vivos y seguros de que en este mundo hay algo más importante que las posesiones materiales. Un secreto que muy pocos habían descubierto hasta ese momento. Las cosas invisibles, las que no se pueden medir y cuantificar son las que merecen realmente la pena. El espíritu es el lugar donde reposa nuestra alma y esta se conecta con algo eterno y majestuoso que nos hace andar por el camino estrecho y sinuoso por el que la mayoría se niega a caminar.

Epílogo

Priscila acercó la carne en la bandeja de plástico y la dejó sobre la mesa auxiliar. El obispo estaba calentando la panceta, las salchichas frescas y los chorizos.

—Creo que tenías que haber puesto esto antes, tarda más en cocinarse.

—¿Ahora eres una experta en barbacoas?

Librada los observaba desde la silla, mientras Laura y su marido tomaban una copa de vino contemplando el mar.

—Señor obispo, que corra el aire. No olvide sus votos —dijo la abuela.

—Pero usted es atea.

—Sí, pero me conozco todos los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

—Entonces, solo le falta la fe.

—Dios mío, si me dicen hace unos años que estaría haciendo una barbacoa me caigo de culo.

—¡Abuela! —le increpó Priscila.

—¿Qué te crees? ¿Piensas que los obispos no dicen groserías? —bromeó Librada.

—Mea culpa —contestó el obispo.

Todos se echaron a reír mientras el sol alumbraba el mar Cantábrico en aquella tarde perfecta de primavera y anunciaba que el verano estaba a punto de llegar.

La abuela miró en la tablet el anuncio de la captura de Alexandra en la República Dominicana y sintió algo de lástima por ella. Al menos, todos los políticos corruptos estaban en la cárcel y una vez más, aunque fuera de forma excepcional, se había hecho justicia.

OTROS LIBROS

PRÓXIMAMENTE:

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.

Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA

"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".

Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.

Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

EL INOCENTE

"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.

Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.

¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

“Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool,

una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batoool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.